



F. GARCIA GODOY

EL DERRUMBE



GINAS DE ACTUALIDAD -

1916

Tipografía "El Progreso." - Emiliano Espinal

SANTO DOMINGO



EX LIBRIS

J. J. Rowe

Roland Hursey

EL DERRUMBE





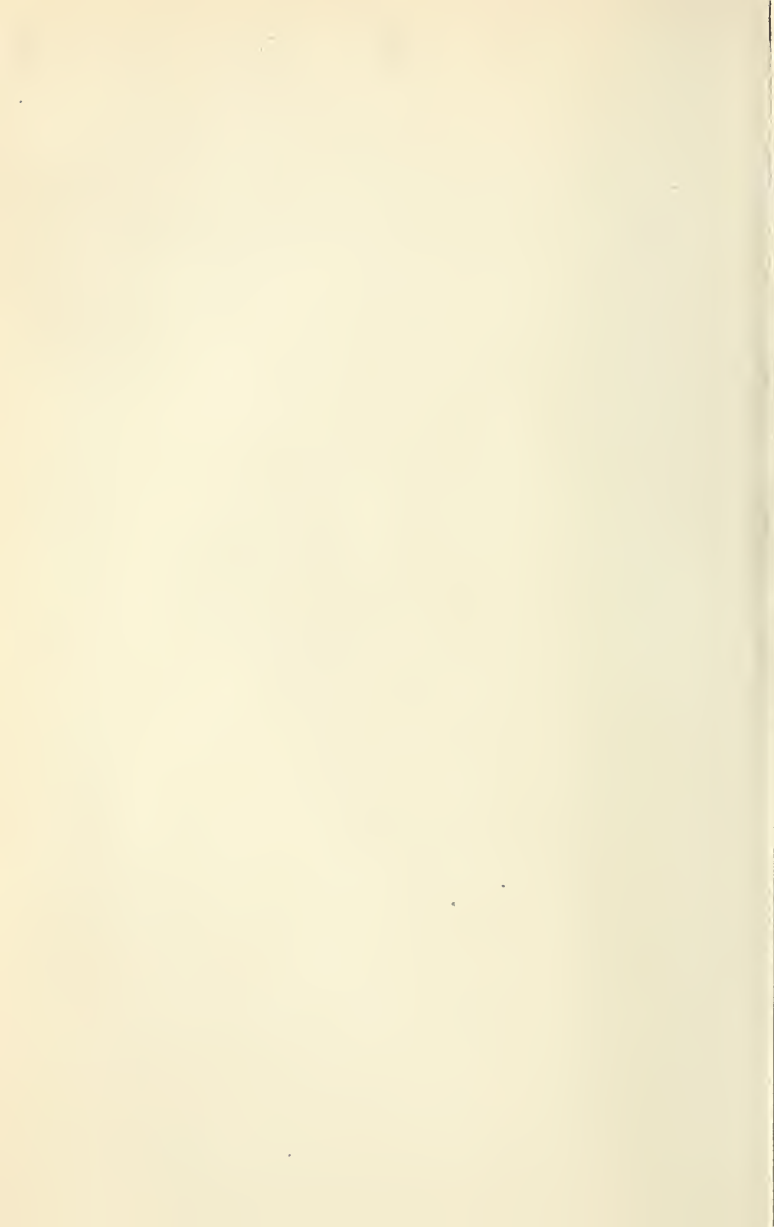
F. GARCIA GODOY.

EL DERRUMBE



SANTO DOMINGO,
Tipografía «El Progreso».—Emiliano Espinal

1916



Del mismo autor:

Recuerdos y Opiniones . . .	Agotado
Impresiones	id
Perfiles y Relieves	id
Rufinito	id
La Hora que pasa	id
La Patria y el Héroe (folleto) . .	id
Alma Dominicana	id
Rufinito (2ª edición)	id
Páginas efímeras	id
Guanuma (Novela histórica) . .	id
Bajo la Dictadura (folleto) . .	id
De aquí y de allá	id
La literatura americana de nuestros días (Madrid, Biblioteca Andres Bello.)	id
La literatura dominicana (Edición de la Revue hispanique.)	

En Prensa:

Americanismo literario (Madrid.)

I.

Es este un libro de honda sinceridad y desbordante dolor. Lo he escrito rápidamente, a saltos como quien dice, con el corazón destrozado ante el espectáculo patético y desesperante de un pueblo de ingentes ejecutorias históricas que presencia sin gestos de viril indignación el pronto desmoronamiento de cuanto constituye su personalidad y le da títulos para figurar honrosamente en el número de las repúblicas hispano-americanas que supieron conquistar su respectiva independencia en días pretéritos de perma-

nente resonancia épica. Perdida la fe en sí mismo, relajada su voluntad, inertes los brazos que en días no muy lejanos esgrimieron impetuosamente el machete de las campañas libertadoras, sin vislumbrar por ninguna parte la fulguración de salvadores ideales, carente del hombre o de los hombres de intrínseca virtualidad dinámica que suelen aparecer como conductores de agrupaciones sociales en las horas supremas de la historia, ese pueblo no encuentra en sí la fuerza íntima capaz de alzarlo frente al hado adverso para morir honrosamente, con la muerte de los pueblos que han sabido esculpir con gloria su nombre en los frisos marmóreos consagrados por la inmortalidad histórica. La hora no puede ser más luctuosa y por consiguiente menos propicia para apocamientos serviles o atenuaciones cobardes. Es hora de decir altiva y resueltamente, quien se respeta y respeta la pluma que maneja, lo que se piensa y se siente no sólo como un deber y como un homenaje ren-

dido a la verdad austera y serena, sino para que se sepa fuera de aquí principalmente que en este pavoroso naufragio de una colectividad nacional desventurada y por muchos respectos digna de mejor suerte, ha habido algunos que, sin apostatar de sus convicciones de toda la vida, desde el escollo de su aislamiento, sin intimidarse ante la tormenta que amenaza destruir lo poco de nuestra precaria soberanía que queda en pié, mantienen enhiesta la insignia simbolizadora de su inquebrantable adhesión al ideal de los próceres eximios de la redención febrerista.

Horas de extremada acerbidad, de angustiosa expectación, de torturante incertidumbre, han sido las transcurridas en estos días sin sol en que el pueblo dominicano, febricitante y atónito, sufría el más duro e injustificable ultraje en ocasión en que menos se merecía ser tratado de semejante manera. Esas horas han marcado profundamente su huella en la desolación de mi espíritu produ-

ciendo en él estremecimientos de incurable desesperanza. En esos momentos de tribulaciones inenarrables, de extremada tensión espiritual, parece como que la vida, por no se qué misteriosa vibración recóndita, se reconcentra y cohesiona firmemente, cobra rigidez de acero, y desprovista momentáneamente de su variedad inmensa y prolífica, asume un solo y exclusivo aspecto, condensa y totaliza el conjunto de sus facultades en una absorbente visión unilateral pertinaz y monótona que nos roba toda legítima satisfacción y pone de continuo ante nosotros horizontes poblados de negruras insondables. Ese replegamiento, esa concentración de las fuerzas íntimas que forman nuestro ser espiritual, se opera siempre por la incontenible influencia de un dolor, de un gran dolor. En estos días últimos, de incomunicación telegráfica y postal con todas partes, de rumores confusos y contradictorios, de dudas zozobrantas, de lancinantes tristezas, he experimentado, sufriendolo, ese ago-

biador estado de reconcentración anímica en que el temor indefinible de algo grave que se espera, de un inexplicable peligro que nos amenaza, de alguna cosa que puede herirnos mortalmente en nuestros más caros ensueños, pone en tensión hiperestésica nuestros nervios y nos hace sombría y miserable la misma existencia....

Y el golpe esperado y temido vibra aún con resonancia espantable en lo más profundo y sensible de mi alma. No resulta ya una expresión retórica aseverar que estamos presenciando los funerales de la República. La dilatación metódica, procaz y absorbente, de lo que se ha dado en llamar el imperialismo yanqui, en contubernio con algunos políticos dominicanos sin conciencia y sin escrúpulos, capaces de comerse a sus propios hijos muertos como el Ugolino del poema italiano con tal de conservar unas horas más un poder propicio a todo linaje de violencias y rapiñas, ha determinado el rápido desmoronamiento de la nacionali-

dad dominicana en lo que posee de más peculiar como entidad soberana y árbitra en todo de sus destinos. Hemos caído miserablemente, como el vecino pueblo haitiano, sin pensar que las naciones como los individuos tienen momentos supremos en que abofeteada y herida su dignidad sólo les resta defenderse bravamente hasta agotar cuantos medios de resistencia se encuentren a su alcance. Los pocos que desde hace años preconizamos aquí como fórmula de salvación un nacionalismo de médula científica inspirado en un concepto de inaplazables necesidades y exigencias de la sociedad dominicana aun en rudimentaria organización, hubiéramos aceptado con relativa conformidad que nuestro desmoronamiento nacional revistiera siquiera aspectos decorosos de una defensa resuelta y heroica que por más que a la postre resultara infructuosa, por lo menos demostrara al mundo que nuestra devoción a un ideal de patria independiente y libre no fué sentimiento artificial y posti-

zo, y que hasta la última hora hemos mantenido, como rojo penacho de gloria, nuestra merecida reputación de pueblo valeroso e irreducible....

En ninguna parte se ha esbozado un gesto de vigorosa y porfiada resistencia a la invasión extranjera. A meras escaramuzas se ha reducido cuanto hemos hecho en defensa de la patria escarnecida y pisoteada. Uno de nuestros bandos personalistas quiso cerrar el paso al invasor, y presto vió que se encontraba solo, aislado, en vergonzoso desamparo... En el épico bienio restaurador, La Gándara, después de ocupar a sangre y fuego a Montecristi, no pudo dar un paso hacia Santiago, capital del país insurreccionado. Y eso que comandaba seis mil aguerridos soldados españoles y contaba con un poderoso tren de artillería. No pudo con tan imponente fuerza militar romper el arco de fuego formado por los cantones revolucionarios que le impedían el avance a la ciudad gloriosa del 30 de Marzo.... Hoy con mil hombres de

tropas norte-americanas, gente bisoña en su inmensa mayoría, el coronel Pendleton acaba de adueñarse de Santiago riñendo ligeros combates en el largo y peligroso trayecto. Sólo tuvo en ellos tres muertos y once heridos...Y esa insignificante resistencia no se debe, como superficialmente sostienen algunos, a que el valor dominicano haya degenerado—nuestras recientísimas luchas civiles están ahí para atestiguar lo contrario—sino que lo que entonces existía no existe hoy: la convergencia de voluntades, la unidad de opiniones identificadas en un mismo y exclusivo propósito de redención o de muerte. El personalismo imperante, fraccionado, subordinado a mezquinos intereses del momento, asumen toda la responsabilidad de la terrible catástrofe....

Claro está que la extinción de la República no será total. Los métodos de conquista y colonización actualmente empleados difieren naturalmente de los usados hace algunas centurias. En éso

se ha progresado como en todo. Ya nunca el despojo es completo. En lo porvenir seremos quizás una pálida y melancólica sombra de república que por lo menos servirá para poner en exhibición ante el mundo, ante los pueblos de la América de civilización latina, los procedimientos coercitivamente humillantes, lo que vale y significa positivamente el decantado, flamante y *cordial* panamericanismo que como fórmula de acercamiento continental exulta y proclama en sus discursos el presidente Wilson. Se nos moldeará al capricho de gente extranjera por tantos conceptos diferente a nosotros. Por obra de su incontrastable influencia se atenuarán hasta desaparecer nuestras más salientes modalidades espirituales. Habiéndolo sido todo en el país que libertaron nuestros antecesores, ya no seremos sino masa amorfa de despreciable inferioridad étnica que el conquistador, aun respetándole ciertos derechos, tratará con mal disimulado menosprecio....

No dudo ni por un instante que a vuelta de pocos años el progreso material será asombroso. Se convertirá el país, aun en grandísima parte inexplorado, en una tacita de oro como quien dice. Tendremos magníficas carreteras, espléndidos paseos, potentes acueductos, construcciones urbanas monumentales... Acaso hasta rasca-cielos. Pero ¡ay! todo ese adelanto será la obra y propiedad de los dominadores. La tierra, sin leyes oportunas que restrinjan convenientemente su posesión, será fácil y prontamente acaparada por el capital norte-americano. Los escasos núcleos de población nativa, como los pobres indios del *lejano Oeste*, desaparecerán lentamente, por emigración u otras cosas, incapacitados de fundirse con una raza cuyo orgullo étnico repugna todo contacto con gentes en que circulan gotas de sangre africana.... Hacienda, Obras Públicas, Ejército, quién sabe qué otra cosa, en manos de nuestros flamantes amos, nos convertirán en un humillante protectorado a cuya sombra lan-

zará sus últimos ayes la desventurada república de Febrero. No hay que forjarse ilusiones. Nuestro *status* será el mismo de Tunez, de Egipto y de Marruecos. Ni más ni menos. Ya sé que se transformará el país en sentido material; pero en las sucesivas etapas de ese cambio desaparecerán también las últimas partículas del alma dominicana tal como la forjaron las razas, la historia y las costumbres. Por el juego incesante de influencias exóticas nuestra despersonalización será completa. Una civilización más potente, absorbente y agresiva arrollará cuanto hay en nosotros del alto idealismo característico de la cultura latina. Desvanecido en la negrura de una extinción prematura el ensueño de la república ideal que vislumbraran Duarte, Sánchez y Mella, sobre las ruinas de esa república incipiente, ave herida mortalmente cuando apenas descogía sus alas, florecerá, recia y uniforme, plena de robusta vida material, la sediciente república que modelan actualmente esos

aventajados artífices del imperialismo yanqui que se llaman Russell, Caperton y Wilson....

II.

Paréceme esta hora sombría propicia para evocar la memoria de aquel paladín representativo de la juventud dominicana incontaminada y devota de los grandes ideales que se llamó Santiago Guzmán Espaillat. Cuando por todas partes no se ven más que homúnculos desprovistos de escrúpulos y prestos a plegarse a todos los servilismos y a todas las abyecciones; cuando por ningún confín del horizonte obscurecido despunta la silueta del hombre superiormente cohesionado de que ha carecido la sociedad dominicana en este momento supremamente doloroso de su historia, hay

precisamente que volver la mirada al pasado para buscar en él algo que nos consuele del espectáculo actual de increíbles claudicaciones y bajezas que pone espanto en las almas que aun no han perdido la fe en los idealismos nobles y generosos que iluminan e intensifican la vida. Nuestros caudillos, traidores unos, rehacios o impotentes otros han estado muy distantes de lo que de manera imperiosa demandaba de ellos el momento histórico. Por eso echo de menos a Santiago Guzmán Espaillat. Su patriotismo hirsuto y bravío estuvo siempre por encima de desmayos y decepciones. Aprisionado desde muy temprano en las férreas redes del personalismo político fué lentamente desprendiéndose de ellas y evolucionando hacia un concepto de organización jurídica de virtualidades capaces de determinar un efectivo mejoramiento público. En el fondo de su espíritu flotaba con contornos cada vez más precisos la concepción de un organismo nacional capaz en un todo de armonizar la liber-

tad con el orden y de realizar fines de civilización duradera y progresiva....

Han pasado ya cinco años y aun alienata en mi memoria, con primaveral frescura, el recuerdo luminoso de aquella noche inolvidable de mi conferencia en la benemérita sociedad *Amantes de la Luz*, en la histórica ciudad de Santiago de los Caballeros. Afuera imperaba la noche, una serena noche otoñal, apacible, rumorosa, en que el cielo hacía espléndido derroche de su magnífica y deslumbrante pedrería. Dentro, en el amplio salón profusamente iluminado, enjambres de flores vistosas y policromas y mujeres de singular y seductora belleza... A medida que hablaba, a medida que con frase pálida y torpe exponía mis ideas acerca del movimiento filosófico moderno, llamóme la atención, en un ángulo de la sala, un joven de hermosa y expresiva fisonomía que sin apartar de mí sus ojos intensamente luminosos seguía con profundo interés el curso de mis palabras. Era Santiago Guzmán Espailat.

Yo no le conocía personalmente puede decirse. Terminada la conferencia me fué presentado, y en rápida *causerie*, en fugaz conversación, la única que con él tuve, me enseñó los tesoros de su alma apacentada en el culto de las cosas de ingente eficacia espiritual de tan permanente actuación en el desarrollo colectivo.... Dos meses después, en el parque de La Vega, en círculo de amigos íntimos, bajo la embriagante caricia de una noche de perfumes, de músicas y de estrellas, como si hubiera caído sobre mí, anonadándome, no sé qué cosa espantablemente siniestra, supe la horrible noticia de su eterna desaparición en las sombras de obscura y misteriosa tragedia....

Supo poner siempre de acuerdo su pensamiento con su vida. Era austero y probo, de probidad extremada. De inteligencia clara y lúcida y de una sensibilidad siempre excitable y desbordante. Su valor personal rayaba en lo heroico. Puede decirse de él lo que Tácito de Julio Agrícola: «Ninguna señal de

miedo se le conocía en el semblante»... Su cultura intelectual se iba progresivamente ensanchando. Lo atraían los estudios sociales. Él era a mi ver el *caudillo*, el caudillo supremamente nacionalista, que se formaba lentamente, que hubiera sido capaz, en un momento dado, de aunar reciamente voluntades dispersas para impedir que la traición y el peculado continuasen prosperando en las alturas y para dotar al país de instituciones capaces de transformarlo ventajosamente. Se me figuraba que era el único que encarnaba entre nosotros las condiciones esenciales para ejercer a la larga una bienhechora influencia en nuestro bastardeado y corrompido organismo político...

Sobre él han caído ya espesas paletadas de olvido. Sobre su sepulcro se han marchitado desde hace tiempo las guirnaldas funerarias que la admiración y el afecto colocaron allí en horas fugaces de acerbo desconsuelo. Nadie ya lo recuerda. Nadie lo nombra. De haber vivi-

do en estos últimos días, de seguro que hubiera abrazado el escudo del combatiente para hacerse matar junto con los pocos que cayeron gloriosamente en Puerto Plata, en la Piedra, en la Barranquita, cerrándole el paso a los invasores de Yanquilandia; los únicos que, en paoroso abandono, cumplieron con su deber en la hora luctuosa del derrumbe esbozando un gesto de imposible resistencia que salvara siquiera en parte nuestro decoro como pueblo independiente y libre; gesto glorioso que aplaudirá toda conciencia sana y honrada y que unos cuantos pobres diablos de levita, asalariados o inconscientes, calificaron imbécil y cínicamente de *patriotería*...

III

En estas páginas digo la verdad a todos: por lo menos lo que creo sinceramente que lo es. Por eso quizás no

guste a muchos este libro. No importa. Lo he escrito para dar expansión a mi alma acongojada ante el sombrío espectáculo de bajezas e ignominias que presenciemos en esta hora de hondo duelo para los buenos dominicanos. Desde que, hace ya muchos años, pude romper las ligaduras que me ataban al personalismo político en que actué mal de mi grado bajo el imperio de dolorosas circunstancias, mi vida ha sido de absoluta consagración a nobles y fecundos ideales de mejoramiento patrio. No he escrito una sola página, no he publicado un libro o un folleto, no he pronunciado un discurso o una conferencia, que no haya sido pensando en el bien del país. En torno mío, como perfume de flor delicada, he sentido, en ocasiones, el rumor confortante del aplauso de algunas almas buenas y generosas. Pero las más de las veces han zumbado en mis oídos ecos bien claros de la sorda hostilidad del medio. En mi estéril labor nacionalista he gastado tiempo, salud y aun algo de mis

más que modestos medios de subsistencia. Por mi impenitente liberalismo he sido varias veces recluido en un calabozo y más de una vez extorsionado. Pero me satisface y enorgullece estar solo, aislado, encerrado en el reducto de mi conciencia, fuera de la atmósfera disociadora y nauseabunda del personalismo militante. Para mi obra intelectual, relativamente considerable para lo poquísimos que en ese sentido se produce en el país, no he contado jamás con la ayuda material de nadie. Ningún gobierno me ha alargado jamás su mano en ademán de positiva distinción y ayuda. Tampoco he solicitado nunca tal cosa. Si algún valor y alguna autoridad tiene mi pluma débela principalmente a que en lo que escribo no se trasluce ninguna influencia partidarista ni se vislumbra, impulsando mi mano, la silueta de ningún torpe y engreído caudillo....

DEFICIENCIAS DEL MEDIO

I.

En el hibridismo de nuestro origen étnico residen los gérmenes nocivos que, fructificando con el tiempo, han determinado un estado social en gran parte refractario a un desarrollo de civilización efectiva y prolífica. De sangre indígena, de sangre quisqueyana, tenemos bien poca cosa si es que poseemos algo. Nuestra concreción étnica actual está integrada por sangre del blanco europeo de procedencia generalmente baja y maleante y del etiope salvaje y pleno de las supersticiones febricitantes y fetichistas de

sus selvas africanas. De esas dos ascendencias tan distintas y desafines surgió un tipo colonial de aspectos precisos y definidos, pero poco capaz de evolucionar de manera gradual y metódica hacia formas de vida social cada vez más progresivas y perfectibles. Como dije en un estudio reciente, la colonización de esta Antilla jamás tuvo un proceso regular y coherente de adaptación a formas nuevas de existencia colectiva ventajosa y permanente. Se procedió, por regla general, con completa irregularidad, como al azar, evidenciando la clase conquistadora o la inmediatamente sucesora de ella, sólo propósitos de rapiña como el más fácil sendero para un rápido enriquecimiento. El *carpe diem* horaciano fué norma de conducta en esos tiempos. Aunque las leyes de Indias estaban generalmente inspiradas en principios de relevante justicia, jamás se cumplieron ni aun en parte puede decirse, pues no obstante las incesantes y encendidas recomendaciones de algunos monar-

cas españoles, sus representantes, los encargados aquí de aplicarlas, uno que otro de ellos con manifiesta buena intención, tropezaron siempre como contra una inmóvil muralla de granito con los potentes intereses creados, resueltos a impedir de cualquier modo la completa implantación de las benéficas medidas reformadoras. Durante cierto tiempo mantúvose la pugna, encarnizada y vehemente, entre una minoría culta y humanitaria interesada noblemente en favor de los infelices indios ya en vías de completa extinción y una mayoría absorbente y ávida de monopolios e irritantes privilegios dispuesta a sostener de cualquier modo y en toda su vergonzosa integridad la vitanda y antihumana institución de las célebres *encomiendas*. Crueldad, violencia y rapiñas son los factores integrantes y determinantes de la ética que norma la actuación social de aquella época histórica.

Naturalmente, no modificada o corregida por una permanente dirección do-

cente bien encaminada la actuación nociva de tales factores, estructuróse bajo su influencia un organismo social lleno de acentuadas deficiencias en sus modos y maneras de entender y practicar la vida. No se desconocen impunemente determinados principios sociológicos. La impulsión primitiva caracterizada por el culto a la violencia persiste aún sin mayores atenuaciones en el fondo obscuro de nuestra psicología. Ciertos de sus más desventajosos aspectos permanecen en pié aunque algo disimulados por nuestro frecuente roce con civilizaciones superiores. Durante nuestra primera época, la fundamental de nuestra historia, levantóse, sobre un plano de resaltante inferioridad mental, el edificio de la vida colectiva dominicana. Ese edificio, agrietado y ruinoso, se mantiene aún erecto sin las modificaciones que reclama imperiosamente su peligroso estado. Cerrado el período de extremada violencia con que se abre nuestro desenvolvimiento histórico, sucédele en una dilatación de

tiempo tres veces secular la vegetación de una vida monótona, de ejercicios piadosos, de rezos, de procesiones, que absorbe casi toda la actividad mental, lo mismo en lo individual que en lo colectivo, y a cuya sombra, ya casi sin empleo esa violencia que ahora dormita en un rincón del organismo colonial presta a despertarse con ímpetu al primer toque de llamada, florece un sentimiento de incondicional obediencia a la autoridad, de sumisión ilimitada a lo que viene de arriba, al monarca o a quien lo represente, al obispo o al cura, que en un principio se explica y justifica, pero que a la larga se convierte en servilismo más o menos acentuado de pésima influencia en la evolución fructuosa de las colectividades sociales...

De ahí, en gran parte, cierta extrema-pasividad en la obediencia, carencia de iniciativas fecundas, falta completa de valor moral, relajamientos e inercias de la voluntad incapaz de cristalizar en empeños de saludable trascendencia. Por

entre los resquicios de semejante estado de crónico rutinarismo no penetraron en ningún momento salvadores hábitos innovadores. Un proceso de petrificación mental es lo que únicamente se constata en sociedades de organización tan primitiva y deficiente. Es para mí punto menos que realidad axiomática la creencia de que aún las cosas de íntima urdimbre natural, radicadas en la misma naturaleza humana, sin poder ser suprimidas de raíz, son en todo momento capaces de modificarse, atenuarse y transformarse mediante la acción ininterrumpida de procedimientos de una pedagogía social penetrada de puntos de vista de genuina proyección científica aplicada sin titubeos ni indecisiones al cuerpo colectivo con la misma asiduidad y competencia con que el facultativo que conoce todos los adelantos de su profesión procura curar radicalmente la enfermedad del paciente que tiene a su cuidado. Un proceso educacional, coherente, consciente en todos conceptos de su misión trascen-

dental, inspirado en luminosas realidades de la vida moderna, acaso hubiera podido operar en nuestro medio social las modificaciones necesarias para realizar con ciertos métodos de gradación las reformas que reclama con inexcusable urgencia nuestro deficientísimo organismo colectivo. La frase del insigne Hostos aplicada a nosotros: «Reformar la razón común,» tiene positiva importancia interpretada en el sentido de romper con hábitos seculares de pensar y de sentir amamantados en un tenaz e infecundo tradicionalismo y de la tendencia a barrer seculares preocupaciones y convencionalismos, cuanto, en fin, obstaculiza con fuerza formidable nuestro ingreso a una existencia más en consonancia con muy pronunciadas peculiaridades de la civilización de nuestra época considerada en sus más altas y fecundas manifestaciones.

Bien poca cosa se ha realizado hasta la hora presente en el sentido de hacer cada vez más estrecho y restringido el do-

minio de la crasa ignorancia en que vegeta a sus anchas la inmensa mayoría del pueblo dominicano. En cierto aspecto no somos un pueblo, un verdadero pueblo capaz de evolucionar consciente y progresivamente. En realidad no somos más que una masa sin precisos contornos, hondamente trabajada por la acción disolvente de personalismos aviesos, cada vez más fraccionada, sin rumbos fijos, sin ideales, de una inferioridad mental que la incapacita para elevarse a un concepto de Nación aún en una acepción la menos compleja posible. Todo eso, en grandísima parte, podría desaparecer o atenuarse considerablemente mediante un propósito de difusión de enseñanza común cada vez más racional y amplia. No es de ahora que se ha preconizado la conveniencia de provocar un movimiento de reacción, loable e imprescindible, contra las formas de enseñanza vetustas y anacrónicas que aun privan en buena parte de nuestra actuación escolar. La reforma radical intentada conscientemen-

te por Hostos es buena muestra de ello. En síntesis satisfactoria, en un sentido netamente integral, la educación vincula la convergencia de principios y procedimientos necesarios para dar al individuo, célula social, la suficiente capacidad para afrontar con resolución y éxito las vicisitudes y peligros que hay que vencer a cada paso en la vida circunstante. Esa enseñanza, en todas sus partes, debe tender a la conquista de una cultura lo más propia y peculiar posible que responda en todo tiempo a un efectivo desarrollo de civilización autónoma y definida.

Esa educación individual, como quería Augusto Comte, para que sea fructuosa, debe, sociológicamente considerada, subordinarse a exigencias y necesidades de la evolución superorgánica. En muchos de estos países se ha considerado siempre el problema educativo desde puntos de vista exclusivamente intelectuales. Se ha descuidado cuanto se relaciona con lo fundamental en el indi-

viduo: el carácter, la voluntad briosa y tesonera, lo que únicamente determina en el ser individual una verdadera personalidad propia para el *strugge for life*, la lucha por la vida. De ahí, en parte, la superioridad de la pedagogía sajona sobre ciertos deficientes aspectos de la de algunos de estos pueblos de cultura latina. No se trata, no debe tratarse de formar una *elite* de intelectuales, de enciclopédicos, de *sabios* en una palabra, sino de *crear*, este es el vocablo, hombres capaces de personales iniciativas y de erguirse en todo tiempo y circunstancias contra lo que reputen atentatorio a la verdad y a la justicia. Y si éso es tratándose de la enseñanza en los más altos extractos sociales, la educación común, la de las masas, sin descuidar la parte referente a dar consistencia y solidez al carácter, debe circunscribirse a un *minimum* de conocimientos y ser gratuita y eficaz y positivamente obligatoria...

Ha sido por desdicha poquísimo, casi nada, lo que en esa vía se ha cumplido

en el país. Espanta ver la exigüidad de la suma consignada en el presupuesto nacional para atenciones de la enseñanza pública. Las rentas fiscales en parte se malgastan miserablemente en cosas innecesarias creadas por el personalismo político para satisfacer exigencias provocadas por el ansia de lucro o la vanidad pueril de inconformes sectarios. Se ha hablado mucho de enseñanza, hasta se le ha declarado obligatoria, pero sin los medios ni recursos necesarios para hacer efectiva tal disposición. Nuestra población analfabeta es enorme en comparación de los pocos que saben leer y escribir. Nuestras escuelas, en su mayoría, funcionan mal, sin competente personal técnico, sin modernos útiles pedagógicos, sin locales adecuados. Los Ayuntamientos son los únicos que en realidad han hecho algo por la más amplia difusión de la enseñanza popular no obstante lo escaso de los ingresos comunales y la obligación de llenar las otras numerosas atenciones que tienen a su cargo.

II

De esa general ignorancia se desprenden deficiencias muy acentuadas de psicología colectiva. Uno de los defectos más notables y resaltantes de ella es la falta casi completa de sanción, de sanción social. No hemos acertado a comprender todavía el inmenso valor, la fuerza imponderable de esta vulgar y sencilla frase: la unión hace la fuerza. No hemos alcanzado, si acaso en uno que otro momento de nuestra historia, esa homogeneidad aplastante que, sin anular las iniciativas individuales ni mucho menos, sin mutilar nada característicamente individual, resulta el único e infalible medio de llevar a cabo las más radicales transformaciones y de crear una opinión consistente y duradera que sirva de poderoso dique de contención a actuaciones malsanas y deprimentes para nues-

tra visión ética de las cosas. Entre nosotros no existe ni ha existido nunca verdadera solidaridad. En esa falta resaltante de cohesión social, estrecha y sólida, consiste en primer término la causa del tremendo desbarajuste que se revela en todas las actuaciones desordenadas de nuestra existencia colectiva.

Un individualismo, rabioso, torpe y disolvente, aun no atenuado en lo más mínimo, parece como que marca un ritmo de permanente impulsión en la vida incoherente y tumultuosa del pueblo dominicano. Determina de continuo una especie de anarquía en que naufragan irremisiblemente los más nobles esfuerzos y las más altas aspiraciones. No nos hacemos cargo de la imposibilidad de realizar nada estable y fecundo sin una aproximada o completa unidad de miras, sin una concatenación estrecha de esfuerzos, sin un engranaje de propósitos, de sentimientos y de ideas. Sin eso se dificulta hasta imposibilitarse la conquista metódica de finalidades de indis-

pensable organización jurídica. Por esa carencia de solidaridad se han aquí malogrado en agraz esfuerzos individuales o de asociaciones encaminadas a la realización de cosas eminentemente beneficiosas para el país. De esfuerzos aislados, que surgen de aquí y de allá, sin conexiones, sin nexos, sin una verdadera base de estrechamiento adecuado de voluntades, inútil resultará siempre la pretensión de dar fácil acceso en nuestro restringido y rutinario movimiento social a formas y procedimientos de la democracia moderna con los que parece estamos perpetuamente reñidos...

Para que cualquier propósito de organización que lesiona con mayor o menor fuerza intereses creados y que tienen en su abono la duración y cierto prestigio, pueda adquirir contornos más o menos fijos y precisos de cosa real, requiere fecundarse en un ambiente social en que sus determinaciones encuentren si nó en todo el mundo por lo menos en un grupo de gente culta y decidida eficaz apoyo

y entusiasta aprobación. Carecemos casi por entero de ese ambiente. Poseemos una minoría inteligente e ilustrada, pero aquejada también de un muy perturbador espíritu de individualismo. Todos quieren ser por sí, particularmente, personalmente, pero sólo a regañadientes solicitan la indispensable atención de sus congéneres. Cuando no en medio de una anarquía armada, de guerras civiles casi siempre desprovistas de sanos y bien intencionados anhelos, nos agitamos en el seno de una actuación incoherente, repleta de chismes, de enredos, de intrigas, de calumnias, de injustificables negaciones. En esa atmósfera resuena continuamente el ruido estrepitoso de torpes y agresivos apasionamientos. Nada se discute con templanza y caudal de adecuada reflexión. El *porque sí*, el aplastante *porque sí*, concluye por imponerse. Lo que principió por una discusión degenera pronto en disputa de plazuela en que triunfa siempre el que más grita y vocifera...

La falta vergonzosa de sanción se revela en no pocos aspectos de nuestra manera de ver social. En lo malo, en lo reprobable sí no nos falta solidaridad por más que ésta sólo sea artificial y pública, reservándose después cada cual rectificar en privado la opinión aprobatoria que externó públicamente respecto de actos merecedores de reprobación y de anatema. Con frecuencia lamentable vemos que los que ayer no más insultaron el decoro público, el prestigio cultural a que aspira toda sociedad digna de este nombre; los que se ensañaron con gentes por todos conceptos honorables arrebatándoles sin ninguna justificación su libertad y su dinero, no contentos con tales actos, no satisfechos con esta obra abominable, se pasean erguidos y como ufanos de sus maldades por todas partes, con procaz cinismo, recibiendo el saludo afectuoso de gente que se juzga decente y aspira a que como a tal se le siga considerando. Nunca hemos puesto como era nuestro deber cordones sanitarios de desprecio a

la multitud de criminales que cínicamente se codea y quiere alzarse hasta la altura de la gente buena y honrada que abunda aquí más de lo que se cree, pero que permanece en actitud de indolente retraimiento como medio de evitarse desconsideraciones y atropellos.

Encarcelar, engrillar, expulsar, robar, matar, si es en *política*, en lo que aquí llamamos política, no son crímenes para los defensores de la situación imperante. La mayoría, influida por ideas ancestrales y por una educación extraviada y rutinaria tiende como atenuar y aun a justificar tales barbaridades. Admira siempre, aun pretendiendo en veces disimularlo, al que pega más fuerte. Salvo excepciones, son más respetados entre nuestros macheteros los que han puesto más cruces en el cementerio. La frase es a la vez gráfica y verdadera. Sólo hay una porción de gente que reprueba tales hechos, pero esa minoría se contenta con indignarse en el hogar o en reuniones íntimas, sin decidirse jamás a protestar

públicamente ni a ir al periódico, a la asociación, al tribunal para perseguir y hacer condenar a los autores de ellos en nombre del decoro social escarnecido y ultrajado. Claro está que tales cosas sólo se explican por esa falta de solidaridad ya mencionada que, tendiendo de continuo a la división, al fraccionamiento, a la indisciplina, al falseamiento de todo sano e indispensable control jurídico, no permite la formación de potentes núcleos de opinión capaces por su propia virtualidad de ejercer saludable influencia imponiendo respeto a cierta gente que sólo bulle y obra por la indiferencia o la cobardía del mayor número de los componentes sociales. El secreto del éxito en cualquier obra de carácter social de importancia consiste y consistirá siempre en agrupar inteligencias y voluntades en el sentido de coadyuvar decididamente a su realización penetradas ampliamente de las ventajas y excelencias que entraña y representa dicha obra. Esfuerzos fraccionados, dispersos, serán

sin cesar importantes para traducirse en hechos de edificante mérito colectivo.

III

De ese rutinarismo mental, producto directo del estado de desconsoladora ignorancia en que vegeta la inmensa mayoría, despréndese, de modo principal, inficionándolo todo, una lógica política o cosa parecida de efectos prolíficamente nocivos. Lógica estática, lógica de conceptos fundamentado en una visión torpe y permanente del pasado. Como argumento soberano e irrefutable de justificación para muchos actos reprobables buscamos siempre el *precedente*, el funesto precedente. De esa manera creemos explicar y aún justificar todo lo malo. Por carencia de sanción social, el precedente, lo irregular, lo criminal que

se hizo, se alza de continuo ante nosotros como demostración irrefutable de que fatalmente, por imposiciones de no sé que hado adverso, no podemos desviarnos de las sirtes del pasado y buscar nuevos y más provechosos derroteros. El caudillejo que por impulsiones íntimamente atávicas conculca un derecho, pilla y fusila a su antojo, cree encontrar completa justificación para tales barbaridades, y para muchísimos la encuentra, en la tonta consideración de que otros tipos similares hicieron lo mismo sin ser reprobados ni mucho menos, antes al contrario recibiendo a manos llenas el aplauso de muchas gentes interesadas en la conservación de la situación política representada por el caudillo que impertubable y firme ejecuta tales horrores. Como si la maldad pudiera sentar jurisprudencia. Funesto, funestísimo error . . .

He oído muchísimas veces, en conversaciones o discusiones, a personas de relativa cultura, expresar en tono de

profunda convicción, como razón còntundente, aplastante, sin réplica posible, para justificar actos por todos respectos merecedores de amargas censuras, la consideración funestísima de que tales barbaridades se explican necesariamente por circunstancias del momento que pueden repetirse determinando los mismos pavorosos efectos. Se forma así, por esa vía tortuosa, un encadenamiento de maldades que tiende a prolongarse necesaria y fatalmente en el tiempo. Semejante lógica estática no merece refutarse. Se derrumba por su propio peso. Considerada así, la historia no sería más que una repetición monótona y desesperante de persecuciones y de horrores. No fulguraría nunca en ella el rayo de sol de impulsiones de benéfica trascendencia social. Ese constante aspecto gris, esa eterna repetición de maldades, bien considerados, resultan de completa inconformidad con la realidad cuando el observador sagaz la estudia serena y desapasionadamente. En la trama

cambiante del proceso histórico evidencianse a cada instante reacciones bien acentuadas contra esas modalidades sombrías y desconsoladoras. Conservando del pasado lo que merece y necesita guardarse, debe ser siempre nuestro empeño contribuir arduosamente a combatir lo que en él hay de lesionante y de morboso para reemplazarlo con las innovaciones que la vida va produciendo en su incesante dinamismo. No, no hay que volver la vista hacia atrás. Las circunstancias que dieron vida y carácter a un suceso histórico no son ni pueden ser las mismas incubadoras de hechos actuales. ¡Cómo si porque Santana, Báez, Heureaux, incurrieran, en determinadas épocas, en actos de salvaje represión debieran seguirse esos mismos bárbaros procedimientos en parecidas o análogas circunstancias, sin pensar que esgrimiendo tal argumento lo que se hace torpe e irreflexivamente es justificar toda tiranía pasada, presente y venidera! Cómo si porque la maldad imperó ayer

debiera continuar imperando hasta la consumación de los siglos! Cómo si toda nuestra vida política debiera desenvolverse en una sucesión horripilante de hechos que consideraciones de tiempo y de psicología individual y colectiva explican más o menos satisfactoriamente!

Con mi palabra y mi pluma vengo desde hace años combatiendo decididamente ese funestísimo error de tan honda repercusión en los más visibles aspectos de nuestra mentalidad nacional. El mal, así se le engalane y acicale, es y será siempre el mal. Una barbaridad del pasado jamás justificará una barbaridad del presente. El adelanto humano evolucionará siempre, por ley de su peculiar desenvolvimiento, en una serie de cambios y rectificaciones más o menos radicales y duraderos. La natural tendencia de toda evolución consiste en la adaptación del organismo social, en toda la integridad de su complejo funcionar, a las formas diversas en que se encarnan y condensan ideales de trans-

formación cada vez más radiantes y perfectibles. En el cementerio de lo que fué hay enterradas muchas cosas buenas y malas. Dejemos a estas últimas dormir en paz, y evoquemos, resucitemos las primeras, no para seguir sus enseñanzas en lo que tuvieron de accidentales y pasajeras sino en lo que haya en ellas positivamente adaptables a determinadas e impretermittibles exigencias de la civilización contemporánea. Hay que abominar siempre de la maldad venga de donde viniere. Atenuarla o intentar defenderla con tales o cuales alegatos es hacerse a sabiendas cómplice de ella. En el país solo debería haber en la triste hora actual dos únicos partidos: el de los hombres de bien y el de los malvados.

IV.

El pesimismo, un pesimismo incoherente, hecho de impresiones del primer

momento, producto de una visión muy incompleta y deficiente de las cosas, fermenta con emanaciones pútridas en el fondo de la mayoría de nuestros juicios y apreciaciones acerca de personas y de cosas. Es el mismo pesimismo a que se refiere el notable escritor brasileño Sylvio Romero en un magistral estudio sociológico sobre su patria. No parecemos un pueblo joven, en pleno desarrollo, dotado de vigor y lozanía, que comienza ahora a desenvolver sus energías, sino una sociedad caduca, desesperada, sin alientos, sin anhelos de mejoramiento, en proceso de irremediable decadencia, que ve sólo por todas partes presagios de inevitable ruina. Por eso hemos recibido con tanta indiferencia la injustificable agresión del imperialismo de los hombres rubios del Norte. En nuestro ambiente enrarecido flotan de continuo átomos de infecunda desesperanza. Antes de luchar ya lo consideramos todo perdido. En ocasiones se creería que contamos largos siglos de

existencia, y por obra de arraigado escepticismo, sólo nos quedara ya la caduca consideración de lo vano y efímero de las cosas humanas . . .

El impresionismo en que de ordinario se condensa lo escéptico y pesimista de nuestro pensar y sentir parece tener su raigambre en obscuras profundidades de nuestro fondo étnico. Siempre o casi siempre la primitiva sensación nos domina y avasalla, y de ahí lo superficial e incompleto de la mayor parte de nuestras maneras de apreciar las cosas. En más de una ocasión hemos constatado el pésimo efecto experimentado por muchos al ver que sus planes y aspiraciones de mejoramiento nacional no cristalizaban en hechos resaltantes con la rapidez con que ellos hubieran querido que acaeciese. No, no es obra de romanos, no es obra imposible, pero sí difícilísima la de transformar de la noche a la mañana nuestros deficientísimos métodos de vida política y ponernos en condiciones de hombrearnos con otros pueblos de este

Continente afines al nuestro por más de un concepto. Dificilísima y todo, esa empresa de reconstrucción hubiera podido llevarse a cabo, con ciertas lagunas, incompleta acaso, con medios y formas peculiares del terruño de modo que resultase lo más nacional posible y lo más en consonancia con muy acentuadas modalidades espirituales nuestras. El extranjero, por desdicha, va acaso a realizar lo que no hemos querido o podido hacer nosotros. Y si lo hace lo hará a su antojo, a su capricho, sin dársele un ardite si vulnera o hiere aspectos privativos de nuestro ser colectivo.

En lo físico como en lo social no es posible falsear impune y perdurablemente la naturaleza íntima de las cosas. La evolución se desenvuelve siempre en virtud de un determinado ritmo que no consiente ciertas desviaciones trastornadoras. Es absurdo pretender hacer en un día lo que necesita un año. Porque intereses, preocupaciones y convenciona-

lismos se confabulan momentáneamente para cerrar el paso a ciertas reformas ardientemente deseadas, los iniciadores de ellas, sin profundizar ni poco ni mucho en la complejidad de los motivos determinantes del aparente fracaso, lo juzgan todo perdido *para siempre* y se echan en brazos del más negro y desesperante desencanto. En tales casos el magno error de apreciación es evidente. Tan malo es contemplar las cosas desde la cima de un optimismo riente y deslumbrante que todo se le antoja bueno y excelente como verlas con un criterio pesimista en que aparece siempre parcialmente abultada la realidad intrínseca de los hechos. Y, en último caso, sería mejor, muchísimo mejor, aceptar lo primero, es decir, una visión optimista más o menos discreta y mesurada.

V.

Tal estado de alma saturado de átomos de violencia, de irrefrenable inclinación a los procedimientos coercitivos, a cuanto responda a abusivos empleos de la fuerza bruta, explica en grandísima parte el entronizamiento de menguadas y largas tiranías. Estas parece como que tienen la facultad, en más de un sentido, de cohesionar y eslabonar fuerzas sociales fragmentarias y dispersas. Nuestro radical individualismo encuentra en el tirano, durante prolongados períodos, por más que parezca antitético o paradójico, un aspecto de férrea y peligrosa unidad. Salvo contadísimas excepciones, salta a la vista el hecho de que en la América latina sólo ha florecido y florece la paz bajo la acción prolongada de despotismos omnipotentes. Parece ley histórica de estas democracias en forma-

ción, inconsistentes, sin arraigo, que a períodos de despotismos sucedan inevitablemente períodos de pavorosa y destructora anarquía en que no podemos entendernos tirando cada cual fuertemente de su lado. El tirano de estas latitudes es siempre en el fondo una gran fuerza sintética. Resulta como el instrumento fiel y adecuado en que el pensar y el sentir de la mayoría encuentran su forma de expresión más fiel y definitiva.

Quien serenamente estudia los hechos enteramente despojado de prejuicios partidaristas o de otro género, atisbará siempre, detrás de esos hombres que durante años gobiernan dictatorialmente modelando superficialmente o en la apariencia determinados factores sociales, como empujándolos y sin menoscabo de la privativa individualidad de cada uno de ellos, la acción constante, preponderante, incontrastable, decisiva, de los convencionalismos, supersticiones, costumbres y demás modalidades intelec-

tuales y afectivas que constituyen el ambiente moral de sus respectivas demarcaciones nacionales. Más que en parte alguna, revélase en algunas sedicentes repúblicas de nuestra América la estrecha relación existente entre la mentalidad ambiente y el caudillaje desapoderado y estulto. Y eso siempre a despecho de una minoría culta, de muy acentuado y simpático liberalismo, empeñada infructuosamente en el laudable propósito de aclimatar sus ideas de innovación y mejoramiento. Bufos y trágicos a la vez, esos tiranuelos americanos son, por lo general, concreción personalísima de estados sociales groseramente refractarios a impulsiones de fecundo y civilizador dinamismo . . .

Incorre, pues, en flagrante equivocación, yerra de medio a medio, quien crea que el tirano es producto aislado, condensación individual que se exterioriza por sí propia, en un determinado instante, sin conexiones íntimas y estrechísimas con la realidad que lo circunda y pe-

netra. Muy lejos de éso. Es y ha sido siempre manifestación individual, personificación mejor dicho de resaltantes morbosidades del medio en que se desenvuelve y subordina a su talante. A tal pueblo tal hombre. Fué Tácito, el gran historiador romano, si no me equivoco, quien dijo hace la friolera de dieciocho siglos más o menos que todo pueblo tiene el gobierno que merece. Ha caído mucha agua desde entonces sin alcanzar a borrar lo veraz y justo del concepto. Todo ese enjambre de tradicionalismos y de otros ismos nocivos y anacrónicos que constituyen lo más visible y característico de ésta o aquella mentalidad nacional, a su sazón y a su tiempo, se vincula y estereotipa tomando forma corpórea, personal, en un hombre, en un caudillo bien estructurado para el caso, con todas sus naturales y funestas consecuencias.

En los Estados Unidos y en Suiza, pongo por caso, es punto menos que imposible que haya tiranos. El medio acciona condicionando al tirano y éste

reacciona después sobre él lo que produce relaciones de engranaje, de causa a efecto, que sólo pueden sorprender a observadores superficiales o inconscientes. Y ambos llegan, en esa serie más o menos enmarañada y compleja de acciones y reacciones, a un punto determinado de actuación y ascención relativamente propicio para un juicio imparcial y sereno de necesaria virtualidad sintética. Tal Ulises Heureaux, aún no juzgado fielmente en todos los aspectos de su personalidad recia y musculosa apacentada desde los comienzos de su carrera en un ambiente de desenfrenos y de violencias. Fué indiscutiblemente un hombre de cierta superioridad capaz de altos empeños, pero echado a perder desde el principio por la perniciosa influencia de las circunstancias que le rodearon despertando con crecientes fuerzas impulsiones que dormitaban en el fondo de su férreo y peculiar organismo. En su proceso ascencional sólo contempló ante sí muchedumbres temerosas y sumisas. Muy

pocas, habas contadas, fueron las voluntades que se irguieron ante él. Poseía cierta peculiar cultura. Hablaba varios idiomas. Lo poco que supo lo adquirió por sí propio, al azar de las circunstancias tormentosas de su vida de indomable guerrero. Y por condiciones de ambiente, por falta de gente de carácter, no tuvo casi nunca a su lado influencias decisivas que pudiesen encaminarlo por más amplios y honrosos derroteros desviándolo de los escollos a que lo condujeron las ideas de violencia hondamente arraigadas en su cerebro. De ahí su larga actuación dictatorial nociva por entero para el libre funcionar de las instituciones, plena de hechos de bárbara represión, de inmoralidades administrativas; pero que por lo menos dió durante años paz material al país, a la sombra de la cual florecieron la agricultura y ciertas industrias y hubo garantías para el trabajo siendo el campesino respetado en sus intereses, bien diferente a estos últimos tiempos, en que tirios y troyanos,

gobernantes y revolucionarios, cada cual a su antojo, lo saquean y esquilman con odioso y cínico desparpajo. El culpable de esa tiranía, fué el pueblo. Fué el país entero en todas sus clases y categorías. Fueron todos, absolutamente todos; unos por indiferencia, otros por miedo, otros por servilismo, otros por ambiciones bastardas de batuta y de lucro . . .

Fueron, fuimos todos. Y la prueba evidente de que el tirano no es la tiranía la tenemos en la multitud de Ulisitos de pacotilla que para escarnio y vergüenza nuestra han florecido después como plantas de una vegetación monstruosa que sólo crece en determinados medios sociales; verdaderos salteadores de la Hacienda pública, victimarios crueles y empedernidos de los hombres de bien, que sólo han dejado tras sí, por todas partes, huellas de desolación, de rapiñas, de incontables y estupendos atropellos y violencias . . .

VI.

Desde hace poco tiempo mi característico optimismo, tenaz, impenitente, comenzó a resquebrajarse permitiendo que penetrasen en él ráfagas de dudas y efluvios de penosos desencantos. Mi fe robusta empezó a tener momentos de vacilación. No puede ser más peligroso el estado de alma de un pueblo inerte, desorientado, escéptico, en que por ninguna parte se vislumbra la fulguración de ningún ideal. Se veía venir el naufragio sin encontrar la tabla salvadora que pudiera sostenernos sobre el lomo de olas del piélago encrespado. Y la catástrofe ha llegado más pronto y con más horrísono fragor de lo que se hubiera creído. Después de todo no ha debido sorprendernos ni mucho menos. Camino del desquiciamiento íbamos desde hacía rato. Cada día se patentizaba más en nuestra actuación levantisca y perpetuamente desordenada la completa falta de convergencia de ideas y de volunta-

des de absoluta necesidad para cimentar formas de organización jurídica que imprimiesen rumbo más o menos estable a nuestra existencia nacional.

Más que de un pueblo, que de una estrecha agrupación de hombres relativamente conscientes de su destino histórico y de lo que es el concepto de Estado, nuestra actuación nacional, en bastante de sus aspectos, se parece a la de una tribu semi-bárbara que sólo tiene ante sí una visión de incesante guerrear como medio exclusivo de satisfacer bajos apetitos de lucro y de batuta. Por imposiciones del personalismo perturbador y torpe en que se vincula nuestra dramática historia ha sido imposible reaccionar en el anhelado sentido de una evolución metódica y fructuosa que por serie de necesarias gradaciones redujese a sus debidos límites nuestra preponderante inclinación a procedimientos de fuerza y de violencia y nos llevase discreta y oportunamente a una asimilación lo más completa posible de modalidades de

genuina fuerza civilizadora. Bien es verdad que para realizar tales cosas se requieren estadistas de cierta talla y nosotros no hemos tenido ninguno. El estadista, a mi ver, se descubre en su visión ideal, completa, en toda su cabal integridad, de las necesidades de un pueblo en una hora dada unida al sentido práctico de los medios, recursos y procedimientos para alcanzar gradual y efectivamente la satisfacción de esas necesidades generales. El progreso, el relativo progreso que en ciertas cosas hemos alcanzado, es producto más de la fuerza misma de la evolución natural de las cosas, de la natural tendencia a mejorar, que de una dirección gubernativa traducida en iniciativas constantes y eficaces.

La complejidad de nuestras más características deficiencias se ha alzado siempre en el camino de llevar a buen puerto ciertos salvadores y trascendentales empeños. Solidaridad y tenacidad han sido las condiciones que han faltado de continuo a nuestra clase dirigente. No

hemos podido, ni en pequeña parte, destruir la fuerte levadura de indisciplina, de nociva rebeldía, de descarriado individualismo, de indiferencia, de resignación apática, de tendencia a cruzarnos de brazos para esperar que caiga el maná del cielo, que imposibilita nuestro acceso a nuevos modos de ver e interpretar las exigencias imperativas de la evolución social, a una revisión amplia y acertada de los valores morales e intelectuales que rigen y gobiernan la mentalidad dominicana.

Esa obra eminentemente necesaria parece en mucho superior a nuestros pobres esfuerzos. En los más recónditos pliegues de nuestro organismo espiritual, aparte de otras ya mencionadas deficiencias, una especie de abulia absorbe, atrofiándolas o inutilizándolas, facultades volitivas de singular mérito y eficacia. Lejanos atavismos han determinado en nuestra inteligencia y en nuestra sensibilidad, la propensión a la pereza física y mental, a cierta quietud de ambiente

monástico, que nos hace permanecer esperando la catástrofe sin poner nada de nuestra parte para impedir la o aminorar sus efectos. En nosotros, en buena parte de nosotros, se consta sobra de palabrería, de verbosidad, de charlatanismo, de cierta exaltación de un falso lirismo siempre encaminado a falsear el verdadero concepto de las cosas. Y así hemos vivido fatalmente resignados con nuestro sino adverso, derribando un tirano para endiosar mañana a otro o resbalar en la más aterradora anarquía, despreciando lo que realmente sabe y vale por lo mediocre y charlatán, para caer al fin, presa fácil y apetitosa, sin hora y sin gloria, en las férreas manos de los audaces y agresivos cartagineses del Norte . . .

VII.

Y como corona de tales deficiencias, flor negra y pestífera, la corrupción más

envilecedora y disolvente. En las pos-trimerías del régimen despótico del general Ulises Heureaux se exhibió esa corrupción con vivos colores, pero reducida a un grupo o a grupos más o menos caracterizados de la situación imperante. La gran mayoría del cuerpo social permaneció alejada de tales formas de medro administrativo. Pero muerto en Moca aquel férreo caudillo, el movimiento armado que siguió a esa muerte y posteriores motines y revoluciones fueron causa de que se aumentara en proporciones cada vez más alarmantes el número de los que querían vivir de la política en un *dolce far niente* sin arrimar otra vez el hombro al trabajo. Profesionales, artesanos, agricultores, impulsados acaso en el primer momento por un sano y noble propósito de bien público, dejaron sus respectivos honrosos medios de vida para en puestos diversos contribuir a la pacificación del país; pero poco a poco, insensiblemente, se fueron aficionando a una vida que les permitía el disfrute de

goces de cierto género, la voluptuosidad del mando, los halagos de la vanidad, y ya por ningún concepto quisieron volver a las asperezas de sus antiguas respectivas faenas. Se convirtieron en políticos profesionales prestos a todas las humillaciones, a todos los servilismos, a cometer todas las crueldades que se les indicase de lo alto, con tal de no abandonar una vía en que fácilmente podían alcanzar la satisfacción de menguados apetitos personales.

Y como el mal ejemplo consagrado por el éxito es siempre contagioso el número de políticos que pretendían sostenerse holgazanamente del presupuesto fué siendo cada vez mayor. Creáronse, para satisfacer tales demandas nuevos e innecesarios puestos públicos. Al final de cada una de estas últimas revoluciones, muchedumbres espesas de pretendientes a empleos y a asignaciones acudían a la Capital de todas las poblaciones del país llenando los hoteles y casas de hospedaje y agobiando con sus

exigencias intempestivas y a veces absurdas a los flamantes directores de los asuntos públicos. Comerciantes quebrados o en camino de la bancarrota que en momentos de apuro de los gobernantes prestaron sumas de dinero o facilitaron mercancías y provisiones eran de los primeros en acudir al gobierno recién constituido para exigirles el pago o por lo menos el reconocimiento de sus respectivas deudas siempre aumentadas en proporciones quince o veinte veces mayores que las sumas prestadas o los efectos suministrados. Y siempre encontraban altos funcionarios complacientes que por debilidad de carácter, o por interés, o por no desairar a gente influyente y adicta, se prestaban a tales escandalosos chanchullos.

Y el ansia desbordante de lucro y de rapiñas, la oleada de la corrupción fueron creciendo, creciendo como gigantesca inundación que amenaza cubrirlo todo con el empuje desordenado e incontrastable de sus aguas. Los que derrochaban

una fortuna ganada en la política, no se resignaban a volver a su bufete profesional o al taller hacía tiempo abandonados, sino que tornaban con nuevos mal empleados bríos a reponer lo perdido buscándolo siempre con relativo éxito en el fondo de las esquilgadas arcas públicas.

Ciertas Comandancias de armas y ciertos empleos, en el ramo de Alcoholes muy particularmente, han dado orígenes a fortunas relativamente cuantiosas cuya procedencia todo el mundo conoce. La mayor parte iba a la Capital a *pescar una hicotea*, frase que traducida de la jerga política del momento quiere decir buscar una asignación o un empleo. Después se puso en moda y aún lo está todavía la palabra *majaretear*. Se *majaretea*, algunos no se rebozan para decir públicamente: *estoy majareteando*, cuando se busca ese mismo empleo o asignación, o una dádiva monetaria, o una protección de cierta especie, halagando, adulando, arrastrándose a los pies de los que por su posición

oficial pueden satisfacer o ayudar a satisfacer esas aspiraciones. A tales *majareteadores*, con tal de lograr sus deseos, no les importa un bledo, salir cubiertos de nausebundo lodo del fondo cenagoso en que se debate nuestra putrefacta política personalista. Y esos *majareteadores* no son, ni con mucho del montón como quien dice, sino gente relativamente culta, capaz de más dignos y honrosos empeños . . . Observando con toda la posible serenidad el cuadro intensamente sombrío de las deficiencias enumeradas y del grado de insuperable corrupción alcanzado convertida la política en arte de grangerías y rapiñas, hay que asombrarse de que hayamos podido sostenernos en pié sin haber antes caído bajo el formidable peso de nuestros propios estupendos errores y dolorosos y desquiciadores extravíos . . .



REFORMAS

I

En estos últimos tiempos muy particularmente se ha hablado mucho de la necesidad de laborar intensamente en el empeño de buscar por medio de ciertas radicales reformas oportunas y discretas la paulatina desaparición de las morbosidades imperantes en nuestro depauperado organismo político. Piensan muchos que nada se conseguiría con tales reformas si previamente no se modifica convenientemente al hombre, a los componentes de la agrupación social que va a ser objeto de ellas. El hombre

fabrica, crea, leyes, instituciones excelentes, óptimas, pero vemos con cierta frecuencia que las cosas permanecen en el mismo o peor estado, que los mejoramientos esperados no llegan nunca o si llegan es falseados o transformados. Aparentemente verdaderas estas apreciaciones contienen una gran cantidad de error. La vida es demasiado multiforme para que se la pueda vaciar en un solo molde. Si se estudia serenamente la historia, sin *parti pris*, sin espíritu de sectarismo, se observará siempre que los grandes hechos que han transformado en determinado sentido colectividades sociales extraviadas o estacionarias, no han sido productos de la totalidad y ni aun siquiera de la mayoría de sus componentes, sino de un hombre de superioridad incontestable o de grupos de hombres de cierta superioridad, de una *elite* que ha dispuesto de la suma de poder necesario y ha puesto en la empresa de reformación una tenacidad a toda prueba y todo el caudal de sus privativas energías...

Si no hay ese hombre o ese grupo de hombres, inútil es esperar nada de la implantación de tales reformas. Resultarían letra muerta en el fondo como muchas leyes excelentes nuestras dictadas en diferentes ocasiones. Poseemos varios voluminosos tomos de ellas. Nuestro repertorio en esa materia es abundantísimo. Creo que los pueblos siempre están *preparados* para adelantar y avanzar en un sentido de cada vez más efectiva conciencia democrática siempre que a su cabeza esté el hombre o los hombres de buena voluntad interesados leal y patrióticamente en tal empeño. El progreso jamás ha sido la obra de las multitudes, sino la de uno o más individuos *inconformes* con el estado de ignorancia o atraso del medio en que se dilata su existencia. En la *inconformidad* de que habla Emerson está vinculada la base fundamental de todo movimiento progresivo. Las sociedades más atrasadas, más rutinarias, más estacionarias han sido y son aquellas en que por circunstancias

exteriores y por deficiencias de mentalidad no se ha podido efectuar un lozano florecimiento de ideas en completa discrepancia con modos de pensar y de sentir del mayor número de los que las forman...

La Argentina semi-bárbara de Facundo Quiroga y de Rosas va gradualmente saliendo de ese estado y transformándose ventajosamente bajo la impulsión de ciertos hombres hondamente penetrados de las necesidades de la época en que actuaron y provistos del conocimiento necesario de los medios y resortes indispensables para satisfacerlas lo más completamente posible. Sobre los escombros de esa época de atraso, de rutinarismo, de barbarie, se yergue majestuosa, aureolada con un resplandor de gloria impecedera, la gran figura de Domingo F. Sarmiento. Países en formación como algunos de estos americanos de civilización latina necesitan poseer un núcleo de hombres *representativos* dispuestos, cueste lo que costare, a acometer la mag-

na obra de mejorar su deficientísima condición social en un sentido de gradual y entera adaptación a modalidades de la civilización peculiares de la hora presente. Pero esos hombres representativos son como diamantes de a libra por su escaso número. No sólo necesitan poseer relevantes condiciones de inteligencia, de mentalidad, sino, mucho más que eso, cualidades de carácter firme y recio, de una voluntad tesonera exenta de flaquezas y desmayos e incapaz de amilanarse ante los tremendos obstáculos que ponen de continuo en la vía salvadora los intereses creados. Y hay que declarar que de esta última clase de hombres andamos harto menesterosos.

Bajo la presión de la mano de esos hombres estructurados para realizar innovaciones trascendentes, la evolución de desesperante lentitud privativa de sociedades irregularmente integradas se traduce en movimientos aceleratorios que en ciertos momentos son o parecen ser verdaderas revoluciones. Eso cons-

tituye una ley biológica lo mismo en los mundos de la naturaleza que en los del espíritu, en lo físico que en lo superorgánico. En lo físico, la teoría de las *mutaciones discontinuas* del gran naturalista holandés Vries parece comprobarlo satisfactoriamente por el considerable número de hechos observados en que se apoya. En lo que respecta a lo social, el insigne Gabriel Tarde ha analizado con verdadera profundidad esta faz del interesante problema. Por no sé qué oculto dinamismo ese poder aceleratorio que se desprende de ciertos hombres de alta inteligencia y robusta voluntad se exterioriza en ciertos momentos con fuerza suficiente para arrollar cosas añejas que se creía por completo irremovibles. Pero si un pueblo por carencia de esos hombres representativos, por falta de impulsión interior, de virtualidades intrínsecas, no puede por sí propio determinar la impulsión necesaria para esos movimientos aceleratorios, como no es posible permanecer indefinidamente estacio-

narios estando en contacto íntimo con países de un floreciente estado cultural, la impulsión viene de afuera y se cumple siempre con menoscabo de las modalidades espirituales que particularizan la fisonomía moral del pueblo que la motiva.

II

El tópico importantísimo, acaso vital de las reformas, ha sido objeto de muy preferente atención por parte de dominicanos distinguidos por su clara inteligencia y su constante devoción a ideales luminosos de bien público, como Mariano A. Cestero, Francisco J. Peynado, Américo Lugo, Rafael Justino Castillo, Moisés García Mella y otros que en este momento no me vienen a la memoria. Bajo la bandera de las reformas constituciona-

les se han agrupado desde hace tres años muchos de los elementos de más altos prestigios con que cuenta el país. Ha sido el grito de combate de tres revoluciones puede decirse. Ha encontrado eco, puedo afirmarlo, hasta en las últimas clases sociales que las han entendido a su manera, pero que al fin se han dado, en cierto sentido, más o menos aproximada cuenta de la trascendencia de ellas. Si al principio esa aspiración pudo considerarse y aun se consideró por gobernantes suspicaces como eficiente pretexto de levantamientos armados, luego, consagrada y depurada en tres sucesivas etapas revolucionarias, formó ambiente y constituyó el punto cardinal adonde afluyeron, impetuosos y desbordantes, los más radicales anhelos de mejoramiento político del pueblo dominicano. Fué obra, pues, de soberana previsión, no sólo abrir paso a ese cada vez más potente deseo, sino estimularlo y robustecerlo no dándole en ningún caso ni en ningún sentido carácter partidarista

sino neta y exclusivamente nacional. Desgraciadamente nada positivo se hizo en el camino de dar cumplida satisfacción a tan justificadas aspiraciones.

La tendencia general de todos los escritores reformistas ha sido combatir el centralismo asfixiante que forma el núcleo principal de nuestras instituciones falsamente democráticas, y del cual, como de charca cenagosa, ha brotado nuestro triste y disolvente personalismo. Nuestras veinte constituciones, todas, sin excepción, de tipo centralista, monárquico pudiera decirse, no han servido sino para consagrar la dictadura, robustecer la acción ejecutiva hasta un punto apenas creíble. Toda nuestra estructura constitucional tiende al entronizamiento de la tiranía de un hombre o de una oligarquía. En el fondo, nuestras instituciones son supervivencias medioevales disfrazadas con apariencias de modernidad. En ninguna de ellas resplandece un concepto científico de fundamentales realidades del espíritu de nuestro

tiempo. En ellas vive el pasado. El famoso artículo 210 de la primera constitución de la República que imprimió carácter abusivamente legal a la dictadura de Pedro Santana, aunque suprimido en las subsiguientes, continuó en ellas si no en la letra por lo menos en su espíritu centralizador y terriblemente absorbente. Nuestra organización jurídica ha sido esencialmente favorable a la acción perturbadora del Ejecutivo. Nuestras instituciones han estado siempre calcadas en un espíritu de tradicionalismo, de fuerza, de agresividad, de violencia, en que todo personalismo político, suspicaz y tiránico, tiene amplia y sólida base. Nuestro concepto de gobierno ha tenido siempre su raíz en una idea de absorción completa de funciones de poder que se dirige sin cesar a anular los gérmenes de innovación y de mejoramientos que por ley natural surgen con más o menos relativa frecuencia en el desenvolvimiento colectivo.

III

En su serio y bien pensado folleto *Descentralización y Personalismo* buscó el ilustre ciudadano Mariano A. Cestero, una de las figuras de más alta probidad que ha tenido el país, base de positiva consistencia para echar los cimientos de una organización nacional ampliamente descentralizadora y refractaria en un todo a los factores determinantes del personalismo de tan nociva influencia en nuestra tormentosa existencia histórica. Ese torpe y menguado régimen personalista ha convertido algunas de estas repúblicas de origen ibérico en verdaderas satrapías donde sólo ha prosperado y prospera el culto de la fuerza, y donde el derecho, consignado en constituciones ilusorias, ha resultado perennemente un verdadero mito. La mirada del observador sereno puede seguir fácilmente, en estos ambientes tan propicios para ello, las evoluciones progresivas y aun regresivas que, con desesperante realidad, nos pre-

senta a cada instante ese monstruo multiforme que se llama el personalismo. Sus metamorfosis son a veces en extremo sorprendentes. Lo cómico y lo trágico, éste casi siempre en mayor cantidad, alternan en su obra nefasta, obra que en ocasiones parece inspirada por no se qué terrible dramaturgo obeso por visiones macábricas de sangre y de exterminio. A veces en la obra del personalismo vénse soluciones de continuidad. Son paréntesis luminosos abiertos por algún gobernante que implanta con mano casi siempre irresoluta, sin método y sin subordinación a un proceso serial, reformas o fragmentos de reformas. Pero esos mandatarios son rarísimos. De ahí y de otras circunstancias el creciente desencanto, la opinión de muchos escépticos de que somos incapaces de salvarnos por nosotros mismos, por el bien encaminado empleo de nuestras propias energías dormidas o extraviadas, y que la organización de nuestro organismo nacional

tiene que venir de fuera, de donde menos nos conviene.

En otro folleto muy interesante y jugoso del ilustrado jurisconsulto Francisco J. Peynado se aboga principalmente por la atracción de una buena corriente inmigratoria en condiciones de contribuir poderosamente al mejoramiento patrio. Todas las resaltantes deficiencias y defectos que con severo índice señala Peynado y que a su juicio hay previamente que modificar o suprimir si es que de veras consideramos conveniente para el país de la llegada de gente nueva lo más afín posible a la nuestra, están ciertamente al alcance de cualquier espíritu perspicaz que se proponga calar hondo en nuestro fondo social con el fin de estudiar concienzudamente los resortes y procedimientos necesarios para introducir en él modificaciones sustanciales que nos capaciten para la pronta realización de altos propósitos de adelanto y de civismo. Hace muchísimo tiempo que, como lo indica Peynado, debió rom-

perse abiertamente con la interminable serie de preocupaciones añejas y de mentiras convencionales, de relumbrón, que han formado la base perpetua de nuestra existencia colectiva, y preconizar, sin componendas ni pasteleos, la manera de colocar el país en condiciones lo más propicias y ventajosas posibles de traer a nuestras playas numerosos emigrantes de raza blanca, fuertes y trabajadores, que es la única manera de acrecer considerablemente nuestra capacidad agrícola e industrial tan reducida y rudimentaria, y el único modo de haber puesto dique eficaz al desbordamiento sobre nuestro territorio de la pletórica población negra de la república vecina.

El opúsculo de Moisés García Mella, *Libertad civil*, trata con elevado espíritu asuntos de trascendental importancia para la sociedad dominicana. Centralización completa en lo militar circunscrita rígidamente a su esfera, y amplísima y completa descentralización en lo civil forman la síntesis de los puntos acerta

damente tratados en el jugoso folleto de García Mella. Común, provincia, nación, deben, en el más alto grado posible, descentralizar sus respectivas formas de expansión jurídica para poder dar libre vuelo, armónico y efectivo desarrollo, a sus peculiares energías, a sus actividades políticas, económicas, sociales, en el más radical concepto de la palabra. Esa es la verdadera fórmula de toda agrupación nacional que aspire a una organización de derecho verdaderamente democrática. A la primera ojeada palpase que nuestra vida nacional, en sus principales aspectos, es mucho más artificiosa que real, y se desenvuelve en un ambiente de resaltantes mentiras convencionales. Durante más de setenta años hemos estado jugando a república sin haberlo sido nunca realmente. Nuestra idea de función gubernativa, siempre coercitiva y absorbente, tiene su raigambre efectiva en la herencia acumulada de tres centurias de infecundo coloniaje. Muchos esfuerzos serían necesarios para

desprendernos de concepto tan añejo y tan funesto. Bueno o malo, todo lo esperamos de arriba. Para la inmensa mayoría, el gobierno—que tiene funciones muy precisas y concretas—debe hacerlo todo, abarcarlo todo, poner su mano, muchas veces estranguladora, en todas las manifestaciones de la existencia nacional. Hay que dejar a los gobiernos, a los Ejecutivos—ojalá no fueran necesarios—que llenen sus legítimas funciones, y laborar cada cual, viril y conscientemente, sin titubeos ni desfallecimientos, en todo noble y generoso empeño de mejoramiento colectivo.

Américo Lugo y Rafael J. Castillo en diversas ocasiones han apuntado en la prensa nacional ideas muy juiciosas y oportunas acerca de estos asuntos de tan vital interés para el porvenir del país. Pero sus voces como todas las demás se han perdido estérilmente en el más pavoroso vacío. Aquí no se lee puede decirse. Todas esas prédicas giran en torno de una minoría ilustrada que tiene

ya sus convicciones hechas a ese respecto y a la que no hay necesidad de convertir. Hasta la masa, sumida en crasa ignorancia, no llegan casi nunca. Y así seguimos vegetando a la sombra letal de instituciones caducas y por completo insuficientes para prácticas y procedimientos de la democracia representativa entendida en su más radical y benéfica acepción...Cada vez que he oído hablar acerca de reformas, he pensado que la más eficaz y positiva garantía de ellas, sería comenzar por la descentralización completa de la administración de Justicia libertándola por entero de toda influencia oficial por medio de rentas propias que manejasen empleados directamente nombrados por ella a fin de que no estuviese nunca expuesta a claudicar o a no funcionar por suspensión de sueldos o amenazas partidaristas perturbadoras de su vida económica.

IV

En la vida, en lo individual como en lo colectivo, es suprema virtud la previsión. Su valor más efectivo y trascendente se aquilata, en grado máximo, en las funciones gubernativas. Desde arriba, desde las alturas, lo mismo en el físico que en lo moral, se puede precisar con sus principales detalles característicos una exacta o aproximadamente exacta visión de conjunto. El político verdadero, el estadista sagaz, el hombre de gobierno, frente al conjunto de aspiraciones, anhelos y exigencias más o menos apremiantes que por virtud de cierto dinamismo social se producen en un momento dado, está en el deber imperioso, por previsión prudente y discreta, de escuchar a tiempo, oportunamente, sin indecisiones ni titubeos, esas voces que vienen de abajo traduciendo un estado de alma más o menos pronunciado del ser colectivo; murmullo tenue y suave al principio, más fuerte y resonante después, hasta

trocarse en concierto de amenazas como en ciertos coros de la tragedia griega. En estas democracias de aluvión, inconsistentes, irreflexivas, impresionables, tales voces, inescuchadas o desatendidas, suelen llegar con frecuencia a extremos deplorables que hay que evitar a todo trance. Imperdonable es en un gobierno bien intencionado pretender con amenazas o subterfugios contener o desviar esa corriente de opinión que persigue ansiosamente un objetivo determinado. Lo prudente en el hombre de gobierno es ponerse a la cabeza de ese movimiento o cuando menos encauzarlo hábil y provechosamente...

Así creí yo firmemente que lo haría el gobierno surgido de las últimas elecciones. Timbre de honor hubiera sido para Don Juan Isidro Jimenes, el candidato triunfante, haber puesto todos los medios gubernativos, de tantísima eficacia entre nosotros, al servicio de la justa causa de las reformas. No sucedió nada de éso por desgracia. Pronto se vió que ni él

ni los que lo rodeaban parecían tener mayor interés en la implantación de ellas. Parecía esquivarse abordar de frente el problema. Acaso intereses partidaristas se movían en la sombra para impedir se intentase nada seriamente con ese propósito. No hubo la abnegación necesaria para encimarse a mezquindades de intereses personalistas efímeros y llevar a cabo una obra de reconstrucción nacional. Y sin haberse nada intentado nos ha sorprendido la intervención militar norte-americana. Las reformas se harán porque es imposible desatenderlas por más tiempo, pero ya serán tal vez bajo la influencia desdorosa, o lo que es quizás peor, bajo el control ominoso de un abusivo poder extranjero.

ACTUACION HISTORICA

Una rápida ojeada a nuestra tempestuosa y dramática historia resulta necesaria para poner de relieve la constante influencia de los factores morbosos que en todo tiempo y circunstancias han obstaculizado el desenvolvimiento de iniciativas de organización y de mejoramiento. Condensación radiante de la idea redentora que culminó en el grito emancipador del Conde, el febrerismo, integrado por jóvenes patriotas de innegable cultura para su época, propendió siempre durante su rápido paso por

el escenario político, en sus más patentes tendencias y en la nobleza de sus procedimientos, a que la república creada por ese entusiasta grupo juvenil respondiese a una organización democrática compatible con poderosas circunstancias de la hora presente. Mientras esa agrupación encarnó la aspiración unánime o poco menos de desligarnos de la dominación haitiana sólo columbró horizontes rientes y despejados. Usufructuó amplia y exclusivamente la popularidad, y en su empeño de hábil y prolífica propaganda separatista cosechó abundantemente aplausos y adhesiones. Realizado el anhelo de emanciparnos del vergonzoso yugo haitiano, la situación a ese respecto varió enteramente. La escisión se produjo con rapidez eléctrica. Febreristas amantes de una libertad bien entendida y fecunda y reaccionarios de tipo colonial se encontraron de pronto frente a frente. Revelóse casi al momento que en realidad los febreristas, en su utópico ideal de un régimen de libertad y dere-

cho, sustentaban anhelos inmensamente superiores a la estrecha comprensión de las masas, de la inmensa mayoría . . .

Ante ellos, ante sus más caras aspiraciones, rugiente y formidable, se alzaba el medio con todos sus tradicionalismos, supersticiones, formas convencionales de existencia rutinaria enteramente apègada a estrecheces habituales de pensamiento y de acción. Estaban puede decirse solos, enteramente aislados con sus relativamente avanzadas ideas de un gobierno liberal, de finalidades cívicas, sin máculas de personalismos ni de irritantes protectorados extranjeros. Aquellas masas atrasadas, ignorantes, las mismas poco más o menos de hoy, no podían en modo alguno alcanzar por sus propios medios mentales la aproximada apreciación de tales innovaciones que herían en gran parte sus ideas de obediencia y de viejo y recio autoritarismo. Òbra efímera, generosa y excelsa, de un grupo reducidísimo que, desde el primer momento, sintió que la tierra temblaba bajo

sus pies y que en ningún caso podía contar con la adhesión de los principales elementos de fuerza dueños de la situación, el febrerismo fué sólo como una rápida fulguración bienhechora en el alba de nuestra vida nacional. Aquellos mancebos de ingente y generoso espíritu resultaron en absoluto inadaptables al ambiente. Sólo alcanzaron como recompensa de sus magnas labores el tétrico calabozo, el exilio interminable, el torturante patíbulo. Sobre sus frentes juveniles, aureoladas por el martirio, la musa de la historia entona de continuo las dolientes estrofas de una larga y sollozante elegía . . .

Frente a esos propósitos inasequibles, utópicos por condiciones de ambiente y de hora, el santanismo conservador, audaz, impetuoso, agresivo, arrollador, sin escrúpulos, sin pararse en barras, demostró con su éxito resonante y fulmíneo que vinculaba en sí la manera de pensar y de sentir de la inmensa mayoría del pueblo dominicano. Observado

atentamente, el representante más conspicuo de ese movimiento reaccionario, Pedro Santana, hombre basto, zorruno, de mucha trastienda, valeroso en sumo grado, resulta en mucho de los aspectos de su personalidad recia y musculosa típica e insuperable concreción del caudillo de estas latitudes. Durante largo tiempo, el santanismo se impuso por sus condiciones de fuerza y de violencia hasta producir como fruto podrido el monstruoso error de nuestra nueva conversión en colonia de la Monarquía española.

II.

Toda nuestra actuación nacional revela con indiscutible evidencia nuestra permanente flaqueza espiritual, la acentuada desconfianza en nuestras propias fuerzas

para afianzar y robustecer un organismo independiente de positivas finalidades jurídicas. Un concepto de Estado estructurado a la moderna, organizado jurídicamente, soberana expresión de una colectividad nacional de caracteres de cierta fijeza y estabilidad, nos ha faltado constantemente. Aún antes de la Separación de Haití, los elementos conservadores en que aún vibra intensamente el espíritu colonial alientan la creencia más o menos sincera de que por lo pequeño de nuestro territorio, lo escaso de nuestra población, lo paupérrimo de nuestro estado económico, la siempre amenazante vecindad de los negros haitianos, el país carece de condiciones para constituir una verdadera nacionalidad si no es bajo el amparo y dirección de una poderosa potencia extranjera. Antes y después del movimiento separatista de 1844 se produjeron numerosas tentativas en ese sentido. Sería larga y enojosa tarea enumerarlas ahora . . .

Ese estado de espíritu de la clase

dirigente constituye a mi ver el factor predominante en el caso de nuestra anexión a España en 1861. Cuando se acentúa la desconfianza en sí mismo, cuando un pueblo carece de fé en sus propias energías, cuando el apocamiento de voluntades salta a la vista revelándose de continuo en actos de cierto género, justo es esperar en una u otra forma la pérdida de la personalidad de esa agrupación nacional. En el hecho de nuestra vuelta al dominio de la antigua y siempre amada Metrópoli entran en proceso de convergencia algunos factores a cual más importante. Uno de ellos, el más visible y sin disputa el más influyente en la postrera etapa de la elaboración de aquel trascendental error político, fué el *continuismo*. Nuestra devoción a la España vieja, a la España tradicional, al viejo solar de nuestros abuelos, contribuyó indudablemente a ese suceso como fuerza moral, pero sin carácter determinante ni decisivo. Otros motivos, por su carácter relativamente secundarios,

permanecen en zonas de sombra. Como en muchos cuadros de Rembrandt las porciones intensamente iluminadas, sólo lo bañado en el cuadro de la Anexión por la luz de una observación serena y reposada atrae y fija la mirada investigadora de una crítica histórica sagaz y diligente.

En estas informes e inconsistentes democracias de reciente formación, el continuismo se singulariza y manifiesta en una acentuada tendencia a la acaparamiento indefinida de las funciones del poder supremo por un tirano o por una oligarquía. La figura central, representativa de esa oligarquía durante casi todo el período de la primera República, fué Pedro Santana, el tristemente célebre Marqués de las Carreras. Desde el primer momento arrolló cruel e implacablemente cuantas tendencias a discutir y a combatir su férrea y omnímoda tiranía se alzaron con cierta frecuencia en su camino de persecuciones y de patíbulos. Su mérito indiscutible estriba en haber

sido el principal hombre de armas en nuestras frecuentes luchas con los haitianos. De todas las facciones, la santanista, por la popularidad incontestable de su jefe, fué la que alcanzó a imponer por más tiempo su terrible y desenfrenado absolutismo. Pero se mantenía intranquila, en la permanente zozobra de los amagos y asechanzas del bando contrario que, aunque vencido y pisoteado, acariciaba la esperanza de la recuperación en plazo más o menos breve del mando perdido para gozar de las ventajas y satisfacciones del poder y tomar con fruición las acostumbradas represalias de sus enemigos políticos. Ojo por ojo, diente por diente. Ningún personalismo político adueñado del poder lo suelta fácilmente. Lo cree suyo, de su absoluta propiedad, y contra esa arraigada convicción resulta por completo inútil cuanto se haga legalmente para llamarlo a la verdadera vía. Casi siempre hay que cortarle las manos para que suelte la presa. De ahí, de la com-

binación de ambos factores, del pesimismo tenaz de los elementos que se mantienen aferrados a un criterio conservador de acentuada desconfianza en nuestra capacidad material y moral para la vida independiente y de un continuismo gubernativo cada vez más agresivo y carente de escrúpulos, surgió la desdichada aventura de nuestra inconsulta anexión a la siempre recordada madre patria.

La reacción contra esa obra irreflexiva, inoportuna, sin previo estudio de ciertas formas de vida dominicana por parte de España, vino presto, arrolladora y trágica. Y vino más que por un amor patrio sintetizado en la restauración de la perdida autonomía por obra de la falta de tacto y de oportunismos en los flamantes dominadores. Revelaron, desde su llegada, un completo desconocimiento de nuestras peculiares formas de existencia social. Deficiente y todo, nuestra actuación como entidad nacional había creado ciertos hábitos de una

libertad sin apropiada consistencia legal, pero que era fiel expresión de costumbres muy arraigadas en todas las clases de la sociedad dominicana. Esas costumbres tan caras al sentimiento popular no recibieron la más leve muestra de respeto de parte de los nuevos señores. El choque sangriento y decisivo, que vino después, pudo ser quizás evitado indefinidamente . . .

III.

Esa anexión fué obra de un partido exclusivamente. En medio de la consternación y el estupor de muchos dominicanos dignos consumóse el inicuo asesinato de una nacionalidad. Dos años de lucha reñida y sangrienta, se necesitaron para recobrar gloriosamente la perdida independencia . . . Y cosa estupendamente increíble: cinco años

después de terminada la cruenta pugna, fresca aun la sangre vertida copiosamente en ella, retoña de nuevo con mayor vigor la venenosa planta anexionista que podía y debía considerarse como extirpada hasta en sus más profundas raíces. Una facción adueñada del poder ya maquina, primero arteramente, en la sombra; después con franco y desmedido cinismo, convertir la aun convaleciente República en colonia o dependencia de una Nación con la cual nada nos aproximaba puede decirse. Ya no se trata de España-y esto resulta lo más asombroso-con la que teníamos y tenemos tantos vínculos de afinidad, origen, idioma, religión, costumbres . . . Ahora las vergonzosas tentativas de los vende patria se dirigen en línea recta a los Estados Unidos, Nación cuyo espíritu, lenguaje, religión, y otras cosas parecen marcar ante nosotros una línea divisoria difícilmente insalvable. Pero el continuismo gubernativo es ciego. Nada se le importa de tales diferencias

esenciales con tal de lograr satisfacer sus inmoderados y vitandos apetitos.

Secundados por los principales corifeos de la agrupación política que le presta incondicional devoción, inicia febril y tesoneramente el Presidente Baez un nuevo proceso anexionista. Cansa y aún indigna seguir la marcha ascendente de tan escandalosas negociaciones en que con impudente cinismo se traficaba con la honra y el porvenir de un pueblo. Ese proceso comienza con insinuaciones al cónsul norte-americano Smith respecto del deseo del gobierno de ponerse bajo la protección de los Estados Unidos. Ya más tarde, avanzando con más resolución por la tenebrosa vía, propone sin ambages la incorporación de la República a aquella gran Nación comprometiéndose para ello a que el pueblo dominicano expresase de *su libre y espontánea voluntad* ese deseo «por medio de una votación general, por aclamación, o de la manera que aquel gobierno lo juzgase necesario». Más tarde, siempre avanzando con más

bríos por el vergonzoso sendero, dice el citado mandatario en su mensaje de 1870: «que la República dominicana no podía en el porvenir resolver el problema político-social de su existencia, sin el poderoso apoyo de una nación libre y experta que, regenerándola, la diese útiles y prácticas lecciones sobre el secreto de la vida de los pueblos.» En síntesis, ahí estaba y está el sentir de mucha gente dominicana impenitentemente anexionista . . .

Los manejos anexionistas de aquella situación política fracasaron ruidosamente. No sólo contribuyó a ello la protesta armada de algunos patriotas, sino, principalmente, la circunstancia de que, aparte la acción personal del Presidente Grant, la política americana no había asumido, ni con mucho, su actual carácter de expansión imperialista. El Congreso norte-americano rechazó de plano el vergonzoso mamotreto anexionista. Comprendió fácilmente que los dieciseis mil votantes a favor del pro-

yecto lo hicieron, como cuando España, constreñidos por la imposición o por el miedo. En la vía de la imposición el partidarismo político hizo milagros. Uno de los servidores más incondicionales y devotos de aquella situación política, el general Caminero, enhestó en el Seybo la bandera americana atribuyendo el hecho a las masas populares inflamadas de indescriptible entusiasmo. La comedia habría resultado divertida si no se hubiera estado jugando a mansalva e infamemente con los destinos de un pueblo. Pero aquellos manejos proditorios no dejaron de producir algo para consuelo del personalismo despechado por el sensible e inesperado fracaso. Como productivo gaje quedó de aquellos manejos el arrendamiento de la gran bahía de Samaná a una compañía norte-americana.

Después de éso ninguna nota de vibrante y noble idealismo ha resonado en nuestro concierto político. Las mismas causas produciendo los mismos

monótonos efectos. Continuamos como hoy marchando a tientas, por entre sombras, y contemplando con espanto como siguen asaltando, en ruidoso tropel, el alcázar del poder, los ignaros, los mediocres, los aventureros del montón, mientras se quedan rezagados, muy atrás, los verdaderamente capaces de hacer algo por el mejoramiento del país . . . Y cuarenticinco años después de aquella abortada tentativa, cuando parecía definitivamente consolidado el sentimiento nacional, resuenan en algunas hojas periódicas voces tristemente vergonzantes aduciendo razones especiosas para justificar la actual ominosa intervención yanqui, y se arman dominicanos con el objeto de ayudar al invasor en la obra nefasta de destruir la soberanía de un pueblo digno de ser estimado y respetado por su resistencia a soportar vejaminosos yugos extranjeros.

IMPERIALISMO
NORTE-AMERICANO

I

En proceso de incubación, el imperia-
lismo yanqui comienza a exteriorizarse
desembozadamente con sus formas y
procedimientos, más o menos bien disi-
mulados, más o menos agresivos y bru-
tales, inmediatamente después de termi-
nada la guerra que puso fin al dominio
español en las Antillas. Yo no sé si un
determinismo rígido estructura y cohe-
siona los hechos históricos con indepen-
dencia más o menos absoluta de nuestra
voluntad o si esta misma voluntad, en
determinados casos, asume una proyec-

ción consciente y clara en el proceso de evolución de esos mismos hechos. El tema es arduo y aun no ha podido ser, quizás no lo sea nunca, definitivamente dilucidado. Los hechos parecen muchas veces eslabonarse al azar, extenderse en la línea ondulosa de lo accidental y fortuito para, en ciertos períodos, fecundados por condiciones de ambiente y de hora, producir determinadas concreciones de carácter histórico de influencia más o menos beneficiosa y nociva en el permanente *devenir* de la especie humana? Somos obreros conscientes, verdaderamente conscientes, de la trascendencia y alcance de la concreción histórica que en ciertos instantes contribuimos a realizar? Sentimos sólo el movimiento inmediato, el roce suave o áspero de la onda de impulsión que nos empuja? Nuestra intervención personal, rápida o duradera, alcanza siempre o con frecuencia a percibir toda la magnitud del tejido que elaboramos o solamente registramos en el teclado de nuestro pensamiento y

nuestra sensibilidad formas muy limitadas y precisas de ese proceso histórico? La concatenación de causas y de efectos que, en sí, dentro de un criterio de infranqueable relatividad, regula y presta cierta pronunciada base de estabilidad al desenvolvimiento científico, parece, en ocasiones, no tener en la historia una fuerza idéntica, pues, en veces, causas determinantes, más o menos iguales o parecidas, presentan gran variedad de efectos en sus cristalizaciones históricas.

No es posible, sin embargo, revocar a duda que más de una vez el fondo determinante de una evolución histórica se patentiza con aspectos de indiscutible evidencia. Un innegable fatalismo histórico preside ciertas épocas del desenvolvimiento humano. Lo que hoy bautizamos con el nombre de imperialismo, es decir, la expansión absorbente, en forma política o económica, de un pueblo que ha llegado al ápice de su poderío sobre pueblos limítrofes o cercanos de manifiesta debilidad orgánica, no es fenó-

meno histórico característico de nuestro tiempo. El imperio romano, en el mundo antiguo, es prueba elocuentísima de ello. En su dilatación territorial basada en su incontrastable empuje militar absorbió no ya pedazos o porciones de territorio sino lo que es más: civilizaciones superiores a la suya como la luminosa e inmortal del pueblo helénico. Bien es verdad que pronto el amo tuvo que rendir vasallaje espiritual a la colectividad conquistada...

Como el individuo que atesora, y por ambición, por avaricia, por hábito o por lo que sea propende a continuar enriqueciéndose sin regla ni medida, una Nación colocada en ciertas y determinadas circunstancias, en el colmo de su grandeza material, los Estados Unidos pongo por caso, vecina de pueblos que aun no han podido refrenar sus turbulencias interiores y elevarse a lo que es o se supone que sea su destino histórico, no limita nunca su desbordamiento, su proyección ambiciosa sino en el punto o los puntos

en que dificultades más o menos insuperables la hacen precisamente detenerse. En efectiva posesión de una potencia colosal de acción exteriorizada constantemente en resortes y medios de influencia mundial, esa Nación, así engrandecida y consciente de su poderío, se hace conquistadora, monopoliza mercados para asegurar su producción y adquirir la ajena en la porción que le interesa, lo que a la larga engendra celos y rivalidades con naciones también de formidable grandeza política y económica. Para su defensa nacional, los Estados Unidos necesitan poseer en el archipiélago antillano ciertos muy conocidos puntos estratégicos. Dentro de su zona de expansión y de defensa estamos estos países antillanos fatalmente situados.

La tau traída y llevada doctrina de Monroe es a mi juicio el punto básico de iniciación del actual imperialismo yanqui. Acaso, como sucede siempre aun al estadista más sagaz y clarividente, el Presidente Monroe, autor de aque-

lla doctrina, no pudo sospechar ni siquiera remotamente que ella, interpretada erróneamente o acomodada elásticamente a condiciones de ambiente y de hora, serviría con el tiempo para señalar derroteros enteramente antitéticos a los preconizados en aquella época y aun tiempo después por la gran democracia norte-americana. Las trece colonias cuna de esa nacionalidad, faja estrecha de tierra bañada por el Atlántico, fueron lentamente creciendo, creciendo hasta adquirir su actual colosal engrandecimiento, pasmo y asombro del mundo. La prohibición que entraña la doctrina monroista de impedir a las monarquías europeas la posesión de nuevas tierras en este Continente trocóse en libertad ilimitada de hacerlo a los mismos Estados Unidos en formas más o menos agresivas y capaces de cierta justificación. El magisterio, la especie de curatela de pueblos que pretenden ejercer, no es, en el fondo, sino una derivación sutil y alambicada de aquella doctrina. Para

que esos pueblos levantiscos y turbulentos no sirvan de pretexto a la codicia europea para adueñarse de ellos o aprovecharse de sus debilidades crónicas, el imperialismo de los hombres del Norte se apresura a impedirlo estableciendo en los más cercanos su formidable hegemonía...

II

La aspiración a establecer un protectorado más o menos susceptible de ampliarse sobre estos pueblos antillanos no ha sido nunca cosa nueva en estadistas y escritores norte-americanos. Ha germinado durante cierto tiempo sin causar mayor escándalo por la creencia de ciertas dificultades que obstaculizaban su realización y que se reputaban como insuperables. Después de perder Espa-

ña sus colonias antillanas quedó franco y expedito el camino. Principió con la conquista de Puerto Rico y con la enmienda Platt en Cuba, especie de espada de Dámocles pendiente de continuo sobre la cabeza de la heroica y rica República que a costa de los sacrificios y heroísmos de tres sangrientas guerras pudo alcanzar su independencia. Para muestra de lo que para esa gente del Norte significa la posesión de las principales islas del archipiélago antillano reproduzco aquí las palabras pronunciadas hace algún tiempo por el senador Heyburn con motivo de una discusión acerca del canal de Panamá.

«Si puedo hacer una digresión, dijo, respecto de esta cuestión hasta relacionarla con la resolución que he tenido la honra de presentar al Senado proponiendo que por el departamento correspondiente se inicien proposiciones para la adquisición de la isla de Santo Domingo se verá que está en completo acuerdo

con mis sugerencias del momento presente».

«La situación de Santo Domingo en el oceano Atlántico hace que sea la tierra más vecina del canal de Panamá pudiendo ser esa isla actualmente obtenida bajo ciertas condiciones por el gobierno de los Estados Unidos. Ella se encuentra directamente en la vía que conduce a la entrada del canal. Hemos perdido a Cuba que a mi juicio podíamos y debíamos conservar. Pero al fin la hemos perdido? Qué podremos esperar de ella en el porvenir? Lo ignoro; pero a nuestra mano, a nuestro alcance, se extiende la gran isla de Santo Domingo».

«Yo no tengo la intención, al presentar esta proposición, como tal vez pueda creerse que la motiva un propósito de expansión, de imperialismo, de extendernos más adquiriendo nuevos territorios y nuevas poblaciones... Es simplemente para que el país pueda asegurarse, en mitad del camino, entre nuestros puertos y el canal, una base terrestre

que en tiempo de guerra nos ponga en condiciones no solamente de proteger el canal sino la isla de Puerto Rico».

«Además de sus ventajas comerciales, que no enumero aquí por ser sobrado conocidas, además de esas ventajas, repito, la soberanía y el gobierno de la isla de Santo Domingo son necesarios para la seguridad de los cuantiosos fondos que representa la construcción del canal de Panamá»...

No vale la pena seguir copiando más. Sólo los tontos de capirote, los que no ven más allá de sus narices, pueden figurarse que la abusiva ingerencia yanqui en nuestros asuntos interiores obedece sólo a móviles nobles y desinteresados.

III

¿Hasta dónde llegará el movimiento de imperialismo absorbente del coloso

del Norte? Por ahora parece tener por límite el canal de Panamá. Ya sabemos los hechos de injustificable agresividad consumados en México, Nicaragua, Panamá. La ocupación militar de la República haitiana aduciendo razones humanitarias de evidente falsedad es un negro borrón para aquella democracia... Desde comienzos de la actual centuria, cuando aun no regía la Convención, ya los yanquis, so pretexto de mediación amistosa o cosa parecida, principian a tomar parte, fungiendo de pacificadores, en nuestras desquiciadoras luchas civiles... En Puerto Plata, sitiada la ciudad por los revolucionarios, la oficialidad de un buque de guerra de aquella nación surto en el puerto bajó a tierra y actuando a su guisa de árbitro irrecusable señaló una zona de combate de la cual no podía salirse ninguno de los bandos contendientes.

Cosa peor ocurrió en Villa Duarte, pintoresco pueblecito situado en la margen del Ozama frente a la ciudad de

Santo Domingo. El suceso allí pasado puso espanto y consternación en los ánimos. Servía el pueblecito o parte a él inmediata de punto de apoyo a una guardia revolucionaria que desde allí cambiaba frecuentes disparos con la plaza sitiada. En un momento en que arreciaban los tiros cruzó la ría un bote de un crucero norte-americano fondeado en el Placer de los Estudios alcanzando una bala y dejando muerto a uno de los marinos que tripulaban la pequeña embarcación. Poco después el buque americano abrió sus fuegos sobre el cantón revolucionario poniéndolo en desordenada fuga. También desembarcó en el lugar, aunque momentáneamente, un destacamento de marinos. Fué grande la indignación en la ciudad de Santo Domingo, aunque sólo once protestaron. Acaso como el abuso de fuerza de los yanquis favorecía al gobierno sitiado hubo el temor de comprometerse y de ir a chirona...

Ese es el anverso de la medalla. En

él los yanquis parecen asumir toda la responsabilidad de la injustificable agresión. Pero el reverso, la verdad histórica parece ser otra, y justo es confesarlo en homenaje a esa verdad así perjudique al buen nombre de un político dominicano. He ahí lo que en esos días escribió desde N. York un distinguido compatriota digno por todos conceptos de entero crédito:

«La prensa de esta ciudad anuncia que el periódico *Tidendes*, de Saint Thomas, censuró el bombardeo hecho por los cruceros de guerra americanos *Columbia* y *Newark*, el día 11 de los corrientes, sobre las fuerzas revolucionarias de Villa Duarte, como obra espontánea de los comandantes de dichos cruceros. Esto dió motivo a que el comandante Muller, del crucero *Columbia*, que a la sazón se encontraba en Saint Thomas, dirijiera una carta al director de *Tidendes*, la que éste publicó y en la que el comandante dice: «Aseguro a V. que consulté al presidente provisional, señor Carlos F. Morales

y obtuve su sanción para disparar sobre los insurrectos y desembarcar tropas en Villa Duarte. Ni un solo disparo fué hecho y ni un solo hombre desembarcado antes de obtener el permiso».

RAMON CACERES

Hacia poco más de una semana que, pasando por Moca, en excursión de recreo, había evocado, frente a la guásima histórica a cuya sombra cayó Ulises Heureaux en la tarde del 26 de Julio, el cuadro de intensidad trágica en que, en un instante, se decidieron los destinos del país . . . Varios días después, en la gloriosa ciudad de Santiago de los Caballeros, puso en mi espíritu estremecimientos de tristeza y espanto la noticia del trágico fin del Presidente Cáceres, en la amplia carretera, bajo el palio esplen-

doroso de una tarde autumnal, herido mortalmente por certeros disparos de sus amigos de ayer . . . Como no serví ni combatí su gobierno, mis apreciaciones respecto a su personalidad no pueden resentirse de apasionamientos ni de rencores. Particularmente me era extremadamente simpático. Surgió en un momento conflictivo, aureolado por la tragedia, y cayó en todo el vigor de su vida, en toda la plenitud del poder supremo, bañado en la púrpura de su propia generosa sangre . . . Por una de esas improvisaciones tan frecuentes en estas levantiscas y desordenadas democracias, se alzó desde la existencia apacible del hombre del campo laborioso y probo a las alturas del mando absoluto, y es rendir tributo a la verdad confesar que no fué un tirano ni sintió los deslumbramientos propios de quienes desde las cumbres del poder se han acostumbrado a ver a los hombres arras-trándose a sus pies como viles rebaños...

En las alturas del mando fué el mismo

que en la vida privada: jovial, probo, dechado de moralidad austera . . . Amigos y adversarios reconocieron siempre en el general Cáceres dotes relevantes de hidalga franqueza y otras muy salientes virtudes personales que lo hacían en mucho refractario a las intriguillas, falsedades y cobardías de que se muestra tan pródigo nuestro criollismo político. Su última sensacional declaración de que no aceptaría, en ningún caso, que se postulase su candidatura para un nuevo período presidencial, aun puesto en duda por algunos, representó para mí como un rasgo de alta y luminosa sinceridad propio de un alma apacentada de continuo en un ideal de sano y vigoroso patriotismo. Su error trascendental, el error que decidió toda su vida, consistió en haberse dejado llevar, consumado el hecho de Julio, por la onda de los sucesos, sin percatarse ni poco ni mucho de la realidad circunstante, de lo que positivamente representaba su personalidad por algunos conceptos inadecuada

para el papel que desempeñó posteriormente. Al empuñar el arma mortífera creyó leal y noblemente que cumplía un deber patriótico y la pureza de esa intención justifica plenamente el hecho que lo llevó a la cumbre; pero se equivocó al no dar la espalda, altiva y bellamente, como un héroe antiguo, a las solicitudes y halagos de los que, en rápida carrera, lo llevaron a cargos públicos para los que no estaba suficientemente preparado. ¡Qué excelsa gloria coronaría su figura histórica de ciudadano austero y probo, si, cumplido lo que juzgó su deber, hubiera rechazado desdeñosamente, como lo esbozó al principio, los honores que en horas de exaltación se le ofrecían a manos llenas para volverse, austero y sereno, a continuar en íntima comunión con la tierra regada por el sudor de su frente, y contemplar desde su honroso retiro de Estancia Nueva, con serena conciencia y ungido por las simpatías de todos sus conciudadanos, la transformación producida en nuestra vi-

da política por su acto de decisión en la trágica tarde del 26 de Julio!

El torbellino de los sucesos lo llevó por rumbos para él desconocidos, y ya en cargos públicos elevadísimos tuvo que aceptar responsabilidades tremendas, esas responsabilidades que impone inflexiblemente a sus caudillos el personalismo político. Su muerte produjo una honda conmoción en todos los ámbitos del país. Por su recio autoritarismo y por su mano de hierro, Ramón Cáceres, en nuestra historia, es como el último eslabón de la cadena de caudillos que comienza en Pedro Santana, acaso, remontando más lejos, en Sanchez Ramírez, el brioso paladín de la *reconquista*, es decir, de nuestra primera reincorporación a la monarquía española. En cierto sentido, en un sentido de criollismo político dominicano, es quizás el último Presidente de verdad que ha tenido la República.

II

En la administración del general Cáceres si hubo bastante de malo puede constatarse que hubo también mucho de bueno. El defecto capital de su política -en sus últimos meses de gobierno pareció rectificar el rumbo estribó a mi juicio en su carencia de interno dinamismo, de caracterizada evolución en un sentido discreto y oportuno de renovación del alto personal dirigente que diera acceso a elementos políticos de reconocido valer señalados por la opinión como muy capaces de colaborar eficazmente en la obra emprendida de mejoramiento general. Al juzgar la obra de esa administración conviene huir de los extremos en que respectivamente se sitúan amigos y adversarios para buscar el justo medio único que puede dar una visión clara y aproximadamente de los hechos. Detalles que en ciertos momentos asumieron

exagerada importancia, vistos desde cierta altura, pierden su falsa apariencia de gravedad, desvaneciéndose o fundiéndose en la armonía y amplitud del conjunto . . .

Es cierto que durante el gobierno de Cáceres no se disfrutó de libertad política y que para afianzar la paz no vaciló en echar mano de medidas extremas como las tremendas empleadas en el distrito de Montecristi y en otras parecidas circunstancias. Pero alimentó un propósito constante de organización en todos los ramos de la administración pública y dió vigoroso impulso a obras de adelanto material de indiscutible importancia. En esa amplia labor de mejoramiento, es de estricta justicia reconocer que uno de sus ministros, Federico Velazquez y Hernández, fué el principal factor y que puso constantemente de relieve, como director de la Hacienda pública, verdaderas condiciones de laboriosidad, de carácter y otras no menos importantes. Su bien caracterizada gestión financiera

puede, como todo, ser objeto de juicios más o menos discrepantes. Era y aun es un trabajador infatigable, acaso exagerado. Podría, en cierto sentido, aplicársele la frase famosa de Talleyrand: *pas trop de zèle*. Con errores y todo, su gestión fué relativamente fecunda, salvadora desde cierto punto de vista. Sus propósitos de rigorista moralidad administrativa, el rescate de concesiones onerosas y un empeño de sólida organización en todos los ramos de la administración fiscal avaloran grandemente su gestión en aquella época revistiéndola de particularísimo relieve. Acaso sus contrarios hayan exagerado en cierta manera la censura, acusándole de un propósito de tributación excesiva, de fiscalización exagerada y en veces poco equitativa, que si es verdad que aumentó considerablemente las rentas del Estado, también es cierto a juicio de muchos que a tal resultado no correspondió un efectivo desarrollo de riqueza pública. Pero lo positivo, lo indiscutible es que Cáceres

contuvo con férrea mano los amagos del revolucionarismo impenitente y aseguró el imperio de la paz durante varios años en que se constataron manifestaciones muy acentuadas de material adelanto. De su gobierno data la Convención económica celebrada con los Estados Unidos.

LA CONVENCION

I

Una larga serie de errores económicos cada vez mayores agravados y exacerbados por nuestros frecuentes motines y revoluciones, produjo como punto terminal impuesto en parte por las circunstancias la Convención, instrumento internacional de objetivo exclusivamente financiero destinado a regularizar nuestras deudas con el extranjero y a hacer el orden en nuestro servicio administrativo interior. Aunque hasta cierto punto ese convenio contribuyó en gran manera a dar más estabilidad y apropiada base

científica a nuestro deficiente servicio arancelario y aseguró en condiciones hasta cierto punto ventajosas y de manera formal y segura el pago de intereses y aun la amortización gradual de nuestros compromisos exteriores, no ha realizado, ni con mucho, las esperanzas que en él se abrigaban. Aunque nuestra deuda se redujo considerablemente en virtud de ese convenio, no compensa ciertamente esa ventaja la mutilación sufrida en nuestra soberanía económica. Se nos redujo a una condición de tutelaje, de permanente minoridad. Como medio indirecto de asegurar el orden, su fracaso no puede ser más completo. Nuestro estado de anarquía ha empeorado después. Han arreciado los bochinches. Nuestras guerras civiles han sido después más largas, sangrientas y destructoras.

El aspecto más grave que a mi modo de ver entraña ese ya célebre arreglo estriba en la elasticidad con que, en ocasiones, ha pretendido interpretarlo el gobierno norte-americano prevalido de

su fuerza formidable ante un deudor muy inferior en condiciones de defensa para entablar una lucha con medianas probabilidades de sacar airoso y triunfante su derecho. Desde esa Convención, como desde una base granítica, ha ido aquel gobierno extendiendo, cada vez más numerosos y enmarañados, los hilos de la tela de araña de sus maquinaciones absorbentes siempre encubiertas con pretendidos anhelos de ayuda y protección al pueblo dominicano. Ese instrumento internacional, como el famoso clavo del jesuita, le ha servido de punto de apoyo para ensanchar cada vez más su esfera de influencia entre nosotros dándole falsos visos de equidad y de legítimo derecho. Ese avance más o menos cauteloso, más o menos agresivo, siempre pretextando obedecer a la impulsión de la generosa idea de contribuir a nuestro mejoramiento, ha sido, más de una vez, en gran manera, facilitado por profesionales dominicanos de nuestro politiquero estulto y disolvente capaces de

los mayores extremos de servilismo y de abyección a trueque de unas horas más de poder para seguir saqueando a su antojo y sin el menor escrúpulo las arcas nacionales.

Lo cierto del caso, lo positivo en lo que a la Convención se refiere, es que en los nueve años que cuenta de existencia todas sus cláusulas han sido religiosamente cumplidas por esta República. Esta ha llenado con estricta fidelidad los compromisos contraídos por virtud de ese instrumento, y eso a pesar de no establecerse en él procedimiento coercitivo o de otro género para el pago caso de quedar incumplida la cláusula principal que determina la cuantía de lo que hay que satisfacer mensualmente. En ningún tiempo, ni aun en medio de nuestras contiendas desoladoras, faltó el Estado a sus deberes contractuales. No se nos puede acusar de morosos ni de pícaros. Y, sin embargo, se nos ha tratado peor que si lo fuéramos.

II

Según los términos de esa negociación financiera basta un plazo de diez años para ser redimibles, en determinadas condiciones, los valores aprontados para efectuar la conversión de nuestras deudas y dejar un remanente destinado a la ejecución de obras públicas de urgente necesidad. Ese plazo se cumple en el próximo año 1917. Si estuviéramos en condiciones de efectuar en el término fijado la redención de ese empréstito, ¿el gobierno americano lo aceptaría buena-mente sin oponer ningún género de dificultades? Supongamos que apareciese por ahí—y éso parece difícilísimo, pero no es, ni con mucho, imposible—una poderosa casa bancaria presta a hacerse cargo de ese empréstito en condiciones más ventajosas para nosotros, ¿conven-drían los Estados Unidos en que tal tras-paso se efectuase fácilmente como si se tratara de una simple operación bancaria

como cualquiera de las que diariamente se efectúan en Wall Street?

Me pronuncio desde luego y sin reticencias por la más rotunda negativa. Esa negociación ha representado, representa y representará hasta la consumación de los siglos para nosotros un control de permanente sujeción que en todo tiempo, bajo apariencias halagadoras de libertad, nos tendrá estrechamente sometidos a su dominio. Sin conceder a lo económico la exclusiva preponderancia sociológica, el carácter fundamental que en la secular evolución humana le dá Karl Marx, no es posible negar que en nuestro tiempo el factor económico prepondera y tiende a absorber otros de igual o parecida importancia. Pueblo que pierde su independencia económica sufre o tendrá que sufrir el lento desgaste de su autonomía política. Ambas se corresponden y aun compenetran más estrecha e íntimamente de lo que a primera vista se cree. En un Estado organizado jurídicamente de manera de responder fruc-

tuosamente a necesidades y exigencias nacionales es punto menos que indispensable la administración autonómica de sus rentas y su distribución conforme lo juzgue más conveniente para atender a fines de regular cumplimiento de obligaciones de orden externo y de servicio interior.

La misma Convención pone trabas al aumento de la deuda pública, y, no obstante éso, el gobierno americano ha contribuido al acrecentamiento de ella permitiendo la contratación de nuevos empréstitos para cancelar compromisos ficticios o exagerados contraídos por los gobiernitos de estos últimos años para sofocar o *fomentar* revoluciones. Revela éso claramente sin un jerónimo de duda que el imperialismo yanqui no ha sido, ni es, como lo pretende, un mediador generoso inspirado en el altruista empeño de prestarnos ayuda eficaz y desinteresada en la labor de una reconstrucción nacional de paz jurídica y de libertad estable, sino un acreedor meloso que

asecha las debilidades y tropiezos de su deudor para comprometerlo más envolviéndolo en una red cada vez más espesa de compromisos monetarios y de obligaciones ineludibles. Así se han pagado deudas fraudulentas que nadie desconoce. Así se han saqueado los fondos de obras públicas y se han hecho mangas y capirotes de las rentas internas. El gobierno norte-americano toleró y aun en cierto sentido autorizó muchos fraudes. Es imposible negar que, con revoluciones y todo, nuestra capacidad de producción ha aumentado en lugar de haber disminuido. No somos un deudor o un cliente despreciable ni mucho menos. Por eso se nos aprieta más y más el grillete de nuestras obligaciones. Nuestra cadena se nos ha hecho cada vez más pesada . . .

PREVISIONES PATRIOTICAS

(*LA SOCIEDAD NACIONALISTA PATRIA*)

I

Recuerdo la sociedad *Patria* con la misma intensa fruición, con el mismo sentimiento nostálgico con que suelen, en ciertas horas, mariposas de ensueño, revolotear en la memoria cosas perdidas en lejanías melancólicas de olvido. La recuerdo con el mismo íntimo afecto con que rememoramos aquellos sitios de permanente atracción en que hemos vivido largo tiempo, en que hemos sufrido, en que hemos soñado, en que hemos amado... En esa Sociedad patriótica, por el espacio de más de tres años, puse toda

la savia de mi espíritu, toda mi escasa inteligencia y el corto caudal de las proyecciones de mi voluntad tesonera. He creído siempre que el pensamiento, por genial y elevado que sea, que no se troquela en la acción, que no se traduce en actos bien visibles, sólo tiene muy secundaria y efímera trascendencia. Aun discrepando, desde un alto punto de vista filosófico, del concepto que para el pragmatismo asume la verdad, lo que dentro de lo relativo de nuestros conocimientos entendemos como tal, convengo en que sin la acción que se desprende de ese concepto, cristalizada de continuo en hechos de cierto valor social, no es posible la consecución de nada de prolíficos resultados en el desenvolvimiento más o menos armónico y progresivo de la especie humana. Escribir para el público, propagar verdades, ya es algo, ya es alguna cosa; pero es cosa mejor todavía, laborar por todos los medios posibles para que lo de teórico que hay en lo escrito y lo propagado se transforme de cosa en po-

tencia en cosa objeto de actuaciones vivificantes y trascendentes . . .

Tal fué el propósito del grupo de bien intencionados ciudadanos que fundó en La Vega la sociedad nacionalista *Patria*. Estuve, como Presidente, dirigiéndola, el período de tres años que contó de existencia. La Convención, sancionada hacía poco tiempo, era ya para muchos fuente de permanentes inquietudes. Creyeron algunos que se imponía como obra de loable previsión buscar los medios y maneras conducentes a despertar el sentimiento nacional dormido o aletargado provocando una reacción discreta y firme que nos pusiera en situación de hacer frente con probabilidades de éxito a posibles y ulteriores contingencias desagradables. No podía ser más cuerdo y plausible el propósito. Este no entrañaba exageraciones inconducentes ni intempestivas. De él estaba desterrado toda forma de un *chauvinismo* apacentado en actitudes violentas siempre de carácter momentáneo y por consiguiente anti-

nómicas al objetivo propuesto. Se necesitaba una acción continua, ininterrumpida, metódica, que fuera insensiblemente, sin alarmar ciertos intereses creados de tenaz arraigo, allanando obstáculos poco menos que seculares y venciendo dificultades que de momento parecían absolutamente refractarias al magno ideal acariciado.

En el primer año de existencia de esa benemérita Sociedad nacionalista se meció mi pensamiento en la ilusión consoladora y deslumbrante de la posibilidad de operar un movimiento de concentración de voluntades afines y conscientes de capacidad eficiente para llevar a cabo con éxito seguro la restauración de valores patrióticos en vías de extinción o visiblemente desprovistos de virtualidades necesarias. Pensaba yo que realizar ese propósito no era obra imposible o cosa semejante. Un núcleo central radicado en la ciudad de Santo Domingo con ramificaciones en todas las ciudades y aun en las más alejadas aldeas y villorrios

podía a la larga, tenazmente sostenido y propagado, dar de sí, corriendo el tiempo, el estado de alma necesario para impedir resueltamente la *americanización* del país y hacer reales las reformas que este pedía con inexcusable urgencia para su más apropiada y científica organización colectiva. Sueños, sueños . . . Mis ilusiones se fueron poco a poco desvaneciendo. En los periódicos se elogió calurosamente la idea. Pero en la acción nada. Nadie o casi nadie correspondió al llamamiento. Sola, falta de calor externo, disminuidas sus filas, la sociedad *Patria* fué lentamente extinguiéndose . . .

II

El momento de su aparición no era propicio, en el orden político, para tales

dilataciones de un propósito de vitalización del sentimiento nacional sin que el personalismo imperante dejase de dar torcida interpretación a lo que realmente significaba la recién instalada sociedad nacionalista. Por eso en su programa de principios que se copia íntegro a continuación no pudo dar entera latitud a su pensamiento, confiando en que, con el tiempo, afianzándose la tranquilidad pública, podría ir más y más ensanchando su programa hasta que respondiese en un todo a la formación del estado de alma que constituía su principal y más alto objetivo. He aquí el manifiesto:

Acabamos de cumplir sesentiseis años de existencia como organismo nacional capaz de realizar progresivamente determinados fines de libertad y de derecho por más que lo intente negar cierto pesimismo apacentado en resaltantes y dolorosas exterioridades de nuestra vida histórica, tumultuosa y desordenada; y todavía, en toda la extensión del territorio nacional libertado en dos ocasiones

de eterna recordación por próceres eximios, ninguno de ellos tiene perpetuada su figura en el mármol, «carne de los dioses»; ninguno tiene el monumento escultórico que, como concreción elocuente de nuestra gratitud y de nuestro amor, erguido en pleno sol, sirva de suprema lección objetiva a cuantos quieran conocer el patriotismo ingente y sin máculas . . . Sólo tres de ellos, los más excelsos, reciben todos los años, en días solemnes, en la capilla de la histórica Catedral que guarda orgullosamente sus cenizas, envuelto en el aroma de las coronas funerarias que se marchitan sobre sus losas sepulcrales, el testimonio de que viven, con la perennidad de un reconocimiento entrañable, en el alma doliente de su pueblo . . . Nuestras dos grandes fiestas nacionales, ceñidas casi siempre a un marco oficial muy estrecho, se particularizan por su convencionalismo y su monotonía. No son casi nunca fecundadas por la iniciativa individual y colectiva estereotipada en actos

culturales de verdadera importancia, que son los que pueden imprimirles genuina y noble significación patriótica.

Y mientras tanto, año tras año, en un ambiente de frivolidad refinada, en puerilidades efímeras, se derrochan estérilmente poderosas energías morales y materiales que, bien aplicadas, sin obstaculizar ni mucho menos el cultivo de regocijos propios del ser humano sediento siempre de expansiones, podrían y deberían servir en mucha parte para llevar a la realidad social cosas trascendentes y edificantes... El instante es solemne, de reflexión honda y concienzuda. El momento actual de la política continental americana merece considerarse con particular detenimiento. Frente al cada vez más caracterizado movimiento de expansión del imperialismo yanqui; unidos a la gran República del Norte por lazos económicos muy estrechos; colocado nuestro país en una situación geográfica que cae de lleno dentro del radio de inmediata influencia de aquel expansio-

nismo y que hará más apetecible y codiciada la próxima apertura del canal de Panamá; desangrándonos, hasta ayer, con desconsoladora frecuencia, en luchas mezquinas de partidarismos, no es posible, en tales graves circunstancias, avizorar el porvenir sin experimentar vivas y dolorosas incertidumbres. Pero, si en ciertos instantes, el alma individual se encoge y apoca, el alma nacional no debe sentir jamás tales desfallecimientos cobardes. Por encima de todos los deberes, está el santo deber de conservar lo más incólume posible la herencia que recibimos de los abnegados fundadores de la República. Y ese empeño no debe reducirse a un verbalismo hueco, a flores retóricas ya gastadas de efímero perfume, sino plasmarse en concreciones de esfuerzo viril, en actos de cívica y fecunda resonancia. Sí debemos mantener—porque muchos intereses convergentes así lo ordenan—lazos de cordial amistad con los Estados Unidos, rehuendo con exquisito tacto, previsión y

práctica sabiduría, cuanto directa o indirectamente pueda comprometer esas relaciones que nuestra relativa debilidad, múltiples intereses creados, exigencias ineludibles de la política mundial y el creciente desarrollo de la civilización hacen cada vez más necesarias, no es menos cierto—y ello constituye nuestro primer deber como dominicanos—que es ya hora inaplazable de trabajar resuelta e incansablemente, por todos los medios posibles y sin alharacas intempestivas y contraproducentes, en el sentido de dar creciente fuerza y consistencia a una atmósfera netamente nacional en que por ningún concepto puedan infiltrarse ideas liberticidas, torpes y disolventes escepticismos...

La creación de sociedades de pura cepa nacionalista, que, integradas por elementos procedentes de todas las agrupaciones políticas, se muevan briosamente alejadas de aviesos partidarismos, responde a necesidades vitales del momento. Para ello deben funcionar con el

noble anhelo de cohesionar esfuerzos hoy dispersos en un haz luminoso de objetivos comunes, y el bien pronunciado propósito de llevar su acción bienhechora a la escuela, templo de la vida, incubadora del porvenir, cosas que constituyen el paso más eficaz que puede darse en la vía de formar una gran corriente de opinión consciente, de fuerza inmensa, de permanente vitalidad, que, sean cuales fueren las contingencias del mañana, represente como un formidable muro de acero en que se estrellen, sin derribarlo, cuanto embozada o desembozadamente se encamine a la mutilación o a la muerte de la nacionalidad dominicana».

Los fundadores de *Patria* concluían declarando:

1º Que establecían una sociedad exclusivamente nacional que, con el nombre de referencia, gestionará celosamente, en primer término, porque la celebración anual de nuestras dos grandes fiestas nacionales tengan carácter esencialmente popular y educativo, propendien-

do, en lo posible, a la realización de actos culturales que prestigien su levantado ideal de bien y de grandeza nacional.

2º Que entre esos propósitos figura, en preferente lugar, el de coadyuvar, por cuantas formas de cooperación estén a su alcance a todo lo que se refiera a honrar la memoria de los fundadores de la República y de sus heroicos restauradores por medio de estatuas, lápidas conmemorativas, institutos de enseñanza y de beneficencia, etc.

3º Que toda esa gestión resultaría ineficaz de todo punto si paralelamente a ella no se desarrollase en la escuela un propósito definido, de verdadero alcance pedagógico, enderezado a inculcar en el espíritu del niño, desde los primeros grados de la enseñanza, nociones de viril sentimiento patriótico, y que penetrado de esa imprescindible necesidad, este Centro nacionalista no desperdiciará ocasión para que metódica y progresivamente pueda ese ideal irse convirtiendo en consoladora realidad.

4º Qué laborará con ahinco por la formación, aun en las más reducidas poblaciones del país, de asociaciones de idéntica naturaleza que *Patria*, a fin de que, mancomunando esfuerzos, fusionando ideales, concertando voluntades, despertando y sumando energías hoy indiferentes o dormidas, se alcance el cumplimiento gradual del objetivo de salvadora eficacia patriótica que se propone.

III

Ese programa de principios se cumplió en todas sus partes conforme las circunstancias lo permitieron. *Patria* fundó una revista quincenal del mismo nombre que circuló no sólo en el país sino también en varias repúblicas de la América latina mereciendo una muy entusiasta y halagadora acogida. Tengo multi-

tud de recortes de periódicos y numerosas cartas que dan de ello elocuente testimonio. En esa revista se trataron puntos de alta importancia como el asunto de límites fronterizos y la apropiación por extranjeros de parcelas de terreno del Estado o de particulares. Este asunto reviste a mis ojos en el momento actual caracteres de positiva gravedad. En principio estuvo *Patria* por la conservación de la tierra, de la porción de ella que aun posee el Estado, el que sólo debería arrendarla para fines probados de mejoramiento agrícola industrial; y en lo que toca a terrenos particulares preconizó una forma restringida de enagenación, conforme fuera posible jurídicamente, a fin de alejar la posibilidad de que la *totalidad* del territorio llegase a ser propiedad de compañías o de súbditos extranjeros. En un país como el nuestro menestero de capitales, de escasa vida agrícola y de embrionario desarrollo industrial, sería insigne error impedir del todo que el capital extran-

jero echase en él hondas raíces mediante la adquisición de terrenos fértiles hoy improductivos por carecer sus dueños de recursos para cultivarlos debidamente... Pero podemos y debemos impedir, en forma de leyes restrictivas o como se juzgue más apropiado, que la propiedad en lo que se refiere al suelo pase *toda* a manos de terratenientes extranjeros. Si por falta de oportuna previsión, dije entonces, sucediera tal cosa, nuestra soberanía sobre el territorio resultaría ilusoria, sólo en el nombre, mera sombra de dominio que se evaporaría en plazo más o menos breve...

Durante los tres años de su actuación, *Patria* puso su mano en cuantas obras se iniciaron o llevaron a cabo en el país enderezadas a levantar y prestigiar el sentimiento nacional. Gozó por breve tiempo de una merecida popularidad. Trabajó con fe y entusiasmo en ese corto período sin rendirse al desaliento ni amilanarse ante las decepciones. Pero sintió que el vacío se iba haciendo a su

alrededor. Pasadas o amortiguadas las primeras impresiones, fué gastándose el entusiasmo primitivo. Los claros en las filas se hacían cada vez mayores. De fuera, de las demás ciudades del país, no le venía nada absolutamente que le sirviese de eficaz estímulo. La mató principalmente su aislamiento. Entusiasmo no compartido se enfría y desvanece. Pero le queda la gloria de haber intentado lo único acaso que hubiera impedido o detenido nuestra caída. Un dominicano culto y distinguido, de probadas ejecutorias cívicas, Victor M. de Castro me decía en esos días en una epístola hermosa y expresiva lo siguiente:

«Qué edificante y qué hermosa y qué amplia es la labor de los que con V. comparten la de ese bello movimiento cívico tan feliz y oportunamente iniciado! *Patria* no se parece en nada a ese montón de asociaciones o cofradías simbólicas o especulativas que nada han determinado ni resuelto en la vida de la humanidad. *Patria* es algo más que una

Sociedad. *Patria* es la previsión o cristalización de un altísimo ideal. *Patria* es la resurrección o la prolongación de *La Trinitaria*. O un centinela avanzado, con el índice en alto, señalando derroteros de honor al patriotismo angustiado»...

LOS VICTORIA



I

El trágico fin del presidente Cáceres abrió de nuevo con horrísono estrépito las puertas del templo de Jano de las luchas intestinas. Hacía algunos años que se disfrutaba de una paz relativa a cuyo amparo florecía la agricultura y se llevaban a feliz término determinadas obras de utilidad pública. La administración del general Cáceres, aunque de recio autoritarismo en lo político, revelaba en sus principales actos ostensibles tendencias organizadoras y bien acentuados propósitos de mejoramiento gene-

ral. Y afirmo aquí lo que a mi ver es un hecho de innegable evidencia. A pesar de la inclinación a algaradas revolucionarias que se supone al pueblo dominicano, del levantisco carácter que se le atribuye, tengo para mí que, en la mayoría de los casos, nuestras guerras civiles tienen su origen, su punto de partida, su génesis, por decirlo así, en la misma clase gobernante, en los mismos que proclamando de continuo la necesidad de la paz pública tienden con sus desaciertos, arbitrariedades y desafueros a que resulte lo más efímera posible. No se necesita ser muy lince para en muchas ocasiones demostrarlo por entero. Salvo en un Ulises F. Espaillat, en un Francisco Gregorio Billini, todos nuestros gobernantes han tendido sin escrúpulos a perpetuarse en el poder implantando un continuismo de muy desquiciadoras consecuencias.

En la dirección de la cosa pública pueden imperar dos clases de *continuismo*: el de las ideas y el de las personas. En la

América latina, siempre o casi siempre, ha predominado el último con manifiesto perjuicio de los intereses colectivos. Por la raíz de evolución y de renovación que hay necesariamente en ellas, el continuismo de las ideas, aun a veces de aspecto estático, concluye siempre por adaptarse a formas nuevas y progresivas del perpetuo dinamismo de la vida. El otro continuismo, el de las personas, cuando éstas, lo que sucede por lo general, no encarnan una finalidad social benéfica y bien definida, es necesariamente funesto por tender de continuo al menoscabo y falseamiento de las instituciones republicanas. No impunemente ascienden los hombres, en estas levantiscas democracias, a las cimas radiantes del poder supremo. Parece doloroso bajar de las alturas para confundirse de nuevo con la muchedumbre. Saborear cuanto el poder atesora de halagos, goces y lisonjas, y pudiendo conservarlo, pudiendo mantenerse en él así sea por medio de la fuerza, cederlo a otros, acaso

enemigos o rivales, parece en quien lo hace que se encuentra en posesión de subidos quilates de nobleza psíquica. El continuismo personal es siempre absorbente y tiránico. Para librarse de él es necesario cortarle la cabeza con la espada de las insurrecciones libertadoras.

A la muerte del general Cáceres necesitábase un hombre que sin nexos acentuados con ninguna bandería política, y dotado de relevantes prendas de carácter, de mentalidad y de probidad, pudiese inspirar a todos plena confianza y proseguir con mayor libertad y más amplio sentido de las realidades circunstantes la obra de reconstrucción nacional ya en buen hora deficientemente comenzada. Sucedió todo lo contrario. Los numerosos elementos militares con que contaba Cáceres irguiéronse en gesto de acaparamiento del poder público. Su jefe militar de más confianza, el general Alfredo Victoria, Comandante de Armas de Santo Domingo, fué el árbitro omnipotente de la situación. El mismo Velazquez, ele-

mento civil, tuvo que tomar precipitadamente el camino del exilio. El poder pasó, con disfraces de legalidad, a una especie de oligarquía de familia apoyada incondicionalmente por el ejército entonces numeroso y bien disciplinado. El militarismo se impuso de momento. Con un poco de desprendimiento en los que se incautaron del poder a la muerte de Cáceres hubiera podido evitarse la pugna sangrienta. Era y es necesario para encauzar el país el concurso de todos, y no sólo no se solicitó, sino torpemente se rechazó el que espontáneamente ofrecían los opositores de Cáceres que erraban por playas extranjeras. Se fué en línea recta al más desatentado continuismo, un continuismo militar y oligárquico . . .

II

Se ha hecho costumbre denostar acerbamente los movimientos revolucionarios

que con tan desconsoladora frecuencia se suceden en Hispano-América. Se los ha juzgado siempre desde el punto de vista de sus efectos destructores. Se los ha tomado siempre como excrecencias morbosas de organismos sociales fatalmente condenados a moverse en un ambiente tan sólo propicio a dilataciones tan nocivas y desquiciadoras. No se ha querido ver, por el prurito de echarles la responsabilidad de nuestras incontables caídas, que el mal no estaba ni está en ellas sino en el régimen de desenfrenado personalismo, de caudillaje desapoderado y estulto que ha imperado normalmente en algunas de estas sedicentes repúblicas. En estas democracias de centralización férrea y demoledora sólo prosperan lozamente oligarquías tiránicas y absorbentes que tienen su más fiel y acabada expresión en ciertos caciques o caudillos típicamente representativos. Sin poder, en manera alguna, funcionar regularmente en ellas ningún control legal, ningún organismo de oposición que cons-

triña al poder central a no salirse del marco de la ley, a respetar el espíritu y la letra de las instituciones, las revoluciones se imponen como necesidad suprema, son y serán necesarias mientras no varíen sustancialmente las condiciones de régimen político inadecuado y anacrónico que existe en muchas de las entidades nacionales esparcidas en este vasto Continente.

Meros estallidos de poca importancia al principio, aquí y allá, fueron a la larga convirtiéndose en lucha feroz y sangrienta. El país, en su inmensa mayoría y en sus elementos más conspicuos, protestó a mano armada aceptando el reto que se le lanzaba. No obstante la fidelidad del ejército y de sus jefes, pues durante esa larga y sangrienta lucha de doce meses no se registró un solo caso de traición, aquella situación fué derrumbándose lentamente ante el empuje de la opinión pública cada vez más numerosa, resuelta y compacta. Recuerdo todavía con no sé que perturbadora tensión de

ánimo el desfile de aquellos días sombríos y trágicos en que a cada instante se registraban hechos de prolongada y luctuosa resonancia.

Tal el formidable ataque dado a La Vega por las fuerzas revolucionarias que la asediaban en los días 5 y 6 de Setiembre de aquel año funesto, el *año terrible* como se le llamó y se le sigue llamando. Durante esos dos días de pavor y de espanto muchas familias, refugiadas en hoyos o debajo de los pisos de sus respectivas casas, los pasaron en ayunas, sin llevar bocado a la boca, imposibilitadas de agenciar la adquisición de alimentos, pues salir en esos momentos a la calle, en medio del incesante tiroteo, era exponer inútilmente la existencia. Las fuerzas revolucionarias dominaron prontamente todos los ámbitos de la ciudad, pero se estrellaron en los muros del edificio de la gobernación donde el resto de los defensores de la plaza hizo una victoriosa resistencia. La fuerza atacadora tuvo que retirarse maltrecha con

bajas de mucha consideración. Los lugares en que más recio había sido el combate quedaron sembrados de cadáveres. Algunos, caídos desde el día anterior, empezaban a presentar señales de descomposición. Se empezó a recogerlos para efectuar su pronto transporte al cementerio. Se buscaban carretas que no parecían en aquellos momentos de confusión y de entorpecimientos. Contemplando aquella macábrica escena, presencié un hecho que aun no ha podido borrarse de mi memoria . . .

Como no venían las carretas que se había ordenado requisar, se echó mano por parte de las autoridades de la gente que pasaba para que cargasen los cadáveres y los condujesen en hombros a la inmensa fosa ya preparada. Pasaba a la sazón por allí un jovencito italiano, risueño, simpático, acabado de llegar al país. Miraba con infantil asombro aquel cuadro soberanamente pavoroso. Se detuvo ante el espectáculo con la natural inconsciencia de quien, pasada la vi-

bración de los tiros, no podía temer ni remotamente ningún contratiempo ni ningún peligro... De súbito, con gesto imperativo, uno de los jefecillos que allí disponían le indicó el cadáver de un negro aun chorreando sangre, de abrumadora corpulencia. El italianito no entendió o finjió no entender. El jefecillo acentuó su gesto imperativo de manera más amenazante. No hubo negativa que valiese. El italianito, en unión de un jayan que estaba cerca, arrambló con el cadáver, camino del campo santo. Los brazos del muerto parecían anudarse en sus hombros. La cabeza del italianito emergía pegada a la del difunto. Jamás olvidaré la impresión de estupor que reflejaba aquel rostro juvenil, que se pintaba en aquellos ojos desorbitados, llenos de reverberaciones de miedo y de espanto. Acaso en medio de su pavor sentía la nostalgia de sus lares, recordaba su aldea nativa, blanca y riente, suspendida en una aspereza de las costas bañadas por las azules ondas del Tirreno...

III

La guerra sangrienta tuvo término con la mediación del gobierno americano, un término que en realidad sólo representó una tregua o a algo a ello semejante. Unos y otros quedaron armados hasta los dientes ocupando lo que gráficamente se ha llamado *posesiones adquiridas* y que ha sido después y aun parece serlo todavía la verdadera manzana de la discordia. Quedó en pié la anarquía, una anarquía mansa y disolvente, preñada de peligros para lo porvenir. Cada caudillo, como señor feudal, quedó dueño de la región que fué teatro de sus proezas bélicas, manteniendo con el gobierno central relaciones de aparente obediencia.

Y aquí empieza a revelarse la inutilidad, mejor dicho, lo malo e inconveniente de las intervenciones yanquis. Preferible a la intervención amistosa extranjera que puso fin a esa guerra hubie-

ra sido la continuación de ella hasta el vencimiento definitivo de uno de los bandos, para así constituir una situación sólida y durable que pudiera dar de sí benéficos resultados. Así ha resultado siempre en el país. Santana triunfa sobre las facciones disidentes y levanta el edificio de su poder durante largo tiempo. Baez, vencidos sus contrarios, durante seis años gobierna en paz la mayor parte del territorio nacional. Ulises Heureaux gobierna dictatorialmente por espacio de diecisiete años y Ramón Cáceres por cinco o seis tras haber arrollado a sus enemigos. Únicamente por el triunfo de una bandería sobre otra se ha conseguido dar paz a la República. En casi todas estas repúblicas de América ha pasado lo mismo. Siguiendo esa táctica de mediar o intervenir después de haber corrido ríos de sangre y haber alcanzado las pasiones su punto máximo de intensidad, sólo se ha logrado una pacificación momentánea, de efectos pasajeros, a cuya sombra se ha continuado preparando

las armas para reanudar al poco tiempo con mayor ímpetu las suspendidas hostilidades. Cualquiera creería que bajo apariencias de un interés noblemente humanitario, el positivo fin del gobierno americano al impedir el triunfo de uno u otro contendiente dejando subsistentes los motivos que originaron el conflicto y que podían renovarlo más tarde, consistía en un plan de debilitarnos gradualmente para a su hora hacernos más fácilmente su presa...



MONSEÑOR NOUEL

I

Hace ya muchos años, en el *banco* del Parque de recreo de La Vega, en las noches apacibles en que el cielo exhibía con mayor derroche de esplendidez su deslumbrante pedrería, solíamos reunirnos seis o siete amigos íntimos para en amena charla discurrir cordialmente sobre temas de palpitante actualidad, y recuerdo que más de una vez se le predijo en aquella tertulia al aire libre y de la cual era él uno de los más asíduos abonados, cuando no era más que un simple cura de almas, el Padre Adolfo, sin haber vis-

lumbrado en él nada que remotamente demostrase una aspiración o un deseo en ese sentido, que el porvenir le reservaba como merecido premio a su talento y a sus virtudes, la cruz pectoral de supremo Pastor de la grey dominicana. El nos decía, con acentos de viva sinceridad, que no quería tal puesto, que su más íntimo anhelo era continuar siendo simple cura de La Vega. Pero más que nuestros deseos, son las circunstancias, en ciertas horas, especie de motivos de impulsión coercitiva que rigen y encadenan nuestra voluntad desviándola de la ruta ambicionada y haciéndonos sacrificar en el ara de lo que se nos presenta como imperioso deber el ardiente anhelo de continuar viviendo tranquilos, lejos de una existencia inquieta, agitada, llena de apremiantes cuidados y exigencias. Obligados estamos, en horas supremas, a rasgar con dolor la tela de oro de nuestras esperanzas de una vida apacible y sosegada. Corrieron los años, y sus amigos vimos con gusto su merecida

ascensión pensando firmemente que el báculo pastoral no podía estar en mejores manos...

Pero lo que ninguno de nosotros sospechó ni lejanamente ni entonces ni mucho después, lo que ni en sueños podía columbrarse, era que, corriendo el tiempo, en un instante de inmenso dolor para la patria, iba su personalidad a surgir, casi de improviso, sin que nadie lo esperase, como iris de paz, como símbolo expresivo de concordia, presidiendo un gobierno provisional, de transición puede decirse, encargado de preparar el terreno para la instauración de otro civil apacentado en un radical y práctico concepto de descentralización democrática, benéfica y civilizadora... Fué su elección caso excepcional en nuestra política personalista aviesa y torpe, porque en él no podía advertirse nada que lo aproximase, que le diese vislumbres de semejanza con los típicos representantes del macheterismo, con los políticos de cartón, con los caudillos de ambición desenfrenada

que han convertido el campo de la vida nacional en inmundo abrevadero de torpezas, de concupiscencias, de mezquindades, de rencores y de odios...

En aquellas horas de incertidumbre y de angustiosa espera me hacía a mí mismo incesantemente estas preguntas: ¿Podrá él, en medio de este piélago de intrigas y de rastreras ambiciones, erguido, majestuoso, de pie sobre el oleaje encrepado como el taumaturgo galileo, como el dulce Jesús en el lago de Tiberiades, aplacar el viento impetuoso de las desapoderadas ansias, de las concupiscencias, de los bastardos apetitos que van lentamente despojando nuestra asendereada política de sus últimas partículas de sano y redentor idealismo?... Fracasará prematuramente, como piensan muchos, y tendrá, casi al comenzar la peligrosa jornada, que sentarse fatigado, impotente, descorazonado, con la suprema melancolía del vencido combatiendo por una noble causa, al borde del camino, herido en lo más íntimo de su cora-

zón, para que ante él pase en tropel, desbordada, la turba híbrida de los ignaros, de los fracasados, de los eternos vendimiadores?

II

En las difíciles condiciones en que empuñó las riendas del mando supremo era casi inevitable el fracaso. A las primeras de cambio comprendió que estaba como aprisionado en un círculo de fieras prestas a devorarlo. Mansa oveja de albo e inmaculado vellón estuvo durante varios meses amenazado de las dentelladas de los lobos que convirtieron el palacio arzobispal en su cotidiana guarida. Cuéntase que a la semana de su ascensión al solio presidencial quería ya renunciar y que sólo a duras penas y a fuerza de súplicas y de ruegos se impidió

que así lo hiciese. ¡Cuántas veces quizás, en sus raros minutos de tregua en medio de la brega afanosa y estéril, no convirtió su pensamiento y volvió sus ojos empañados por las angustias y las decepciones hacia este rincón de La Vega, hacia la ciudad de provincia, de ambiente apacible, en que transcurrieron los años quizás más radiantes y felices de su existencia de levita amante de las cosas que más ennoblecen y exultan el ininterrumpido curso de las horas que forman la urdimbre de nuestra vida! Por su ingénita y acaso excesiva bondad de carácter, por su inexperiencia honrosa en cosas del politiquero personalista, no pudo, asido al timón de la zozobranante nave, imprimir rumbo seguro a sus gestiones gubernativas. Fué, por la fuerza incontrastable de los hechos que lo llevaron a remolque, adonde no debía ir, adonde no quería ir. Las circunstancias que no pudo dirigir ni dominar lo estrellaron en los arrecifes y farallones de la costa bravía...

Los que aquí seguíamos con creciente ansiedad la marcha de los sucesos pensábamos que, frente a exigencias abrumadoras, a los ladridos de la jauría que lo acosaba a todo momento, a las peticiones reiteradas de empleos y prebendas, debía sólo contestar con la frase famosa de Pio IX: *Nom possumus*. No se puede. No es posible. Y si por esas sostenidas negativas, los jayanes del personalismo y del caudillaje le hubieran amenazado con la asonada y el motín, mejor, mucho mejor para él. Hubiera descendido aureolando su concepto histórico con un resplandor de ingente nobleza cívica. En esos turbulentos meses en que se expedía un nombramiento por la mañana y se anulaba por la tarde o al otro día, se puso de moda, refiriéndose a alguno que se encontraba en este caso: le han dado *máquina para atras*. . . Al fin, desesperado, abrumado de decepciones, asqueado de ver tantas bajezas, abandonó bruscamente el poder, se fué al extranjero como diciendo con ademán de altivo

desprecio: ahí queda éso . . . En esos días pude ver su retrato. El, tan fuerte, tan robusto pocos meses antes, aparecía ahora espantosamente enflaquecido, encorvado, como si fuera un anciano de setenta años, como si en él hubieran hecho presa graves y prolongadas dolencias . . .

JOSE BORDAS VALDES

I

En mi imaginación revive de nuevo la escena con su peculiar colorido. En el salón amplio, austero, de severa ornamentación, bajo la deslumbrante claridad de las bombillas eléctricas, solos, Bordas Valdes y yo departíamos sosegadamente sobre cosas interesantes de nuestra asendereada actualidad política . . . Afuera, a intervalos, se oía como el abejeo de un cuerpo de guardia cercano y el suave y perenne murmullo del Ozama . . . Frente a mí, arrellanado en mullido sillón, pulcramente trajeado de blanco, afable,

sencillo, sin pizca de afectación, se destacaba la figura simpática de este joven militar que, habiendo vivido largo tiempo en la atmósfera envenenada de la lucha cruenta, supo ser siempre, como el héroe de Osián, generoso y humano. A la primera insinuación mía de lo que se propalaba respecto de su probable candidatura a la presidencia definitiva de la República, se irguió altivamente con gesto de noble reprobación . . . Eso no; eso era imposible. Él no quería, él no debía ser uno de tantos. Y su mirada luminosa se clavaba en mí al decirme estas cosas. Su voz, reposada y serena, tenía pronunciados dejos de honda sinceridad. Conozco bien, me decía, toda la gravedad de las inflexibles realidades de la hora. Comprende bien que él no es, en este supremo instante, sino un gobernante de transición precisamente encargado de abonar el terreno para preparar unas elecciones libres. Yo aplaudía. Por ahí había que principiar. De lo embrionario e irregular hay precisamente que

partir para alcanzar finalidades más o menos luminosas de perfectibilidad siempre relativa. Toda evolución se determina precisamente en ese sentido. No hay, pues, que sumergirse en la onda negra del pesimismo. No hay que desesperar. Eso es propio de impotentes . . .

Habían ya sonado las diez en el viejo reloj de la histórica Catedral. Al despedirme de él afectuosamente experimenté la sensación de que durante un tiempo había estado en contacto con un alma selecta. Y al salir a la calle, sentí bajo el palio suavemente luminoso de la noche estrellada, que en mi pecho se abría como una flor encendida de esperanza. En aquellos días, julio de 1913, eran muy escasos, bien puede afirmarse, los espíritus escépticos que dudaban de la buena fé del Presidente Bordas en lo que se decía de sus propósitos de presentarse, mejor dicho, de imponerse como candidato en las próximas elecciones presidenciales. Para cuantos, después del doloroso fracaso de Monseñor Nouel, estudia-

ban desapasionadamente la situación sin espíritu estrecho de banderías, era claro por completo que Bordas Valdes, como encargado interinamente y por tiempo limitado del poder o función Ejecutiva, vinculaba sólo la delicada misión de mantener la paz y la armonía entre los grupos a fin de llevar a cabo en condiciones propicias la reforma constitucional ansiadamente perseguida y realizar unas elecciones en que privase la más amplia libertad posible. Ese era también el criterio del mismo Bordas Valdes. Así lo expresaba rotundamente en conversaciones privadas y en cartas que se publicaron en esos mismos días. Por mi creencia en la lealtad de Bordas Valdes, muchos me tildaron de *cándido*. En nuestra actuación política, cada vez más pesimista y corrompida, se confunden lastimosamente todas las reputaciones. No se tiene fe en nada ni en nadie. Porque fulano cometió tal desliz, todos harán seguramente lo mismo. Se barajan desconsideradamente las reputaciones más

altas y honorables con las desacreditadas de tipos maleantes dignos de pasar en un presidio el resto de sus días. Raros, como diamantes de a libra, son los que inspirados en un sereno espíritu de amor a la verdad, buscan desapasionadamente la realidad de los hechos. Y esa realidad nos dice, con deslumbrante elocuencia, que todavía existen en el país hombres de carácter, de irreprochable lealtad, muy capaces de llenar a conciencia sus deberes públicos, irguiéndose, como símbolos de seguro amor patrio, en medio de las crisis y exaltaciones de nuestras terribles contiendas fratricidas.

II

En el poder, función conservadora por excelencia, mantenedor natural de la paz pública, reside entre nosotros, por

raro contraste, la causa principal de nuestras luchas armadas. Con ausencia de verdaderas finalidades gubernativas, con diarias violencias, coacciones, atropellos, favoritismos odiosos y otras cosas de idéntico jaez, llegan casi siempre los directores de la cosa pública, constantemente desorientados, a crear una atmósfera de reprobación, de desconfianza, terreno abonado para que en él puedan germinar fácilmente ideas levantiscas de ambiciosos vulgares de largo machete. Todo eso lo revela con irrefutable elocuencia nuestra actuación histórica. En realidad hemos carecido constantemente de gobernantes idóneos, de relativa capacidad, de cierta previsión, dotados, sobre todo, del conocimiento más o menos exacto de hombres y de cosas y del sentido seguro y pleno de las realidades de la hora presente.

El arrendamiento inconsulto e irreflexivo del ferrocarril de Puerto Plata originó la malhadada insurrección de Setiembre. Aquel arrendamiento era cosa

propia de un gobierno definitivo y no de una interinidad cuyos días estaban ya contados. Desde el primer momento nadie vió un propósito de bien público en tal proyecto, sino algo enderezado a encender rivalidades del personalismo cibaeño. Hechos posteriores probaron de modo decisivo que el tal arrendamiento, en lugar de favorecer a aquella utilísima obra ferroviaria, iba a serle perjudicial en su organización administrativa y en sus resultados prácticos. El Ejecutivo promulgó sin ninguna dilación el decreto de arrendamiento del ferrocarril votado festinadamente por el Congreso Nacional. En las cimas donde se elaboran los destinos de los pueblos, debe campear el juicio sereno, imparcial, de estricto valor jurídico, frente a las continuas exigencias de facciones influyentes. Aquello fué como un guante que se arrojaba. Herido en lo que suponía su derecho y juzgándose amenazado en la sombra, el horacismo puerto-platense lo recogió altivamente. Fué un

error, un grave error. Fué un error, porque ese asunto, baladí en su esencia, no justificaba, en ningún sentido, un nuevo copioso derramamiento de sangre, y fué un error desde el mismo punto de vista partidarista, porque el horacismo no estaba preparado para la lucha. Bien pronto se constató que carecía de los necesarios elementos de ella. El horacismo, vencido o poco menos, celebró antes de terminar la lucha un pacto o convenio en que se aseguraba la libertad de la próxima campaña eleccionaria *bajo la garantía del gobierno norte-americano* o cosa semejante. Hacía pocos días que había aparecido en la escena el ya *célebre* James O. Sullivan . . .

Este hombre, mejor que del tipo del *politician* sin escrúpulos, es el del verdadero *buccaneer*. Sin haber aun presentado sus credenciales, desde Montecristy, ese nuevo representante norte-americano, comenzó a fungir, lo que fué realmente más tarde, como árbitro supremo de la política dominicana. Reveló, desde el

primer instante, un completo desconocimiento de prácticas y procedimientos diplomáticos. Halagos y amenazas brotaron copiosa y alternativamente de sus labios. Así se expresaba en una comunicación dirigida a los jefes del movimiento revolucionario: «Yo no cumpliría todo mi deber si dejara de advertirles a ustedes las medidas que serán tomadas en caso de que una siniestra y obstinada actitud fuera asumida por aquellos que ahora están tratando de derrocar la autoridad establecida. Por otro lado, si los jefes de la actual revolución aceptan la actitud asumida por el gobierno de los Estados Unidos, pueden contar con la ayuda y apoyo de ese gobierno para secundarles en el esfuerzo de traer al país a una situación en que la voluntad del pueblo pueda ser registrada por una honrada votación tomada en una elección debidamente regulada». . . En otra comunicación, abundando en el mismo sentido, dice así: «Mientras el gobierno de los Estados Unidos no alterará su

firme propósito de poner fin a la presente revolución y prevenir otras nuevas, él está igualmente decidido a que una libre y honesta elección hecha próximamente removerá toda causa o excusa para revolucionar» . . . La paz vino indudablemente más por la falta de éxito de los revolucionarios y por su carencia de elementos de guerra que por las amenazas y abusivas ingerencias de Sullivan. El hecho es que entre las partes contendientes y bajo la garantía más o menos explícita del ministro norte-americano, celebrese un convenio en que se aseguraba el libre ejercicio del sufragio para las próximas elecciones, tal como era el vehemente deseo de la inmensa mayoría del pueblo dominicano.

III

Poco después, como principio de desconocimiento de lo pactado, tímidamente

en los comienzos, empieza a ganar con apresuramiento terreno en las esferas oficiales el propósito de retener el poder por el mayor tiempo posible. Me atrevo a afirmar que, en los primeros momentos, Bordas Valdes no escuchó con agrado tales lisonjeras insinuaciones. Desde hacía tiempo -tuve ocasión de constatarlo en mi viaje a la Capital- sus más íntimos allegados, los más interesados se movían activamente dando calor al propósito reeleccionista, sin que de parte de él pareciesen encontrar acceso franco y ostensible. Ante sus promesas formales de no reelección, de presidir unas elecciones enteramente libres, de entregar la banda presidencial al elegido de las mayorías, su conciencia, al principio, quizás rechazó indignada, me complazco en pensarlo, tan torpes e interesados consejos. Pero al fin, tales insinuaciones que en el fondo lo halagaban naturalmente, repetidas diariamente, a toda hora, con cualquier motivo, a veces en forma de halago a su amor propio, a su vanidad

personal, fueron inclinando su espíritu a la desdichada resolución de quedarse con el mando supremo, de no abandonar la poltrona presidencial donde empieza a encontrarse a sus anchas. Aunque a intervalos no falta quien le hable el lenguaje de la verdad serena y austera, el murmullo de adulación que resuena continuamente a su paso, la voluptuosidad del poder supremo que va a escapársele de las manos, los informes falsos, pero dorados con un miraje de verdad que continuamente zumban en sus oídos; las almas genuflexas que lo sahuman con el incienso de manifestaciones serviles, concluyen por hacerle creer que él es el hombre necesario, el capaz de salvar la República, el *providencial*; y ya desde ese momento echa a un lado titubeos e indecisiones y entra de lleno por el tortuoso camino de las ilegalidades y las violencias. Podría escribirse un libro, bien nutrido de datos curiosos de nuestra actuación histórica, titulado: *Como se forma un tirano*.

En él se vería como poco a poco, lentamente por obra de un conjunto de ciertas circunstancias, un hombre cualquiera, noventinueve entre ciento, pundonoroso, leal, sincero, va transformándose, sufriendo un visible desgaste de tales relevantes cualidades, hasta venirse a convertir en lo que Bordas Valdes no quería ser: en uno de tantos. Tales casos de transformación individual son frecuentes en estas levantiscas e incoherentes democracias hispano-americanas. El personalismo político lo explica fácilmente. Sin verdaderas condiciones intrínsecas, con una buena dosis de audacia, con cierto oportunismo, despreciando escrúpulos, asalta la presidencia cualquier individuo que nadie, conociéndolo bien, hubiera juzgado, ni por un instante, capaz de enseñorearse de tales alturas y de dirigir, desde ellas, los destinos de un pueblo. El fenómeno es curioso. Cuando más necesitados estamos de estadistas de verdad, sagaces y previsores, con el sentido más o menos acentuado de las efec-

tivas realidades del instante, surgen a granel, productos del medio y de las circunstancias, los ignaros, los mediocres, los perfectamente incapaces de atisbar la complejidad de relaciones y procedimientos que supone la administración de un Estado. De ahí principalmente, de esa falta de competencia, los resultados desastrosos que palpamos a cada paso. No es posible la dirección firme y fructuosa de un Estado, tal como lo determina y regula la ciencia moderna, sin el conocimiento previo de sus variados medios de actuación y de las finalidades que lo integran. Ni pueden ni deben considerarse la libertad y el orden como términos antitéticos, sino como formas que se integran en una síntesis luminosa y satisfactoria. Claro está que la democracia en sí, en sus más característicos medios y procedimientos, en sus fines esenciales de organización jurídica y de civilización coherente y progresiva, supone colectividades de cierta cultura y de cierto adiestramiento en el cumpli-

miento de deberes y en el ejercicio de derechos.

Ya en esa vía tortuosa y sombría, empezaron a presentarse los signos precursores de la catástrofe que se avecinaba. *Abysus abyssum invocat*. Si una idea fija es condición característica de la locura, puede asegurarse que desde ese momento el propósito reeleccionario absorbió todas las iniciativas y gestiones gubernativas, convirtiéndose en algo parecido a una forma curiosa de demencia oficial. Cartas íntimas de personas muy allegadas al primer mandatario, conozeo algunas, expresaban la irrevocable determinación de éste de conservar el poder indefinidamente y la seguridad de arrollar, apoyado en la fuerza armada, cualquier manifestación de la opinión pública encaminada a cerrarle el paso. Otra vez iba a ser el gobierno el determinante de una nueva guerra civil. Bien pronto—contrario a la formal garantía del famoso Sullivan, quien arrimado al gobierno utilizaba su influencia con fines persona-

les—las elecciones municipales y las de diputados a la Asamblea Constituyente, pusieron de manifiesto, en varios puntos del país, que el Ejecutivo no se paraba en escrúpulos para realizar lo que juzgaba que podía contribuir a su decisión de alzarse con el santo y la limosna por los siglos de los siglos. ¿Y Sullivan? Y sus famosas elecciones libres? Hubiera podido evitar muchas cosas, la misma guerra civil que veía venir a pasos precipitados y no lo hizo. Muy al contrario. Con su razón y su cuenta sin duda. Un consejo de él oportuno y discreto en los oídos del extraviado mandatario hubiera podido detenerlo en la peligrosa vía. Algunas de las elecciones mencionadas fueron obra de coerciones vergonzosas, se amasaron con sangre, dejaron en el espíritu público una huella profunda de amargas y desalientos . . .

、 IV

Aquel gobierno, presa ya del vértigo, corría desbocado por la pendiente de sus desaciertos. Ya no se gobernaba puede decirse en el recto sentido de la palabra. El gobierno se había convertido en una especie de gigantesco comité electoral en que todo se subordinaba al invariable propósito de la continuación indefinida en el poder del general Bordas Valdes. Y ese propósito asumió proporciones de demencia cuando se constataba que ese mandatario tenía contra sí todas las agrupaciones políticas existentes en el país, contando sólo con los elementos de la fuerza pública que tenía en sus manos y con la adhesión de casi todos los empleados que luchaban con vivo interés por la conservación de sus respectivos destinos. En la entrevista de Puerto Plata, celebrada en esos mismos días, no obstante eufemismos suavizadores del convencionalismo político, púsose de manifiesto la

discordancia existente entre los propósitos de Bordas Valdes y a lo que a ese respecto pensaban muchos políticos del Cibao. En vista de éso, parecía natural que el Presidente interino se resignase a desistir de su empeño reeleccionista, a fin de evitar los nuevos copiosos derramamientos de sangre que inevitablemente traería su funesta obcecación. Sucedió distintamente. Desde su regreso a la Capital, columbróse claramente que ya no se desviaría ni un ápice del funesto derrotero emprendido. Sus áulicos querían su contiinuación en el poder a todo trance. Y el mismo, ya seducido por las voluptuosidades del poder supremo, lo ansiaba también ardientemente. Y se fué a Roma por todo, salga lo que saliere . . .

Como se acercaba el 14 de Abril, fecha en que terminaba el año decretado por el Congreso para la presidencia interina de Bordas, empezaron a sostener algunos de sus partidarios que los términos del decreto en que se consagraba su

elección le permitían dilatar su interinidad hasta que se efectuase el nombramiento de presidente definitivo. Y se sostenía tal cosa a pesar de las actas del Congreso, en que aparecía sin ambages la intención clara y manifiesta de que el período de la interinidad no pasara de un año. Del Congreso Nacional, recta o torcida, después de la muerte de Ramón Cáceres, emanaba toda actuación de carácter legal respecto de nombramientos presidenciales de orden interino. El conflicto se produjo rápidamente. Las autoridades antirreeleccionistas fueron destituidas después de vencer una porfiada y sangrienta resistencia. En las calles de Santiago y La Vega corrió copiosamente la sangre. *Consumatum est.* Muchos observadores superficiales, de esos que sólo se fijan en la corteza más o menos endeble de los hechos, ofuscados por el fácil triunfo obtenido, consideraron desde luego, y así lo proclamaron a los cuatro vientos, que la opinión estaba por completo domeñada y

que ya el bordismo podía entonar el himno de la victoria definitiva. Se equivocaban... Para consolidar su triunfo salió Bordas Valdes de la Capital al frente de tropas aguerridas y provistas de toda clase de elementos de guerra. Haciendo orgullosa exhibición de los elementos militares con que contaba, pasó por las ciudades del Cibao siendo en todas acogido con glacial indiferencia. Confiaba demasiado en los recursos de fuerza de que disponía. Huérfano casi por completo de opinión, pretendía colmar ese vacío con un aparato guerrero que llevase el desaliento a esa misma opinión desarmada o poco menos. En todas partes encontró hosquedad o indiferencia. Sus áulicos telegrafaban a Santo Domingo dando cuenta de espléndidos recibimientos. Se seguía en plena comedia . . .

Ya está en Santiago. Desde las murallas de la fortaleza de San Luis abarca con la mirada las lejanías del horizonte pensando en las dilatadas llanuras y

empinadas serranías de las comarcas noroestanas donde en pasados años lidió con innegable bizarría y adquirió merecidas ejecutorias de militar diestro y humano. Va a llevar la guerra a esas comarcas, la *Meca del jimenismo*, como dice él mismo, alimentando la esperanza de *barrer*, son sus palabras, los obstáculos que se presenten a su paso. Ya en La Vega ha dado a la publicidad un documento dolorosamente célebre: la proclama en que declara que, *aferrado a su criterio*, palabras textuales, desconoce el legítimo derecho del Congreso de darle un sucesor y continuará en el ejercicio del poder hasta que se nombre un presidente definitivo, es decir, él mismo. Esta insólita declaración lo sitúa en plena dictadura. De pronto varía de plan de operaciones. Abandona su proyecto de invadir la Línea Noroeste. ¿Qué pasa?... En el ambiente, estremeciéndolo e iluminándolo, resuena viril, conmoviendo las almas, la altiva protesta de Puerto Plata. A la declaración en que desco-

noce al Congreso y manifiesta su decisión de continuar ocupando ilegalmente el poder, la noble ciudad contesta arrojando el guante al dictador armipotente. Este lo recoge y mueve todas sus fuerzas con la firme resolución de someter a su yugo a la ciudad culta y gloriosa.

V

Luchan de nuevo hermanos contra hermanos. En vano el dictador asesta su artillería formidable, pretendiendo en largo y forzoso asedio obligar a rendir a los heroicos defensores de Puerto Plata. En vano se pretende infundir el terror, fusilando a mansalva, desde las trincheras exteriores, a la gente pacífica que circula descuidada por calles y por plazas. Por violar lo acostumbrado en casos de bombardeo, el crucero norte-americano

Machías dispara sus cañones sobre el campamento del ex-Presidente. ¡Qué vergüenza para el país! La segunda edición del hecho nefasto de Villa Duarte. Un grupo escogido de jóvenes intelectuales, en armas contra el bordismo, no vacila, colocándose en un punto de vista netamente nacional, en fulminar vibrante protesta contra tan insólito y lamentable suceso. Los más caracterizados defensores de Puerto Plata hacen lo mismo. En todas partes, por más que en todas partes sea la inmensa mayoría opuesta a Bordas, resuena con eco simpático esa vibrante protesta. Fugitivo en el Santo Cerro por temor a nuevas persecuciones del bordismo enseñoreado de La Vega no tengo desdichadamente los medios a mi alcance para secundar calurosamente esa protesta . . .

Ah! la horrible, la pavorosa guerra civil! Qué honda tristeza se experimenta, bajo el cielo radiante, en las tardes luminosas de apacible encanto primaveral, verse uno constreñido a recluirse en lo

más recóndito del hogar, al oír las detonaciones repetidas de la fusilería, el desapacible silbido de las balas que rasgan el aire, las lamentaciones de los heridos, que se escuchan a lo lejos en los intervalos en que se hace el silencio en medio del horror de la lucha fratricida! Qué dolor al saber la trágica desaparición de un amigo en las sombras de la pavorosa contienda, al conocer que los edificios de cultura social, de ornato público, que uno contribuyó a levantar con ingentes sacrificios, se convierten en cuarteles, en casas de prostitución, en antros infectos, sufriendo el estrago de las balas que hacen blanco en sus paredes! ¿No es verdad que es causa de profundo desaliento contemplar cómo tan fácilmente se destruye por obra de unos cuantos ambiciosos lo que costó tantos esfuerzos y sacrificios llevar a cabo? No hay escuelas, no hay periódicos. Los criminales más empedernidos ostentan triunfalmente su impunidad por calles y plazas, constituyendo una permanente amenaza para los

jueces que los condenaron y para la sociedad que los mira con espanto sirviendo de sostén a lo que los turiferarios de la dictadura continúan llamando enfáticamente orden público!

¡Puerto Plata! Convertida en baluarte del derecho escarnecido, la noble ciudad sigue defendiéndose bravamente. ¡Tan bella, tan gentil, tan pintoresca, con sus casas blancas de sencilla elegancia, con la policromía de sus rientes pensiles, con su mar azul, con la montaña enhiesta en cuyas faldas reposa en un ambiente de serena y desbordante alegría! Ahora, luto, desolación en sus calles, en sus casas. Tiemblo por su suerte. No puedo olvidar que en ella transcurrieron los dorados días de mi adolescencia y mi primera juventud... El 30 de Julio, Bordas Valdes, rechazado tantas veces, intenta el último esfuerzo. Fracasa nuevamente con gran mortandad en sus cansados batallones. Empieza a comprender la inutilidad de sus esfuerzos. Los legalistas lo asaltan en sus mis-

mos formidables atrincheramientos. Pierde, pierde terreno... En ese momento se produce una nueva intervención del gobierno norte-americano. Constreñado a renunciar, toma, poco después, el camino doloroso del destierro. Y al irse deja tras sí, obra de su iniciativa según el gobierno de los Estados Unidos, una nueva mutilación de la soberanía nacional: el nombramiento de un *experto financiero norte-americano*, empleado innecesario y que costará al país ocho mil pesos anuales...

EL PLAN WILSON

I

Lo que se conoce con el nombre de Plan Wilson demuestra de modo irrefutable la carencia en el gobierno norteamericano de una orientación firme y segura para solucionar consciente y satisfactoriamente el problema palpitante del impenitente revolucionarismo característico de algunas sedicentes repúblicas de este Continente. Su pretendida curatela de pueblos, su ingerencia falazmente humanitaria en los conflictos interiores de algunos de estos países, no ha tenido nada de beneficioso y de civilizador en lo

que toca a Santo Domingo. A sus sucesivos pasos de mediación o de intervención más o menos coercitiva ha correspondido siempre un desarrollo cada vez más morboso y disolvente del fermento de motines, sediciones y movimientos revolucionarios. Nadie ignora que después de la Convención nuestras revoluciones han sido más frecuentes, duraderas y sangrientas. Los estadistas yanquis, sin excepción, han carecido de la perspicacia necesaria para discernir, en lo que reza con nosotros, lo que hay de superficial y a ras de tierra en nuestro rudimentario organismo político de lo que hay en su fondo con caracteres más o menos visibles de fijeza y permanencia. Sus procedimientos usuales han consistido en hirientes amenazas. Si sus propósitos se hubieran fecundado en ideales de racional y oportuno mejoramiento político y económico nobles y ejemplarmente desinteresados, otros hubieran sido los medios empleados para llegar a la consecución de los fines que

ostensiblemente preconizan y que ya sólo engañan a ciertos espíritus superficiales o que quieren a sabiendas dejarse engañar para favorecer determinados intereses de personalismo político.

El llamado Plan Wilson, en sus líneas generales, se concreta a la realización de unas elecciones libres, y a que, una vez celebradas éstas, no pueda ocurrir ningún cambio en el personal gubernativo que no sea dentro del marco de procedimientos legales que determina la Constitución del Estado. Ese Plan carece por entero de virtualidades jurídicas, pues en el fondo no es sino la imposición, por medio de amenazas de coacción inmediata, del criterio del Presidente Wilson inspirado en el aparente propósito de suprimir o hacer imposibles las revoluciones. Salta a la vista lo equivocado y superficial de tal manera de apreciar las cosas. Las revoluciones no se suprimen o imposibilitan por medio de mediaciones que en esencia entrañan una intervención que no permite la discusión se-

rena y reflexiva del punto o de los puntos que las motivan. Esto ha de hacerse y esto se hace, dice con voz de Júpiter tonante el Presidente Wilson, y sin réplica posible hay que subordinarlo todo a ese mandato, así entrañe él, como en este caso, el más craso y solemne disparate. Unas elecciones libres o relativamente libres celebradas festinadamente, con inaudita festinación, a raíz de terminarse la revolución contra el poder dictatorial de Bordas Valdes, no eran ni podían ser el mejor medio de solucionar satisfactoriamente el tremendo problema. Se requería previamente, mediante una obra reflexiva y consciente, desencombrar el suelo de los obstáculos hacinados en él durante tantos años de desórdenes, turbulencias, revoluciones y disolvente anarquía. Era preciso un cambio, una transformación lo más radical posible de nuestras instituciones medioevales, determinadas por un concepto abusivo y estrecho de centralización de funciones gubernativas propicio en un todo al de-

sarrollo constante de gérmenes eminentemente nocivos de un torpe y desenfrenado caudillaje. Sin tocarlas en lo más mínimo, se dejaron en pié, amenazantes, las causas que habían producido el último y los anteriores levantamientos armados. Se tendió a flagelar cruelmente los efectos dejando erguidos y triunfantes, prestos a tornar a su ominosa tarea de sangre y de ruinas, los motivos recónditos de impulsión que siempre han actuado en nuestra vida nacional con dolorosas y disolventes consecuencias.

II

La voluntad de unos cuantos jefes de banderías o agrupaciones políticas no podía en ningún caso dar plasticidad jurídica, elevándolo a la categoría de instrumento internacional de efectos obliga-

torios y permanentes, a un acuerdo o medio de inmediata pacificación impuesto torpemente por un gobernante extranjero. Se aceptó, sin protesta, como un recurso de que no era posible prescindir dada la gravedad de las circunstancias. Detrás de esos jefes de partido que iban de manera excepcional y única a designar un presidente provisional, se veía moverse en la sombra, con rigidez inflexible, la mano que desde Washington dirigía todo aquel cotarro en que lo que menos se tenía en cuenta era la opinión clara y decisivamente expresada del pueblo a que se pretendía encaminar por luminosos senderos de una organización que respondiese en un todo a prácticas y procedimientos de métodos constitucionales positivamente inspirados en cánones y doctrinas de la más racional democracia representativa.

La elección de los jefes de facciones recayó en el doctor Ramón Baez, persona distinguida y honorable por muchos conceptos. En realidad no era un Presidente

de la República en la verdadera acepción que debe darse a esta palabra. Únicamente podía imprimir carácter legal a ese nombramiento una elección legislativa o a falta de ella una designación de carácter popular hecha oportunamente en los comicios. En el fondo, con el título de Presidente, con los honores y preeminencias de tal, fué principalmente un encargado de ejecutar las órdenes más o menos terminantes que procedían de la Casa Blanca. No se limitó simplemente para honra suya a ese papel restringido y humillante, pues demostró iniciativas oportunas en ciertos importantes ramos de la Administración nacional. Pero en lo más importante vióse poderosamente constreñido a obrar en el sentido unilateral que le señalaba imperativamente la voluntad extranjera. Su breve gobierno, descontados algunos errores, fué en uno que otro aspecto digno de encomio. No pudo ni podía hacer más. Con una discreta prolongación de su rápida interinidad quizás hubieran podido realizarse

las reformas que se pedían con insistencia y que habían constituido la bandera de combate de las tres últimas revoluciones. En virtud de esas reformas, ya sosegados los ánimos y abonado convenientemente el terreno, hubieran podido llevarse a cabo las elecciones en condiciones de responder de la mejor manera posible a una expresión de la voluntad popular lo más fiel y libérrimamente manifestada. Nada de éso fué hacedero. La intervención extranjera quería resolver cuanto antes el punto, salga lo que saliere. Una Ley electoral elaborada con eléctrica repidez y antes de ponerse en ejecución objeto de sucesivas enmiendas y modificaciones, resintióse notablemente de la prontitud con que fué formulada. Pronto se constató que adolecía de graves defectos y que existían en ella no pocas lagunas. Las elecciones, controladas por comisionados del gobierno norte-americano, resultaron relativamente libres. Los Colegios electorales surgidos de ellas, designaron con la mayoría

de sus votos al ciudadano Don Juan Isidro Jimenes para la presidencia constitucional de la República.

LA ESCISION

I

En esa encarnizada lucha electoral sólo se vieron, en lugar de ideas de renovación agitando el ambiente, las flámulas rojas de los bandos personalistas. Entre lo poco que admiro de nuestros vecinos occidentales, es que allí, rara vez o nunca, torna el caudillo caído a enseñorearse del poder. Cae definitivamente. Así debería ser entre nosotros. Hay excepciones, ya lo creo, pero en estas incoherentes democracias esas excepciones sólo se encuentran una que otra vez. En la República ha habido

siempre ciudadanos muy capaces por su cultura, por su probidad y por su sereno y acendrado patriotismo de rectificar con mano vigorosa el rumbo por donde va extraviada la nave zozobrante de nuestros destinos. Pero hasta en éso se echa de ver nuestro culto a lo tradicional, a lo pasado. Aquí no se anula nadie así sean el intonso y el perdonavidas encumbrados por el azar en determinadas circunstancias. Cada vez que se trata de una elección de Presidente o de nombramientos de Secretarios de Estado asoman su perfil en las columnas de la prensa, al lado de individuos en quienes por no haber figurado en cabildeos del personalismo se fijan las miradas esperanzadas de la gente sensata, muchos mediocres con aires falsos de superioridad que no sirvieron para nada en los puestos públicos que desempeñaron y que de nuevo aspiran desalados a dar en los mismos o parecidos cargos el triste espectáculo de su rutinarismo o de su declarada impotencia. Nos gustan las resurrecciones

arcáicas. Parece que nos complace exhibir en el escenario político a tipos de cierta laya que han hecho ya su camino, que tuvieron su oportunidad, que dieron de sí cuanto podía esperarse de ellos. El observador desapasionado tiene que contemplarlos, bajo el silencio vespéral, en la desolación infinita de la llanura, como árboles enclenques de rugosa corteza, de ralo follaje, que apenas pueden prestar mínima sombra bienhechora al caminante . . .

Don Juan Isidro Jimenes, Don Juan como lo llaman sus partidarios, presidió, después de la desaparición del general Heureaux, una de las más luminosas y liberales administraciones que ha tenido la República, lo que le granjeó una grande e indiscutible popularidad. Pero a mi juicio, su nombre, en las últimas elecciones, sonaba a hueco, no era el de una personalidad capaz de enfrentarse a los arduos problemas suscitados y agravados en los quince años transcurridos después de su primera beneficiosa pre-

sidencia. No en vano habían corrido esos tres lustros para el país y para él. Sus achaques, su ancianidad, el desgaste natural producido por el tiempo no ya sólo en su parte física sino en su misma vida espiritual, parecían si no imposibilitarlo del todo, por lo menos hacerle difícilísima una medianamente acertada gestión gubernativa. Muchos de los más sonados sostenedores de su candidatura así lo creían sinceramente y aun se recataban poco para confesarlo; pero añadían que su elección era indispensable, como especie de lazo de unión, para mantener la unidad del jimenismo amenazado de fraccionarse por el trabajo más o menos visible de aspirantes a la herencia del anciano jefe. Para asegurar el triunfo, ardiente y poderosamente disputado por la disciplinada agrupación horacista, se efectuó la llamada conjunción integrada por elementos de pura cepa jimenista, de desideristas jimenistas afines y de velazquistas. Entre estos y los segundos no hubo nunca sincera cordialidad de rela-

ciones. Parecían estorbarse mutuamente. En el Cibao jimenistas y velazquistas, unidos oficialmente, parecían repelerse. Formaban rancho aparte. No había peligro en ello, pues los últimos han sido siempre una escasa minoría. Pero éso quitaba en cierto sentido unidad de acción a la situación imperante.

En los comienzos de su gobierno, en lo que toca al alto personal dirigente, incurrió el Presidente Jimenes en el error de prescindir de elementos de su partido que por sus relevantes méritos personales y por sus largos y distinguidos servicios merecían compartir con él las faenas y responsabilidades administrativas de su nuevo período constitucional. El principal de esos elementos injustamente postergados fué el notable periodista y tribuno Eugenio Deschamps, uno de los que más contribuyeron a dar lustre y nombradía a su primera administración. En lo relativo a nombramientos diplomáticos y consulares se cometieron disparates mayúsculos. A medida que pa-

saba "el tiempo íbanse acumulando los errores. Sin quererlo él, pues nadie dudaba de la sinceridad de sus sentimientos liberales puestos desde hacía tiempo en evidencia, pasaban cosas extremadamente dolorosas que acaso se le dejaba ignorar por entero o que llegaban a sus oídos considerablemente atenuadas. En el gobierno de un civilista, de un hombre refractario al macheterismo, como él, se sucedían escenas propias de las épocas más tristes de pasadas dictaduras. Se engrillaba, se expulsaba, se fusilaba por el antojo salvaje de jefecillos comunales, se dejaba con fútiles pretextos o sin ellos sin sueldo a los empleados durante largos meses. Cada vez se patentizaba más la falta de unidad gubernativa, la ausencia de una mano vigorosa y firme que impusiera el orden en aquel caos, que imprimiera una dirección estable y fija a bien intencionados propósitos administrativos. El mismo Velazquez, talento organizador y carácter autoritario, no hizo o no pudo hacer nada de importancia en el ramo de

Fomento y de Obras públicas que tenía a su cargo como Secretario de Estado. Una nota simpática se dejó oír en medio de aquel tremendo desconcierto: la supresión del experto financiero norteamericano impuesto al país en las postrimerías del gobierno de Bordas Valdes. Pero la marea del desorden gubernativo, del desbarajuste económico, subía, subía, impetuosa y arrolladora y ganaba las alturas. Todo aquello culminó al fin en la acusación contra el Presidente Jimenes presentada en la Cámara de Representantes por una mayoría integrada por diputados de todos o de casi todos los partidos.

II

La escisión entre el partido jimenista se había ya producido. El choque vino en-

tre el Presidente Jimenes, jefe civil del jimenismo, y el general Desiderio Arias, Secretario de Estado de Guerra y Marina e indiscutible jefe militar de la misma agrupación política. Sean cuales fueren los errores que en su larga carrera política haya podido incurrir el general Arias, es innegable que en él concurren condiciones que revisten de cierto sello simpático su personalidad política. A diferencia de la mayoría de los generales dominicanos de cierta nombradía, no ha puesto, según la frase gráfica de uso corriente, *cruces en ningún cementerio*, es decir, no ha fusilado a nadie. No se le conoce ningún vicio, a no ser que se considere como tal su devoción absoluta al politiquero personalista. Ni juega ni empina el codo. En materia de mujeres resulta positivamente casto. Su actitud en los días turbulentos del gobierno de Bordas Valdes fué la de un político prestigioso que sabe subordinar sus intereses personales, sus particulares ambiciones, a exigencias y orientaciones de

la opinión pública. Uniéndose a Bordas, colaborando en la obra de éste, a que se le instó con ahinco en la célebre entrevista de Puerto Plata, lo tenía todo, lo aseguraba todo: Vicepresidencia, Delegación, influencia mayor que ningún otro político en el nuevo gobierno. Lo despreció todo. Creyó fundadamente que el país, en sus representaciones más conspicuas y en sus más densos núcleos de opinión, se oponía resueltamente a la continuación de aquel mandatario en el poder, y a este criterio, el más acertado y patriótico, ajustó todos sus actos. Y me complazco en decirlo con mi habitual sinceridad, porque el general Arias tiene para mí el mérito singular de haberse erguido siempre con noble gesto ante la ingerencia norte-americana en nuestros asuntos interiores. Ha sabido poner prontamente en su lugar a los engreídos funcionarios yanquis a quienes la debilidad, por no decir otra cosa, de algunos de nuestros gobiernitos últimos

ha dado alas para meterse donde no les importa . . .

Para examinar y apreciar serenamente este asunto no hay que situarse, como lo ha hecho la generalidad, en el terreno de las abstracciones o sea de principios de estricta legalidad constitucional. Hay que apreciarlo como lo que realmente es, como una querrela o pleito de carácter neta y absolutamente personalista, de un personalismo mezquino que no se para en barras para salirse con la suya así se lastimen hondamente los más vitales intereses del país. En la elección de Don Juan Isidro Jimenes tomó parte decisiva el general Desiderio Arias. Sin él no hubiera triunfado. Su influencia y la de sus más conspicuos amigos cibaños decidió la victoria en las provincias de Santiago, La Vega y Montecristy. Sin los votos de los Electores de esas provincias no hubiera podido Jimenes ceñirse la banda presidencial. Por esa circunstancia y por su indiscutido carácter de jefe militar del jimenismo, se creía,

naturalmente, en lo que toca a ese aspecto, árbitro de la situación. Desde ese punto de vista, Don Juan se veía como entorpecido, como cohibido, sin libertad para la realización de determinados fines administrativos. Tan pronto como quiso remover uno de los jefes militares más allegados a Arias, la escisión se produjo, estalló como un formidable petardo. Según el criterio personal de cada uno, ambos a dos parecían tener la razón: la tenía Don Juan cuando invocaba su perfecto derecho constitucional para remover un empleado que le disgustase o no le conviniese para ulteriores propósitos, y la tenía Arias cuando veía en esa remoción el alejamiento sospechoso de uno de los principales puntales de su poderío militar. Temió, acaso fundadamente-por enojos o rozamientos anteriores-que se trabajaba solapadamente por aislarlo, por reducirlo a la impotencia, por dejarlo como quien dice en el aire. Esa querrela personalista, de compadres, por mezquindades de cambios de emplea-

dos, sirvió de torpe y abusivo pretexto para la actual ocupación militar norteamericana.

Por indecisión, temor, honradez, o lo que fuera, Desiderio Arias se quedó a medio camino, se colocó en un término medio, dejó correr el tiempo, sin definir una actitud pronta y radicalmente decisiva. Ignoraba que si los términos medios salvan casi siempre en momentos normales, pierden irremisiblemente en las crisis supremas, en el personalismo político sobre todo. Hay que dar pronto y firme antes que el contrario se recobre y nos amague con posibilidades de éxito. Arias era en realidad un revolucionario y no quería aparecer como tal. Desempeñaba la Secretaría de Guerra y Marina legalmente por la voluntad de Jimenes y retirado por éste de ese cargo no podía invocar nada que en un sentido constitucional justificase su actitud belicosa frente al primer mandatario de la Nación. Quiso ser y no ser al mismo tiempo. Situarse dentro de la legalidad y estar a

la vez fuera de ella. Tal cosa era imposible. Su papel de paladín del Congreso, de defensor de las instituciones, parecía no engañar a nadie. Por encima de todo éso algunos creían ver al caudillo partidarista obseso de continuo por el afán de no perder ni una pulgada de las *posesiones adquiridas*. Durante un tiempo se iluminó su figura con un resplandor de atracción simpática: se le consideró por muchos, yo entre ellos, como el caudillo eficazmente representativo de la causa nacional en pugna contra la humillante y vergonzosa intervención de la gente del Norte. Los acontecimientos posteriores probaron desdichadamente que no estaba capacitado para asumir tan alto encargo o que le eran por completo adversas las circunstancias que influían sobre él en aquellos momentos.

III

Con ser aquel hecho de notoria gravedad no puede decirse que fuera una revolución ni mucho menos. El país permaneció tranquilo. En la misma Capital, teatro de los acontecimientos, no se registró ni un sólo hecho delictuoso. Sólo una escaramuza ocurrió entre las partes contendientes. Sin embargo, sin esperar a más, desembarcaron tropas americanas en las inmediaciones, por San Gerónimo. ¿Vinieron, como se dijo en la prensa en aquellos días según una frase atribuída a Mr. Russel, el ministro norte-americano, solicitadas ansiosamente por el gobierno dominicano, o por mandato directo y espontáneo del Presidente Wilson como afirmaban otros? Mientras no haya prueba fehaciente en contrario no me permito dar ascenso a lo primero. Por más que aquella sedición estaba localizada y no había peligro de que tomara mayores vuelos, sin duda

el gobierno de Washington juzgó la ocasión favorable para completar la obra de absorción o dominio ya hacía meses iniciada en el vecino territorio haitiano. El Congreso no era un poder revolucionario como en todos los tonos afirmaban sus contrarios. Ninguna medida legislativa se había dictado trasgrediendo el orden constitucional. Las afinidades políticas de algunos de sus miembros estrechamente vinculados al general Desiderio Arias no podían imprimir carácter revolucionario a las tareas legislativas mientras no se tradujesen en hechos claros y precisos reveladores de una actitud de guerra declarada al poder Ejecutivo. La acusación al Presidente caía de lleno dentro de los términos constitucionales . . .

Cuando se precipitaban los sucesos y empezaba a acentuarse la agresividad de la intervención, prefirió el Presidente Jimenes antes de tolerarla o de apoyarse en ella, descender de las alturas y buscar en el asilo del hogar consuelo

para sus desencantos y alivio para los achaques físicos de su ancianidad atormentada. Su renuncia parecía definir la situación. Fué, y sigo considerándolo así, un acto noble y patriótico digno de aplauso por más que el encrespamiento de las pasiones partidaristas lo considerase de manera distinta. En una Carta abierta que le dirigí desde esta ciudad le expresé en estos términos mi sincera aprobación a esa determinación suya tan digna y honrosa:

«...Por encima de las montañas, asilos de libertad, que se yerguen entre nosotros, va mi mano a estrechar la suya en muestra de felicitación expresiva y sincera. No ha querido V. ni un solo minuto más de autoridad sostenido desdorosamente por bayonetas extranjeras. Ha creído V., y ha creído noblemente, que no vale la pena para ningún hombre digno ejercer la primera magistratura del Estado apoyado coercitivamente en una intervención extranjera humillante e indigna desde cualquier punto

de vista que se la considere. Se ha sentido V. incapaz—y éso debe borrar ante la historia cualesquiera faltas que V. haya podido cometer—de fungir de malaventurado histrión representando el vil y abominable papel de un Dartiguenave haitiano o de un Díaz nicaragüense. Por éso lo felicito a V. sinceramente, con toda mi alma. Abandonó V. el poder, altiva y noblemente, sin permitir que negras gotas de infamia manchasen la blanca cabeza de su ancianidad respetable. Lo que le digo hoy en esta carta he de repetirlo en un libro que llevará por toda nuestra América el hondo eco de mi desesperación y mis dolores de dominicano cruelmente apuñalado en sus más ingentes y caros ensueños de vida nacional gloriosa y digna»...

PATRIOTISMO

Y PATRIOTAS

I

Virtud fundamental y suprema es el patriotismo. De raíz psicológica principalmente emocional imprégñase, por necesidad, en sus más altos estratos, de efluvios de procedencia intelectual de proyección en ocasiones determinantes y una que otra vez decisiva. Como toda escala de emocionabilidad de más o menos acentuados tonos y resonancias se desenvuelve en procesos espirituales en que vibran sucesivamente estados de alma reveladores de idealismos más o menos luminosos y conscientes. Desde el

casi instintivo apegamiento al pedazo de tierra, al rincón en que se nace y se vive, a las múltiples peculiaridades físicas que lo constituyen y lo revisten de especial fisonomía, a los árboles que nos prestan sombra bienhechora en las ardorosas horas caniculares, al río que lo baña y lo fecunda, hasta la vibración más alta y compleja de ese sentimiento, hasta la nación en sí, en sus elementos jurídicos, en su complicado engranaje, en las formas distintas que la integran y particularizan, el amor patrio, en su crecimiento, en su evolución, en su proceso ascensional, responde de continuo a un concepto de vida colectiva cada vez más amplia y progresiva.

Véasele como se quiera, el sentimiento no florece no puede florecer en ningún caso como forma exclusiva de nuestro ser individual. No es jamás elemento psicológico de inconfundible simplicidad que actúa solitario sin conexión con las otras facultades que cohesionan nuestro mundo interior. Algo y aun algo pone

siempre nuestra inteligencia, nuestra potencia conceptual, en toda expresión de las realidades afectivas, de acentuada sensibilidad, que constituyen la trama principal de nuestra vida íntima. El patriotismo, entendido en su más vasto y comprensivo sentido, en su más viril y consciente forma de manifestaciones continuas de civilizadores adelantos no se descubre integralmente sino en sociedades de intensa cultura capaces de apreciar cumplidamente aspectos del desenvolvimiento colectivo cada día más complejos y perfectibles. Carácter evidente de tales impulsiones de un verdadero espíritu patriótico es la constante aspiración a una racional y paulatina depuración de excrecencias más o menos nocivas del pasado, de cosas de visible anacronismo que han rendido ya su jornada y que necesitan imprescindiblemente desaparecer o transformarse.

En lo social, en lo íntimo de su tejido de ideas, no puede darse sin riesgo de momificación o algo peor un concepto

permanente de existencia estática y uniforme. Bajo apariencias de solidez, de cosas fijas y estables, el cambio, la transformación, el devenir incesante se efectúa. Nos transformamos sin darnos por lo general ni aproximada cuenta de ello. Quizás, en lo que atañe al patriotismo en su fibra más sensible, ese cambio, esa labor interior, subterránea, que se opera casi siempre en el subsuelo, necesita revelarse en supremos instantes psicológicos con caracteres de explosiones de intensa fuerza, de catástrofe, de algo que se apacienta en un dolor fiero e insuperable. Para Renan el vínculo soberano de las peculiaridades territoriales, étnicas, históricas, que integran la idea de nación es el dolor del vencimiento, el dolor inmenso, honda y generalmente sentido, profundamente extendido y comunicativo que se desprende de la contemplación de una inmensa desgracia colectiva, de la patria en vías de extinción, del territorio ferozmente ultrajado por un invasor extranjero...

Esa consternación, ese dolor profundo vibrante de desesperación, no se ha producido aquí desdichadamente, viendo la paulatina ocupación militar del territorio, sino en unos pocos espíritus conscientemente amantes de cuanto material y moralmente constituye el patrimonio nacional. Los que en todo género de medios de propaganda no hemos cesado de advertir el peligro que se avecinaba y señalar los procedimientos más a propósito para conjurarlo en todo o en parte, hay que confesar que hemos fracasado lamentablemente. Pese a garrulerías y verbosidades altisonantes, lo que seguimos llamando sentimiento nacional es ya en muchos casos sin envidia ni consistencia. Término en la mayoría de las ocasiones puramente convencional. Entre todas las cosas que el hombre ha creado en su secular evolución al través del tiempo y del espacio, ninguna representa tan grande y poderosa fuerza social, ninguna atesora tanta positiva integración de sentimientos como el verdadero

patriotismo. En él se vinculan idealismos de tal magnitud que forman el más amplio y fértil terreno para el florecimiento de las más altas y caras excelssitudes humanas. Tal vez, como suponen algunos, el cosmopolitismo constituya la fase más natural y avanzada del adelanto humano; pero digan los *sans patrie* cuanto quieran en nombre de una ciencia parcial y acomodaticia, ese ideal de cosmopolitismo no quita, ni quitará jamás que cada pueblo, aun aproximándose a un ideal de ese género, conserve su peculiar fisonomía, sus rasgos esenciales, sus líneas características, lo que lo particulariza, su *individuación*, que en la escala social, lo mismo que en la biológica, como que señala la más resaltante y científica finalidad del proceso evolutivo de la vida.

II

El sentimiento patriótico, aun en pueblos de larga y gloriosa historia, tiene épocas de disminución, de visible descenso, que aprovechan los observadores superficiales para dar rienda suelta a apreciaciones y fallos inficionados del más negro y desconsolador pesimismo. Tal sucedió con la Francia de hace pocos años. En su hermoso libro *La Patria* dice Emilio Faguet: «En Francia la idea de patria va cayendo poco a poco en ridículo. Los maestros de escuelas, los profesores de segunda enseñanza y de enseñanza superior son, en su mayoría, no digo antipatriotas, sino que están *por encima* de la idea de patria; los obreros, en general, son indiferentes a tal idea; los burgueses, sólo tibieza manifiestan, y las clases elevadas son cosmopolitas en sus costumbres y en sus ideas»... Ya sabemos todos que tal estado de alma era cosa puramente artificial; expresión de

impresionismos suscitados por falsas y mal digeridas ideas propias de exagerados radicalismos socialistas. Llegada la hora del peligro esas ideas malsanas desaparecieron como por encanto. El pueblo francés se unió estrechamente olvidando diferencias pasajeras de partido para dar al mundo el sublime espectáculo de abnegación, de valor heróico, de desinterés ejemplar, de insuperable sacrificio que aun ofrece en la dolorosa hora presente...

En realidad, salvo en una minoría reflexiva y culta, nunca hemos poseído una verdadera conciencia nacional. Cuando creíamos haber alcanzado un concepto de patria bien preciso y definido sólo tocábamos positivamente apariencias vistosas y deslumbrantes de esa idea. Tomábamos nombres sonoros por efectivas concreciones colectivas. En mi teoría de *las dos corrientes*, * la nacionalista y la anexionista, que constituyen puede de-

* «La Hora que pasa», Carta a P. Henríquez Ureña, 1909.

cirse toda la urdimbre de nuestra vida histórica observada en una sintética visión de conjunto, afirmé erróneamente que la última estaba extinguida o cosa parecida. Me equivoqué por entero. Aspectos superficiales y muy llamativos de las cosas se me figuraron las cosas mismas. Merced a nuestro personalismo torpe y corrompido, esa corriente anexionista que yo daba por agotada o desaparecida iba al contrario tornándose de hilito de agua apenas visible en riachuelo que bajo la acción incesante de ciertos elementos amenazaba convertirse en líquido caudal arrollador e impetuoso. Ese anexionismo era como yerba nociva que apenas extirpada retoñaba de nuevo para vergüenza nuestra más rápida y copiosa. Algunas voces, muy pocas, rebosantes de indignación, se han alzado en medio del tumulto de las banderías enfurecidas poniendo el grito de desaprobación y de protesta en el cielo. El mayor número, casi la totalidad, perma-

neía como si tal cosa. Parecía no ver ni oír nada.

Hace un año, poco más o menos, me expresaba así en una acreditada revista extranjera: En la tormentosa hora presente parecen nuestro indiferentismo, nuestro dejar correr las cosas sin esbozar siquiera el intento de atajarlas, de reaccionar potentemente contra ellas, peor mil veces que un empeño de militante y franco anexionismo. Se verificaría entonces un preciso deslindamiento de campos. Estaríamos frente a frente amigos y enemigos de la nacionalidad, y seguro estoy que con fuerte mano aplastaríamos a los escasos defensores del propósito liberticida. Estudiada serenamente nuestra psicología colectiva, acaso consista principalmente esa indiferencia en el carácter de absorción mansa y pacífica, sin agresividades hirientes, que hasta el momento actual asume el avance del yanquismo en nuestro malaventurado país.

Quizás, pensaba, acaecería algo muy

distinto si esa lenta ingerencia tomase otro aspecto, si, en una circunstancia dada, asumiese formas de imposición militar como está pasando dolorosamente en la vecina República. La masa no siente nunca sino lo que hiere con fuerza sus ojos y le toca por donde más le duele. El choque, quizás sería inmediato. Tal vez sería la única manera de solucionar el tremendo conflicto. Dada nuestra inmensa inferioridad material, se perderían acaso los jirones que aun nos quedan de soberanía nacional; pero caeríamos entonces como el excelso héroe cubano, «de cara al sol», consecuentes en un todo con nuestra épica historia y haciéndonos dignos de la admiración y del aplauso mundiales. Hay un honor nacional como hay un honor individual. Nadie deja, a no ser un individuo indigno de toda consideración social, que se le abofetee y se le pegue públicamente. En la vida de los pueblos hay casos en que si se quiere continuar viviendo con honor, es preciso arrostrarlo todo, arro-

jar el guante con resolución caballeresca, sostener con viril denuedo, así el contrario nos supere inmensamente en todo, lo que representa nuestro derecho al goce integral de una independencia que se ha conquistado cara y gloriosamente, probando con los hechos que somos en un todo acreedores a que se vea que sabemos, llegado el caso, sucumbir honrosamente sin desfallecimientos cobardes...

El contrario, admirado de nuestro coraje y gallardía, quizás se detendría antes de descargar su ariete formidable. Mil circunstancias morales y materiales lo impulsarían a ello. No se atropella fácilmente a un pueblo por pequeño que sea si se le ve dispuesto a defenderse sin reparar en medios ni procedimientos. Para un Goliat puede aparecer siempre un David. Otro sería el concepto que tendríamos de Bélgica, si bonachonamente, a trueque de conservar su tranquilidad y sus riquezas, hubiera sin resistencia abierto paso franco a la invasión teutónica. La contemplaríamos aho-

ra con un sentimiento de compasivo desden. Vencida, pisoteada, arruinada, se alza hoy ante el mundo como un símbolo de suprema grandeza moral, como el más alto ejemplo humano de dignidad colectiva y de amor y respeto al derecho y la justicia. Los que no tienen perdón del mundo ni de la historia, son los pueblos que sin protestar virilmente, sin erguirse con decisión indomable, dejan que pedazo a pedazo se les cercene su autonomía, lo que les da personalidad de relieve inconfundible en el concierto de las naciones.

Me equivoqué también. El ejemplo del pueblo haitiano debió haberme abierto los ojos. No había quien no creyese a puño cerrado en que ese pueblo, de no desmentido patriotismo, se defendería bravamente haciendo pagar cara al invasor su victoria. Un haitiano eminente, A. Firmin, en su notable libro, *M. Roosevelt, Président des Etats-Unis et la république d'Haiti* expresaba hace poco más de una década los siguientes concep-

tos: «En los Estados Unidos se sabe, como en todo el mundo, cual sería la actitud del pueblo haitiano si su territorio fuera amenazado o invadido. La empresa de imponernos un protectorado no sería otra cosa que la resolución fría y premeditada de exterminarnos. El invasor, después de todos los horrores de una guerra salvaje, no encontraría sino un amontonamiento de ruinas sobre el campo de sus conquistas estériles . . . » Ya hemos visto de cuán distinto modo pasaron los sucesos. Unos cuantos centenares de soldados americanos bastaron para imponer a nuestros vecinos un protectorado ignominioso que mutila gravemente su soberanía nacional... Si Antenor Firmin resucitara, cuán hondo, cuánto terrible sería su dolor al contemplar la horrible verdad de las cosas! Lo mismo o poco menos ha pasado en Santo Domingo. En mis observaciones tomé por un verdadero pueblo lo que en realidad era sólo una muchedumbre sin cohesión, sin solidaridad, disgregada, fraccionada, re-

gida por caudillos sin más ideal que el acaparamiento del poder supremo fuera como fuese. Todas esas explosiones de patriotismo condensadas en discursos pomposos en ocasiones de aniversarios o de actos de cívica resonancia, no fueron, en gran parte de los casos, sino ruido pasajero y monótono, vago y tonto derroche de falso y deslumbrante lirismo. *Words, words, words...*

III

Y lo más doloroso de tal disminución o extinción del sentimiento patrio reside en la tendencia estúpida a ridiculizar o a poner en solfa, por parte de unos cuantos casi todos pertenecientes a una misma facción política, cuanto se encamina a reivindicar lo que en el patriotismo hay de positivo y trascendente eficacia social.

Patrioteros, patriotería, dicen llenándose la boca, muy campantes y sabihondos, en plazas, calles y restaurantes, unos cuantos tipos maleantes cada vez que se habla de cosas de intrínseco civismo. Eso es patriotería, ese es un patriotero, dicen algunos recogedores de migajas del presupuesto refiriéndose a gentes que todavía confían en el valor de muchos nobles idealismos humanos. La palabreja estuvo en moda en estos últimos días cuando algunos que no ven más allá de sus narices afirmaban *urbi et orbi* que los yanquis eran unos excelentes amigos que solo habían venido a restablecer el orden constitucional en las ciudades perturbadas por el espíritu revolucionario.

Pero bajaron de tono, empezaron a humanizarse, cuando contemplaron que no se trataba ya del restablecimiento de ninguna legalidad constitucional, sino, tomando esa creencia por pretexto, de ensanchar cada vez más el radio de la ocupación militar para hacer con rapidez

más efectivo su dominio. Tengo para mí que en el estado actual de las cosas, amenazados de ser convertidos en una colonia o en un protectorado yanqui, la tendencia general de nuestros esfuerzos debería encaminarse, en primer término, a establecer un deslinde radical de campos de manera que en él no hubiese más que dos agrupaciones definidas con sus respectivos principios: dominicanos ayanquizados de un lado y dominicanos febreristas o nacionalistas del otro. Los primeros con sus ideas de adhesión a una especie de protectorado que nos ordenase y disciplinase a su guisa, aun, si fuere preciso, sin tener en cuenta modalidades muy íntimas de nuestra existencia colectiva, y los segundos con su acendrada y firme devoción a los ideales de una patria en absoluto independiente y libre tal como la concibieron los gloriosos y abnegados fundadores de la República.

LA INVASION

I

La renuncia del Presidente Jimenes no resolvió definitivamente el conflicto. Para quitar hasta el más leve pretexto de revolucionarismo era necesario que el general Desiderio Arias hubiera adoptado una actitud de honroso despego de los intereses partidaristas a que estaba adscrito. Las Cámaras, titubeantes o anarquizadas, trabajadas por mezquinos intereses personalistas, no acertaban a ponerse de acuerdo para dar un giro satisfactorio a lo que demandaba de ellas el país: la pronta elección de un Presi-

dente provisional de la República . . . El conflicto siguió su curso. Prodújose entonces el insolente *ultimatum* del almirante Caperton en que señalaba al general Arias un brevísimo plazo para desocupar la fortaleza de Santo Domingo. Así lo realizó bajo la presión de reflexiones y de súplica de mucha gente de viso. Quizás no debió hacerlo, puesto ya de frente al yanquismo, sin antes haber esbozado una actitud de honrosa resistencia. Para su gloria personal y para honra del país preferible hubiera sido que cayera altivamente entre los escombros del histórico Homenaje. Salió clandestinamente de la Capital, con aspectos de fugitivo, seguido de numerosa tropa bien provista de municiones, rumbo a las serranías y llauras del Cibao...

Con su salida estaba removido el último pretexto. No lo entendieron así los que fungían de directores de la intervención, y, con asombro general, en medio de la más horrible y mal comprimida indignación, ocupó el ejército

yanqui con gran aparato militar la indefensa ciudad de Santo Domingo. Sus principales edificios públicos fueron convertidos en puestos de guardia de los soldados extranjeros. Por todas partes aparecían banderas nacionales enlutadas. Clausuráronse todos los centros de diversiones. Enmudecieron los pianos. Ciudadanos de alta posición intelectual y social formularon protestas vibrantes impregnadas de dolor y de ira. Damas distinguidas por su cultura, belleza y virtudes, se enfrentaron a los usurpadores lanzándoles a la cara el verbo indignado de su hirviente dolor patriótico... Mientras tanto las Cámaras, elevándose por encima de consideraciones partidaristas, se pusieron de acuerdo para el nombramiento de un Presidente provisional: Don Federico Henríquez y Carvajal, una de las pocas personalidades de indiscutibles merecimientos con que cuenta el país. Prodújose como un movimiento de satisfacción por todas partes. Pareció que se respiraba a pleno

pulmón. Llovieron las adhesiones y los aplausos aun desde los puntos más lejanos del territorio nacional.

Pero cuando faltaba sólo la última de las seis votaciones necesarias, los interventores interpusieron su veto negativo. ¿Con qué razón, con qué derecho? Para evitar otro nuevo conflicto, el candidato se dirigió al Senado en estos mesurados y patrióticos términos: «Preveo que la *ingerencia* oficiosa asumida por el señor Ministro de los Estados Unidos de América en la suerte del proceso eleccionario que corre trámites en esa Alta Cámara pudiera con ofensa para la inerme República Dominicana, sin honra para los Estados Unidos, con escarnio para el crédito de la justicia internacional, influir en que la libertad de la elección que os toca llevar a cabo bajo el único dictado de vuestra propia rectitud, degenerase en una trémula simulación. Por tanto, con el firme designio de coadyuvar a preservar la República contra los arteros peligros de una elección sin libertad.

o hecha a capricho de *subterráneos intereses antinacionalistas*, o concertada al conjuro de la vejaminosa coacción moral que pugna por invadir actualmente la conciencia nacional, os ruego que prescindáis de mi nombre como candidato a la presidencia de la República» . . .

El Senado no debió a mi juicio ni aceptar la ingerencia extremadamente abusiva del Ministro norte-americano ni la renuncia del candidato Henríquez y Carvajal. Era como asunto de dignidad nacional sostener esa elección aun corriendo todos los riesgos y consecuencias que pudiera acarrear ante los agresivos interventores. Por más que gente de cierta laya pretendiese achacar la conducta del Ministro americano a la sospecha de supuestas inclinaciones partidistas del candidato de referencia, nadie que conozca a fondo la nobleza de su espíritu y su acendrado patriotismo podrá dar crédito a tales calumniosas imputaciones. La verdadera causa de ese veto residió a mi ver en que la fruta

no estaba madura como quien dice. Era preciso antes incautarse de la totalidad de la Hacienda pública y completar la ocupación militar del territorio adueñándose a su antojo de las poblaciones principales, para, ya en esa situación de dominador, imponer con mayores condiciones de éxito los futuros términos de un vejaminoso protectorado.

II

¿Había gobierno? Quién regía en aquel instante supremo los destinos del invadido país? Renunciado el Presidente Jimenes, asumió la función Ejecutiva el Consejo de Secretarios de Estado. Aunque se discutiera la capacidad legal de tal Consejo para ejercer la suprema magistratura del Estado, es lo cierto que actuó como tal sin mayores protestas.

Su actuación gubernativa fué un hecho, un hecho en acción, y con los hechos no se discute. Ese gobierno tenía a su cargo como Ejecutivo nacional la dirección de las relaciones exteriores de la República y el alto cuidado de preservarla de ataques de adentro o de afuera. Su conducta en las pasadas graves emergencias no ha podido ser más deplorable. No formuló siquiera la protesta necesaria en tales conflictivas circunstancias. No se irguió indignado como era su más rudimentario deber. Contemporizó con la invasión y en ciertos momentos apareció como facilitando su desarrollo. En sus autoridades provinciales del Cibao predominó siempre, con tales o cuales pretextos, un espíritu de franca simpatía hacia los que a juicio de algunas de ellas venían tan sólo a restablecer la legalidad constitucional parcialmente alterada. Corifeos de un determinado grupo político inspiraban o secundaban a tales autoridades en sus miras de desvirtuar o perseguir toda benéfica propaganda patriótica.

Esa conducta se puso de relieve dolorosamente en La Vega en la noche inolvidable del primero de Junio del presente año con motivo de una manifestación patriótica que recorría las calles en son de protesta legal y pacífica contra el desembarco de los yanquis en Puerto Plata después de un ligero combate. Aun recuerdo esa noche desapacible, extremadamente lluviosa. Las calles parecían verdaderos ríos. En el cielo no fulguraba ninguna estrella. A pesar de tan adversas circunstancias, un grupo numeroso se tiró a la calle para manifestar públicamente su indignación. El grupo fué aumentando, aumentando hasta tomar proporciones de una gran manifestación cívica. En la noche obscura resonaban los marciales acordes del himno nacional. Los vivas a la República ultrajada atronaban el espacio. En una esquina cercana a mi casa, bajo el paraguas que chorreaba copiosamente, contemplaba el gentío que venía calle arriba hacia al lado mío. De pronto, los

que lo encabezaban, se detuvieron para pedirme que arengase al pueblo. Dije unas cuantas frases que juzgué adecuadas al caso . . . Los manifestantes prosiguieron ordenadamente su camino . . . Dos o tres minutos después suena un tiro . . . El gentío se arremolina primero, después se deshace. La policía persigue y aprisiona un gran número. Prodúcese un sálvese quien pueda. Ciudadanos distinguidos que no habían tomado parte en la manifestación, como Arístides Patiño, Pedro A. Bobea, Evangelista Cornelio, otros más, durmieron esa noche en la Cárcel... Este acto de presión produjo en todos los espíritus un sentimiento de intensa amargura. Los muchachos de la calle tuvieron miedo de tararear o silbar el himno nacional. Per no sé que sugestión, que intuición misteriosa, algunos de ellos lo substituyeron con la Marsellesa. Menos mal . . .

En San Francisco de Macorís la presión ejercida sobre el sentimiento popular era aun más acentuada y lamentable. Un

buen ciudadano, el señor V. Linares E., autor de una hoja suelta en que protestaba contra la ocupación militar norteamericana tuvo que huir y refugiarse en Santiago para escapar de los rigores de una injustificable prisión. Desde Santiago dirigió una vibrante carta al gobernador interino de la provincia que había tenido que abandonar para no ser encarcelado. Fué muy leída y celebrada . . . Aunque el gobernador de Moca estaba identificado con la política de los Secretarios de Estado, no se produjo allí ningún acto de carácter antinacionalista. Discreto e inteligente, el general Manuel Sanchez, primera autoridad de esa provincia, supo conducirse con verdadera suavidad diplomática. No lastimó ningún derecho. No persiguió a nadie . . . Pero lo más triste y censurable de todas estas cosas fué el sombrío espectáculo del paso de columnas destinadas a someter a Santiago donde sólo había ocurrido un incidente local sin importancia, con el más o menos sospechado propósito de

encender la guerra civil para así justificar más la intervención extranjera. No puede darse nada más bochornoso. Santiago, después de desconocer un gobernador que parece gustaba poco, estaba en plena paz esperando para el arreglo de ese incidente el inminente nombramiento de un presidente provisional de la República. Fué error piramidal, por no decir otra cosa peor, querer solucionar por medio de las armas cosa tan baladí en aquellos momentos de angustiosa expectación en que una ocupación militar extranjera iba asumiendo proporciones más dolorosamente amenazadoras. Algunos de los que así procedieron abusando del poder, bien merecían caer bajo el imperio de los artículos 76 y 77 del Código Penal.

III

Y mientras columnas extranjeras van tomando ciudades y ocupando puntos

estratégicos, en cartas públicas, en periódicos, en exhortaciones de distinta procedencia, resueñan, como fórmulas sintéticas de previsión, las palabras *discreción*, *prudencia*, *cordura*. Estas palabras en el lenguaje común, de todos los días, tienen una acepción clara y precisa que nadie desconoce. Pero en situaciones de crisis culminantes, en momentos en que se juega el honor nacional, tales vocablos, repetidos con frecuencia, tienen una significación que sólo traduce estados de ánimo en que predomina la inclinación a componendas o a transacciones indecorosas o humillantes. Esas palabras que se agitan en el ambiente a manera de banderines de señales, quieren decir únicamente: *hay que conformarse*, *hay que someterse* . . .

No hay nada de chauvinismo ni de lirismo romántico en lo que expongo. Creo decir alta y serenamente la verdad. No entiendo de hacer frases cuando se trata de cosas de vital interés nacional. De esta prueba terrible, así a la larga

pueda favorecernos en poco o en mucho, saldremos hartos quebrantados en lo que reza con nuestro concepto histórico mundial, muy pronunciadamente en estos pueblos de América afines al nuestro por más de un concepto. En el termómetro de la dignidad nacional hemos descendido casi a cero. De muchas ciudades de América he recibido cartas en que se me hacen ciertas dolorosas interrogaciones. A todas he contestado lo mismo: el pueblo dominicano no se ha defendido no porque haya degenerado en sus tradicionales atributos de decisión y de acometividad, sino porque hondamente dividido en facciones personalistas no ha habido quien lo unifique y cohesione, única manera de defenderse con su energía y heroísmo de épocas pretéritas. No hemos tenido *hombres* en una palabra, *hombres representativos*, de dirección y de acción. Por ninguna parte se ha vislumbrado la silueta del caudillo nacionalista dotado de las condiciones necesarias para asumir la dirección enérgica y resuelta del pue-

blo dominicano en esta hora doliente y luctuosa de su atormentada existencia.

Pero hay que confesar con cierta satisfacción que amengua un tanto el acerbo dolor de los actuales instantes, que no han faltado quienes, moviéndose en la esfera más o menos limitada de sus facultades, han puesto en alto, con vibración intensa y permanente los conculcados y pisoteados atributos de la soberanía nacional. La prensa, con muy contadas excepciones, ha mantenido un criterio de protesta acentuada y vibrante contra la por todos conceptos abusiva e injustificable ocupación militar de nuestro territorio por un ejército norte-americano. Américo Lugo con sus jugosos artículos acerca de la Intervención; Eugenio Deschamps en «La Hoja suelta» y Fabio Fiallo en «La Bandera», a la par de sus relevantes condiciones de escritores eximios han puesto en evidencia lo que es en gran manera superior a esas dotes: un acendrado y hondo concepto de su propia personal estimación y una intensa

devoción a magnos ideales de patria independiente y libre. Ese alto ejemplo de cumplimiento de un deber austero y reflexivo en medio de la infamia de los unos y del abatimiento de los más, nos ofrece como un fulgor de bienhechor consuelo en la tétrica noche de desventuras y de horrores en que parece que va a esfumarse definitivamente el alma nacional.

IV

Después de la ocupación militar de la histórica capital de la República, ocurre, quince días más tarde, el bombardeo y la toma de posesión de Puerto Plata. La resistencia al invasor extranjero fué aquí menos vigorosa y porfiada de lo que era de esperarse si se consideran las anteriores patrióticas declaraciones del general

Apolinar Rey, gobernador de aquella plaza. En realidad no fué más que una escaramuza... En Santiago y en Montecristi el entusiasmo patriótico enciende los ánimos. En algunos periódicos se habla de combatir hasta la última extremidad. Se toman medidas que indican propósitos belicosos. Se evocan los recuerdos de las viejas epopeyas. En Santiago se construyen trincheras y se emplazan piezas de artillería en determinados lugares de reconocida importancia defensiva. Hacía ya días que había sido desocupada la plaza de Montecristi. Los americanos entraron en ella sin disparar un tiro. Desde allí y desde Puerto Plata intiman imperiosamente la rendición de Santiago. En esta ciudad se encuentra ya el general Desiderio Arias con las tropas que sacó de Santo Domingo. Se cree, cree todo el mundo, que en la gloriosa ciudad del 30 de Marzo se repetirán los hechos épicos de los primeros días de Septiembre de 1863. Median comisiones de elementos pacíficos bus-

cando una solución satisfactoria al conflicto... Mientras tanto, desoídas sus intimaciones de entrega, los americanos se ponen en marcha convergente desde las poblaciones que ocupan en la costa...

Avanzan lentamente con explicable lujo de precauciones. Son mil y tantos hombres por todo. A ese número poco más o menos asciende el contingente que en Santiago tiene a sus órdenes el general Arias. Es gente regularmente armada y municionada. Todos son hombres de pelo en pecho, suficientes para habérselas con la fuerza enemiga que avanza y hacerle pagar muy cara la victoria si es que llegan a obtenerla. Si los americanos poseen un armamento superior, los criollos tienen en cambio el conocimiento completo del terreno propicio en un todo por sus asperezas y quebraduras a la asechanza y a la emboscada. Aunque el general Arias se siente solo, aislado, abandonado de los otros caudillos, cuenta, sin embargo, con elementos para hacer una fuerte resistencia

al contrario que prosigue su marcha sin mayores interrupciones. Las fuerzas del Consejo de Secretarios de Estado que inquietaban la plaza por el lado de Gurabo han tenido que retirarse a larga distancia después de reñidos combates.

A juicio de gente entendida no había para qué mantener toda la gente de que se disponía en el recinto de la plaza y sus alrededores dificultando así el problema de racionarla sin perjuicio de los intereses del vecindario que empezaba ya a poner el grito en el cielo. Ese millar o más de hombres, todos en disposición de guerrear, colocados convenientemente en los sitios más a propósito para hostilizar al enemigo, de los dos caminos por donde avanzaba lo hubieran hecho retroceder o por lo menos infligirle pérdidas gravísimas mucho antes de avistar a Santiago. Los americanos sólo encontraron en el camino escasos núcleos que desbarataron fácilmente. Un puñado de hombres, veinte o treinta a lo sumo, intentó cerrarles el paso en el Túnel o la

Piedra, camino de Puerto Plata. Allí cayó combatiendo heroicamente Laito Baez. Su entierro, en Santiago, revistió el imponente aspecto de un duelo público. Al pasar su ataúd cubierto con la bandera nacional frente a la casa del abogado Furey Castellanos, en un instante de noble emoción, una niña de éste corrió al piano para desgranar las notas del himno dominicano. Los restos del patriota debieron estremecerse en el fondo de su negra caja... Por el otro lado, por el camino de Montecristi, solo hubo tiroteos insignificantes y una pelea algo reñida en la Barranquita de Guayacanes. Allí el Jefe comunal de Mao con cuarenta o cincuenta hombres, bien emboscado, pretendió oponerse al avance del invasor. Pero fué envuelto, según se afirma, cuando menos lo esperaba. Fué atacado por retaguardia, por donde ninguna agresión era de esperarse... Después se afirmó que prácticos dominicanos llevaron a cabo esa infamia guiando por caminos extraviados a los ameri-

canos. Dos o tres mozos de la buena juventud de Mao cayeron para siempre en ese lance sangriento... Los jefes de Santiago no hicieron ninguna otra resistencia al invasor. Sus tropas, al conocer el arreglo, se entregaron a los mayores actos de violencia y de pillaje. En un instante resucitó en ellas el espíritu del más desenfrenado vandalismo. De tropa se convirtió en horda que luego se esfumó en pavoroso desbande... La invasión, ya sin nada que la contuviese, siguió su curso. Destacamentos yanquis fueron ocupando ciudad tras ciudad. Entraban en ellas como Pedro por su casa. Sólo en Baní, según he leído, se les hizo una honrosa resistencia. No podía esperarse menos del pintoresco pueblo cuna del egregio Máximo Gómez...

Pretextando no venir como conquistadora, la soldadesca yanqui convierte, sin embargo, en cuarteles los principales edificios públicos de algunas de las ciudades de que se adueña. De esta ocupación de edificios nacionales, la más dolo-

rosa e insufrible, ha sido la del baluarte del Conde. Cuna de la independencia nacional, ese baluarte evoca el imperecedero recuerdo del hecho de más alta y simpática resonancia de nuestra vida histórica. Representa la más pura y excelsa de nuestras glorias. Es el lugar de obligada peregrinación en nuestras grandes solemnidades nacionales. Para no herir torpemente el sentimiento público debió ser respetado por los invasores con preferencia a cualquier otro. Lo ocuparon no obstante militarmente cuando por su situación especial no tiene valor estratégico de ninguna especie. Ese monumento tan venerado se convirtió de la noche a la mañana en local de una guardia americana. En sus almenas, ungidas por la historia, pusieron a secar su ropa los intrusos ocupantes. Bajo su arco no cruzaba nadie sino en los grandes días de las ingentes efemérides patrióticas. Hoy profana ese suelo sagrado todo el mundo. Por él pasan actualmente, con estridentes chirridos, los pe-

sados carromatos y demás vehículos de las tropas de la ocupación militar norteamericana... *

* Periódicos que acabo de leer anuncian la desocupación del histórico baluarte. Gracias sean dadas a los dioses inmortales . . .

PUNTO FINAL

Por fin despunta un rayo de esperanza iluminando con vivo fulgor el horizonte ensombrecido. Después de muchos cabildeos y combinaciones en que sobresalía el juego de mezquinos intereses partidistas, las Cámaras nombraron, por unanimidad, al eminente ciudadano Francisco Henríquez y Carvajal, Presidente provisional de la República. No ha podido hacerse nombramiento más discreto y atinado. Fué Ministro en la primera administración de Don Juan Isidro Jimenes, demostrando en ese puesto excepcionales dotes de competencia y

una consagración absoluta y desinteresada a cuanto interesaba al mejoramiento nacional. Asqueado de las arterías y maquiavelismos del politiquero personalista se fué para el extranjero donde vivió durante catorce años ejerciendo honrosa y lucidamente su profesión de médico . . . A la llamada angustiosa del país ha acudido abandonándolo todo. De él se espera mucho a pesar de lo anormal y grave de las circunstancias. Su labor será, por lo menos así se espera, de reconstrucción nacional en todas las esferas de la administración pública. Su obra reconstructiva debe ser llevada a cabo, si se quiere que sea efectiva y edificante, con el concurso de todos los dominicanos lealmente interesados en un empeño de sanas orientaciones y de eficaz organización jurídica. Para ello se impone una selección de gente capaz y de reconocido patriotismo. El Doctor Henríquez y Carvajal desarrollará seguramente su política en un alto sentido de conciliación y de concordia. Su espíritu

culto y noble, cerniéndose sobre el tumulto de las banderías, de los intereses mezquinos de *bolos* y *coludos*, tendrá de continuo ante sí la visión magnífica del bien público sin estrecheces de menzuras y disolventes personalismos.

Timbre de imperecedera gloria sería para el nuevo primer Magistrado que durante su breve interinidad encontrasen adecuada y satisfactoria solución los dos vitales y gravísimos problemas de mayor palpitante actualidad. El primero, ya en vías de propicia orientación, lo constituyen las reformas constitucionales pedidas con porfiada insistencia desde hace más de tres años por una gran parte del país. Pero entiéndase bien: esas reformas deben ser completas, enteras, radicales. De lo contrario, encaminadas a modificar tales o cuales aspectos de nuestro organismo político, restringidas, limitadas, como lo indica el decreto del Congreso Nacional convocando las Asambleas primarias, no servirían absolutamente para nada. Serían solamente una

nueva reforma sin positiva y eficaz trascendencia. La Asamblea Constituyente, si quiere que su obra corresponda a lo que de ella se espera, debe pasar sin escrúpulos por encima de tales entorpecedoras restricciones convencida que de no hacerlo así se incurriría en una nueva burla a las aspiraciones y esperanzas de la parte más sensata y consciente de la sociedad dominicana.

El otro problema es más inmediato, más urgente, más grave si cabe. Se trata de definir clara y precisamente nuestro *status*, lo que realmente vamos a ser. Se dice, y todo parece demostrarlo, que los yanquis quieren imponernos las mismas condiciones del humillante protectorado que abusivamente ejercen en la vecina ex-República. Se cree que nos harán pasar por las horcas caudinas de exigencias que dejarían reducida a poco más de cero nuestra soberanía nacional... Si es así, si por debilidad o impotencia nuestra se nos va a dejar sólo una sombra de autonomía, una independencia

mutilada y ridícula; si en lugar de nación soberana se nos va a convertir en una especie de colonia, en una dependencia del Departamento de Asuntos Insulares de Washington, sería entonces preferible perderlo todo, que desapareciese todo; sería mucho mejor que con nuestras tradiciones, con nuestros recuerdos, con nuestras glorias, con cuanto constituye nuestro patrimonio espiritual, hiciésemos una especie de amasijo para echarlo en no sé qué honda sima de olvido, así como en el intenso poema *Patria*, de Guerra Junqueiro, el gran poeta lusitano, el protagonista, adolorido por la inutilidad de todo noble y patriótico esfuerzo y convencido de que ya no ha de servirle para nada, arroja desde lo alto al abismo que tiene ante sí, para que se rompa en pedazos que acaso servirán para bajos menesteres, la invicta espada de los días resonantes y gloriosos de Aljubarrota!

INDICE

	Página	7
Fróntis	—	29
Deficiencias del medio.....	—	77
Reformas.....	—	99
Actuación histórica	—	117
Imperialismo norte-americano.....	—	133
Ramón Cáceres.	—	145
La Convención.....	—	155
Previsiones patrióticas.....	—	175
Los Victoria.....	—	191
Monseñor Nouel.....	—	201
José Bordas Valdés.....	—	229
El Plan Wilson.....	—	241
La escisión.....	—	261
Patriotismo y patriotas	—	281
La invasión.....	—	305
Punto final.....	—	





3 1205 02531 4905

UC SOUTHERN REGIONAL LIBRARY FACILITY



AA 000 918 503 4

